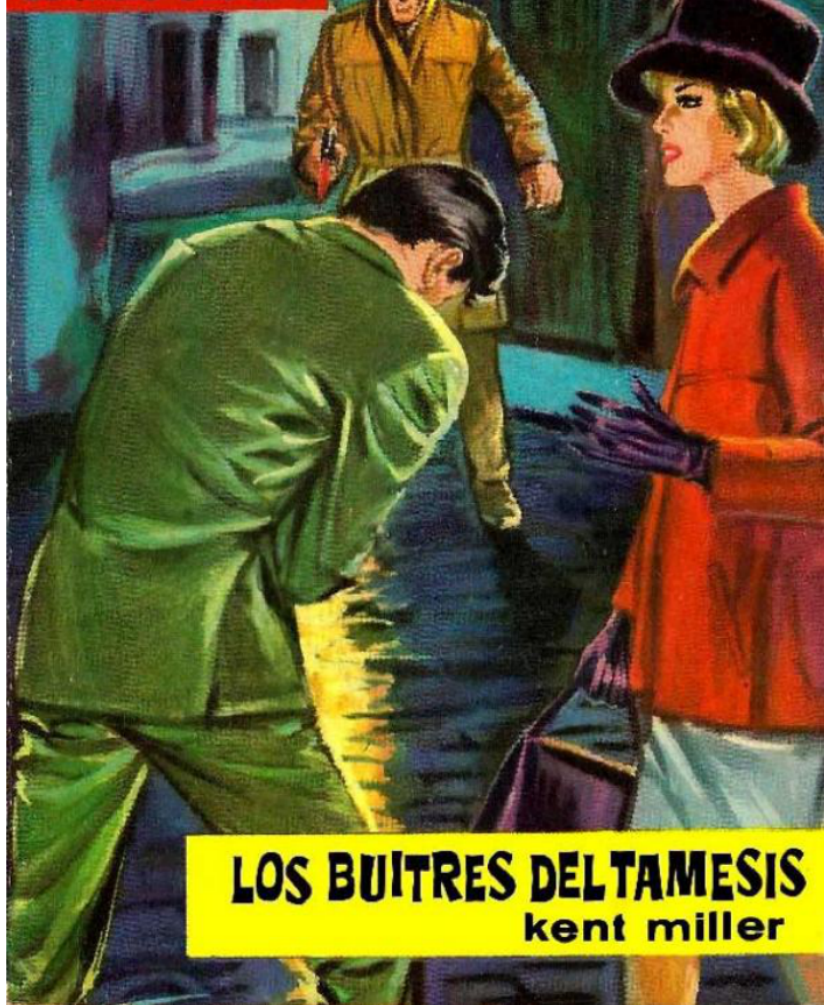


SS selecciones

SERVICIO SECRETO

B&B



LOS BUITRES DEL TAMESIS
kent miller

KENT MILLER

LOS BUITRES DEL TÁMESIS

SERVICIO SECRETO n.º 44

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En SELECCION SERVICIO SECRETO:
34 — Sangre en el Danubio.

DEPOSITO LEGAL B 12.310-1963

PRINTED IN SPAIN — IMPRESO EN ESPAÑA

PRIMERA EDICIÓN: AGOSTO 1963

© FRANCISCO BRUGUERA — 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona, 1963

N. R. 1758/63



CAPÍTULO PRIMERO

Una débil luz brillando en aquella negrura de tinieblas hizo latir con fuerza el corazón del hombre que avanzaba penosamente, hundido el cuerpo hasta muy por encima de la cintura, en aquellas aguas viscosas y pestilentes. El resplandor le revelaba que en algún punto, allí enfrente, había una salida y ella iba a proporcionarle la anhelada libertad.

Aquello le dio nuevas energías y un nuevo ardor infiltróse en su espíritu animándole a redoblar sus esfuerzos. No podía desmayar, ya que sus perseguidores le seguían de cerca y no tardarían en brotar de las negruras que dejaban atrás los haces de sus linternas rebuscando por la superficie de las aguas malolientes. De la herida de la cabeza había dejado de manar la sangre y, aun cuando el muslo izquierdo seguía doliéndole, confiaba poder cruzar a nado el

último trecho y ganar un punto seguro en la orilla del Támesis.

El fondo, aquella capa viscosa donde se mezclaban con el lodo los más extraños materiales arrojados al río, a cada paso que daba parecía aprisionar sus pies. Necesitaba huir a toda prisa, rápidamente, a un lugar fuera del alcance de sus perseguidores; de lo contrario, era casi seguro que no vería, la luz de la aurora posarse sobre la inmensa y heterogénea confusión de edificaciones que constituían la «City».

Apoyóse en uno de los pilares de hormigón que sostenían el muelle de madera. Con la mano libre apartó los mechones de cabello que se pegaban a la frente, encima mismo de los ojos. Luego se volvió.

El apagado zumbido de una canoa a motor se percibía a sus espaldas. El resplandor de una linterna se adivinaba entre los pilares del fondo. Le estaban buscando y no dejaban un rincón que revolver en las entrañas de aquel tinglado que se levantaba sobre una gran parte de la orilla.

Reanudó la marcha. El agua llegábale al cuello y no le quedaba otra alternativa que avanzar a nado. Eran solamente unas yardas, pero la herida del muslo y los golpes recibidos en la cabeza lo tenían sumido en un estado de semiinconsciencia del que sobreponíase gracias a su férrea voluntad.

De pronto, un rayo de luz le enfocó. Los de la canoa acababan de descubrirle y ya la proa de la embarcación apuntaba hacia él.

Sin vacilar, lanzóse hacia delante y comenzó a braccar en dirección de la lucecita que veía destacar en la oscuridad. El frío de las aguas contribuyó a disipar el entumecimiento que se había apoderado de sus miembros. Sólo saliendo cuanto antes de aquel lugar podía abrigar esperanzas de burlar a sus perseguidores. Pero ignoraba la distancia que le separaba de tierra firme...

A sus espaldas, el zumbido de la lancha era cada vez más perceptible. Lo mismo que él, veíase obligada a marchar con grandes precauciones. Los soportes del muelle impedían maniobrar con soltura y era preciso mantener una velocidad moderada.

Súbitamente apareció ante sus ojos un rosario de lucecitas. Formaban parte de la orilla opuesta del río.

Casi al mismo tiempo, notó que sus pies volvían a tocar de fondo; pero esta vez era más firme. La claridad se hizo mayor y con

gran alegría descubrió que estaba alcanzando la orilla en el mismo lugar donde comenzaba el muelle.

Había ido a dar con una especie de embarcadero cuyos escalones llegaban a nivel de las aguas. Encaramóse por ellos al tiempo que dirigía una escrutadora mirada al lugar adonde acababa de llegar.

Sólo conocía de aquella parte la que estaba situada en los arrabales del este. Las luces que tenía enfrente serían con toda probabilidad, las de Blackwall. Hacia la izquierda destacaban su sombría mole, unos altos barracones donde se amontonaban gran número de cajas y barriles.

Un disparo le anunció que estaban decididos a impedir su huida a toda costa, aun a riesgo de atraer la atención de las rondas de la policía fluvial. El fugitivo terminó de subir los peldaños y emprendió una carrera vacilante por entre los numerosos obstáculos que impedían su paso.

No lejos de allí sonó un silbato de alarma. Alguna pareja de la policía acababa de observar algo anormal y trataba de avisar a la vigilancia de los muelles para que permaneciera alerta. El hombre saltó al interior de una zanja y, protegido de este modo, alejóse hasta llegar al camino que conducía a los muelles. Lo cruzó sin titubear y fue a esconderse entre unos montones de cascotes y escombros.

Una embarcación a motor se acercaba procedente de Silverton. Distinguíase el reflector de proa cabrilleando sobre las negruras. Por sus características debía tratarse de una lancha de la policía del Támesis. El extraño personaje asomó la cabeza tras el montón de cascotes, que le servía de parapeto, y trató de descubrir a sus perseguidores.

Sin duda alguna, la presencia de la lancha y de los policías que patrullaban por los muelles hacíanles mostrarse precavidos. La otra embarcación no se veía por parte alguna y era presumible que saltarían a tierra para registrar los alrededores.

El hombre comprendió que su salvación dependía de la distancia que consiguiera poner entre él y los que andaban buscándolo. Aprovechó un momento en que la lancha patrullera pasaba próxima a la orilla y salió de la zanja.

Trató de orientarse. Ante él un camino conducía al otro lado de los barracones, probablemente iba a salir a la carretera que

atravesaba los suburbios de Newington. Desde ellos no le sería difícil regresar al centro de la ciudad. Era lo que importaba por el momento. Luego ya tendría oportunidad de volver por allí y hallar la pista del hombre que carecía de un ojo. El monstruo que había ordenado torturarlo y que complacía en ello, observándolo a través del antifaz que cubría su rostro, no podía escapar impunemente a su venganza.

Metióse entre dos de los barracones que permanecían en sombras y avanzó pegado al muro de uno de ellos. Ahora, un silencio profundo lo envolvía, un silencio apenas turbado por el runruneo de la lancha a motor que se alejaba por el Támesis. No podía avanzar deprisa a causa de la herida del muslo y la debilidad que se había apoderado de él. Llevaba más de cuarenta y ocho horas sin probar alimento y sin un momento de descanso en la infecta y húmeda celda a dónde se le había conducido.

Al llegar al final del callejón escuchó el ruido de pasos precipitados que se acercaban a su espalda. Volvióse, rápidamente, y descubrió dos sombras corriendo junto al muelle.

No cabía duda que se trataba de los que le habían perseguido. Acababan de descubrirlo. No ignoraba que tenían orden de terminar con él y que no cejarían en su empeño, a pesar de la proximidad de la policía de los muelles.

Pegado al muro, jadeante por el esfuerzo desarrollado al recorrer aquellas últimas yardas, con las manos crispadas en los maderos de un saliente del barracón, miró a todas partes, indeciso. Era ya tarde para ocultarse de nuevo y no podía intentar la salvación en la huida. Por otra parte, era evidente su interés en pasar desapercibido de la policía, al igual que los que iban tras él, ya que una sola voz de alarma hubiera orientado a los agentes hacia aquel lugar.

Entonces decidió luchar. Por el momento no emplearían sus armas de fuego, para no atraer la atención de los guardias. Sería una lucha en silencio, buscando el reducirle y llevárselo de nuevo. Sólo en último caso usarían de sus cuchillos para evitarle toda nueva tentativa de evasión.

Encogióse ligeramente y recibió al que llegaba delante con un directo que le alcanzó en pleno rostro, sin duda alguna por la excesiva confianza puesta en el estado de su perseguido; pero ya el segundo personaje saltaba sobre él y ambos rodaron por el suelo

estrechamente enlazados y forcejeando tenazmente.

La desesperación y la seguridad de la horrible suerte que le aguardaba, infundieron en él nuevos bríos. Sus dedos alcanzaron la garganta de su antagonista y la atenazó con furia. Sin embargo, el primero de los que le atacaban se había ya rehecho y acudía en ayuda de su compañero.

Por una fracción de segundo pudo esquivar el golpe que le asestaba. El brillo de la acerada hoja le advirtió a tiempo del inminente peligro; pero no pudo evitar que le causara un corte en el hombro.

Se levantó con la agilidad de un felino y se revolvió con rabia.

Un tercer personaje llegaba por la izquierda con la intención evidente de cortar la retirada. Estaba acorralado y decidido a sucumbir antes que entregarse de nuevo.

Los tres hombres habían retrocedido unos pasos y lo observaban en silencio. Posiblemente estaban considerando la necesidad de acabar con él de una vez, convencidos de que intentar capturarlo se convertía en una empresa llena de dificultades y que acabaría por atraer la atención de la policía.

Y en aquel preciso momento el ruido de un automóvil surgió súbito e inesperadamente de la parte trasera del cercano barracón. El fugitivo aprovechó el repentino desconcierto para saltar al centro de la calle y echar a correr hacia la carretera que cruzaba a poca distancia de donde estaban.

Inmediatamente apareció el vehículo. Llevaba los faros apagados y fue a detenerse a poca distancia de la entrada del callejón.

—¡Por aquí, Jeff! ¡No los dejaré acercarse! —le gritó una voz de mujer.

Mientras corría en dirección del vehículo pensaba en la extraña circunstancia de la presencia de la desconocida. Había pronunciado un nombre que no sabía a quién iba dirigido; pero lo importante era que le ofrecía una posibilidad de salvación. Oía a sus espaldas los pasos apresurados de los malhechores. Algún que otro apagado juramento le demostraba la rabia de que estaban poseídos. A cada instante esperaba escuchar la detonación que pusiera fin a su carrera; pero cuando, finalmente se produjo, sorprendió que partiera del coche y no de sus seguidores.

La portezuela permanecía abierta y estaba ya a punto de llegar

allí. Entonces decidieron replicar. Una serie de disparos rasgaron la quietud de la noche. Ya no les importaba ahora que la alarma cundiera en el sector.

De un salto entró en el coche y apremió a su misteriosa ocupante:

—¡Pronto! ¡No se entretenga y partamos!

—¿Quién es usted? —inquirió ella, volviéndose.

—¡No importa quién sea! ¿No se da cuenta de que van a freírnos a balazos?

—¡No es a usted a quien aguardaba!

—¡Haga lo que le digo! —exigióle él, amenazador.

Saltó al asiento delantero y apartó a la mujer del volante. Ésta le encañonó con la «Browning» que empuñaba.

—¡Salga pronto de ahí o dispararé contra usted!

El hombre no se inmutó siquiera. Pisó el acelerador en el instante preciso, que el malhechor que iba delante trataba de asirse a la portezuela.

—Haga lo que le parezca —replicó—. También ellos acabarían conmigo. No creo que usted se atreva a hacerlo.

De reojo la vio morderse los labios y bajar la mano. Apartóse hasta el rincón opuesto y allí quedósele mirando, con recelo.

—¿Qué han hecho de Jeff? —preguntó.

—¿Quién es Jeff?

—Es... mi hermano —dijo como si tuviese que hacer un gran esfuerzo—. Me ha costado un gran trabajo preparar esto, y en el momento preciso aparece usted para echarlo todo a rodar.

—Usted me llamó desde el automóvil.

—Creí que se trataba de Jeff... En la oscuridad lo confundí.

Dio al conmutador de los faros, y los brillantes haces alumbraron la carretera por la que ahora corrían.

—¿A dónde conduce esto? —pregunto.

Ella se encogió de hombros.

—Si mantiene la misma dirección no tardaremos en llegar a Long Lane. Puede desviarse por New Kend Road y Newington. Si es que no tiene otros proyectos.

El denegó con la cabeza. Aminoró la marcha y quedóse mirando a la joven.

—¿Ese Jeff que esperaba...? ¿Cuál es su nombre?

—¿Le interesa en verdad?

—Tal vez... se trate de una coincidencia. Pero yo vine buscando a un hombre que desapareció hace algún tiempo. Se llama Jeff Baltney.

—¡Ése es Jeff! —la oyó exclamar, excitada—. ¡Es mi hermano! ¿Qué es lo que sabe de él?

Fue tal el asombro del hombre, que detuvo el vehículo.

—¿Jeff Baltney... su hermano?

—¿Cuándo lo vio usted? ¿Cómo sabe que estaba allí?

El ruido de un automóvil desvió su atención. El vehículo venía en la misma dirección que llevaban, y, al verlo, el desconocido reanudó la marcha.

—No me gusta —comentó a media voz—. No me extrañaría que vinieran siguiéndonos.

—¿Por qué no me dice lo que sabe de Jeff? —insistió ella con acento de súplica.

—Ahora es preciso ir a un lugar seguro. Voy herido y necesito poder descansar... De todos modos le diré que mi nombre es Bryden y que Jeff es un buen compañero mío.

—¡Bryden! —exclamó la muchacha con alegría—. ¡Jeff me ha hablado mucho de usted! ¿Cómo ha conseguido llegar hasta aquí?

—Es largo de contar... y por el momento interesa despistar a esos bandidos. Será preciso que me oriente. No conozco bien esta parte.

—Yo conduciré —exclamó la joven con decisión—. Procuraré sacudirme ese coche. Luego lo llevaré a mi casa.

Permutaron sus puestos y el automóvil, conducido por la mano experta de su propietaria, enfiló a gran velocidad la avenida de Long Lane.

Desde el asiento posterior iba Williard Bryden siguiendo los movimientos de sus seguidores. La joven ensayó algunos despistes por calles adyacentes, y en todos ellos observaron que el automóvil hacia lo propio. No cabía duda de que vigilaban sus maniobras y que no iba a resultar tarea fácil librarse de ellos.

—Los llevamos pegados a las ruedas. ¿Por qué no acelera un poco más?

La muchacha denegó con un movimiento de cabeza.

—Sería expuesto. No tardaríamos en tener detrás algún coche de

la policía. Usted mismo decida si le conviene.

—No; desde luego que no. Debo evitarla cuánto me sea posible.

—Lo sospechaba. A Jeff le ocurría lo mismo. No quería que yo me entrometiera en esto; sin embargo, no quise hacerle ningún caso. Así pude averiguar a dónde lo habían conducido.

—¿Y le ha servido para algo?

Ella tardó unos segundos en responder:

—Usted es el más indicado para contestar a su pregunta.

Bryden apoyóse en el respaldo y fijó atentamente su mirada en la joven. Era singularmente bella y toda su persona desprendía una extraña sugestión. Viéndola de perfil no pudo por menos que reconocer el extraordinario parecido con Jeff Baltney. Y, lo mismo que él, demostraba poseer las magníficas cualidades que habían hecho que el inspector

O'Neill

le encomendara aquella difícil y arriesgada misión en Inglaterra.

—Tiene razón —murmuró—. Ni siquiera le he dado las gracias por lo que ha hecho.

—No se preocupe. Me satisface pensar que, al menos, ha servido para ayudarle a escapar de esos malvados. ¿Cree que Jeff pueda estar aún por allí?

—Lo ignoro —respondió Bryden—; aunque es muy probable que lo tengan encerrado en otro lugar. Es una presa demasiado valiosa para deshacerse de ella.

En su interior, no ignoraba Bryden que muy pocas probabilidades existían de que Jeff Baltney estuviera aún con vida. De lo contrario, no hubieran vacilado en llevarle a él, para así mejor obtener una confirmación de sus propósitos.

El, automóvil había dejado la espaciosa avenida y enfilaba Broughton High Street en dirección del Puente de Londres. El tránsito era ahora más intenso a medida que se aproximaban al río. Pronto cruzaron éste y desviáronse por Upper Thames Street.

Fue en una travesía de esta última calle donde la muchacha hizo entrar el vehículo en un espacioso garaje. Cruzó rápidamente entre la doble hilera de automóviles allí aparcados y salió nuevamente a la calle por una puerta que daba a una plazuela, en la parte trasera.

Inmediatamente realizó una rápida maniobra y dio la vuelta para dirigirse por Cannon Street hacia Ludgate Hill.

Bryden, que desde hacía unos minutos no se apartaba de la ventanilla posterior, volvióse hacia la muchacha con aire de triunfo.

—Los ha burlado limpiamente, señorita Baltney. En adelante tendré que modificar el concepto que había formado de las mujeres.

Vio cómo ella lo miraba con cierta sonrisa de burla.

—¿Puede decirme qué concepto es ése?

Bryden dejóse caer en el asiento y hundió sus dedos en su revuelta cabellera.

—No importa ya. Lo esencial es que en nada le afecta a usted.

Diez minutos más tarde el automóvil deteníase en una solitaria calle en las inmediaciones de Deptford. Dejó la joven el coche en el pequeño jardín y con una seña invitó a Bryden a que la siguiera.

—Hemos llegado —le dijo—. Ahora podré atenderle como necesita.

Subieron la media docena de peldaños y llegaron ante una puerta, que ella abrió introduciendo una llave que sacó de un hueco que había junto a un banco.

—Tía Carol estará durmiendo —dijo en voz baja—. Le dije que tenía que trabajar y no pareció extrañarle.

—¿Vive sola con su tía?

—Desde que terminó la guerra. Jeff me pidió que viniera a Inglaterra tan pronto tía Carol perdió a su único hijo.

Había introducido a Bryden en una especie de saloncito que comunicaba con el baño. Encendió la luz y le indicó una silla.

—Siéntese ahí. Yo misma le haré una cura. No sé si le hablaría Jeff de que ejercí dos años en un hospital. ¿Le hablaba a menudo de mí?

—No; siempre se mostró muy reservado con todos.

—Pero él no dejó de hacerlo de usted. Siempre que lo mencionaba era para elogiarlo. «Hay momentos en que me gustaría ser como Bryden», me dijo en más de una ocasión. «Bryden es un hombre excepcional; y lo mejor del caso es, que él no parece haberse apercebido de ello».

Ponía tal convicción en sus palabras que Bryden no pudo por menos que echarse a reír.

—Conseguirá que me sienta cohibido. Jamás me vi elogiado en la forma que está haciéndolo.

—¿Cómo ha sido posible que con esas heridas pudiera salir de

allí? —exclamó ella, examinando los desgarrones que llevaba en el muslo y en el hombro.

—Creo que fue la Providencia quien lo dispuso todo. Olvidaron cerrar la puerta de la celda y mi carcelero se quedó dormido. De lo contrario, en estos momentos estaría pudriéndome en aquella húmeda y pestilente mazmorra.

—¿De verdad le abrieron la celda?

Bryden quedóse mirando a la muchacha, intrigado.

—Sospecho que usted estaba al corriente de lo que iba a suceder.

Sin pronunciar una palabra, la muchacha se dirigió a una estantería y cogió una pequeña jofaina en la que echó un líquido que había en una botella.

Luego, valiéndose de un lienzo, lavó cuidadosamente las heridas. Seguidamente las vendó, demostrando la singular habilidad que poseía en aquella profesión.

—Ahora necesita descansar —le dijo ella al tiempo que guardaba la jofaina—. También debe tomar algún alimento.

—No puedo perder mucho tiempo —declinó Bryden—. Esta misma noche tengo que encontrar a determinada persona. Si aguardara a mañana tal vez sería demasiado tarde.

—Tengo el presentimiento de que está cometiendo una locura.

—Es posible que lo sea —sonrió él—. Usted ya ha hecho más de lo que debía.

Ella puso una mano en el brazo vendado del muchacho.

—Tome al menos algún alimento. No le retendrá mucho tiempo.

Juzgó Bryden que hubiera sido una descortesía rehusar el ofrecimiento de la hermana de Baltney. Por otra parte, había perdido alguna sangre y la misma debilidad que le invadía era consecuencia de no haber pasado por su estómago alimento alguno en muchas horas.

Devoró con verdadera fruición los manjares que ella le sirvió. Sentada frente a él, la muchacha contemplábale en silencio.

—Cuénteme todo lo que hizo su hermano —pidióle Bryden, al fin.

—¿Por qué le interesa saberlo?

Hablábale con acento suave y en tono casi maternal. Era una agradable sensación la que experimentaba Bryden; pero su

experiencia le decía que la hermana de su compañero intentaba jugar con él una carta que por el momento le resultaba desconocida.

—Demasiado sabe que su hermano recibió órdenes superiores de que se abstuviera de venir a verla. Nadie debía conocer su presencia en Inglaterra; sin embargo, faltó a la palabra empeñada.

La vio parpadear repetidas veces, como cogida de sorpresa, y en sus mejillas aparecer un intenso rubor.

—Jeff no faltó a su juramento. Hace algún tiempo recibí una llamada telefónica. Era suya y me decía que se encontraba en un cafetín de los suburbios de Newington. Estaba herido y necesitaba ayuda de alguien. ¿A quién podía llamar que mejor guardara su secreto?

Bryden limitóse a mirarla fijamente, sin expresar su opinión.

—Fui en el acto —prosiguió diciendo la joven—, y lo hallé en un rincón del establecimiento. Me dijo que necesitaba poner a salvo determinados documentos que había venido a buscar. Para ello me pidió que le ayudara a salir de allí y lo acompañara a un lugar seguro.

—¿Llevaba su hermano encima esos papeles? —inquirió Bryden, súbitamente interesado.

—No; pero no llegó a decirme dónde los tenía escondidos. En aquel preciso instante llegó un coche de la policía y le obligaron a subir. Me dijeron que tenían que trasladarlo a la Embajada norteamericana. Pedí que me dejaran acompañarlo y fue en aquel momento cuando Jeff reconoció a uno de los falsos policías. Forcejeó para librarse de ellos y huir amparado en la oscuridad de la calle; pero los cuatro ocupantes del automóvil lo arrastraron hacia el vehículo y partieron velozmente sin que mis esfuerzos por ayudarle sirvieran de nada.

—¿Consiguió reconocer a alguno de sus raptos?

La joven denegó con la cabeza.

—Jamás los había visto anteriormente. Dos de ellos vestían uniforme de la policía; aunque no cabe duda de que eran falsos agentes.

—Pero usted descubrió el lugar al que le habían llevado. ¿Cómo, si no, explica su presencia esta noche en las inmediaciones del muelle?

La vio titubear, evidentemente sorprendida por su pregunta.

—Es cierto —concedió—. Jeff desapareció hace poco más de un mes, y en todo este tiempo no obtuve resultado alguno de las pesquisas que por mi cuenta emprendí. Hasta que, hace tres días, en el mismo cafetín donde fue sorprendido, se me presentó un individuo diciéndome que conocía el lugar al cual habían llevado a mi hermano y que por una cantidad aceptable estaba dispuesto a llevarme allí. Entonces le prometí la citada suma si se prestaba a ello, más otro tanto si ayudaba a Jeff a escapar de sus aprehensores. Aquello pareció decidir al cómplice de los malhechores. Le entregué la cantidad prometida en cuanto me dejó a poca distancia de un caserón de siniestro aspecto, muy cerca de los muelles, en Newington.

—¿Y la otra mitad?

La muchacha quedó mirándolo, como si no lo comprendiera.

—Prometí entregársela si ayudaba a mi hermano a escapar.

—Y no hay duda que estará en la creencia de haberlo hecho así. Ahora comprendo que no fue una simple coincidencia el que la puerta de mi celda estuviera abierta y que el carcelero se durmiera profundamente por efecto de un fuerte narcótico. Lo único lamentable fue que ese hombre me confundiera con su hermano y me ayudara a escapar cuando creía estar haciéndolo con Jeff.

La joven se levantó y llevándose una mano a la garganta retrocedió algunos pasos, hasta impedírsele la pared. Quedó apoyada en ella, mirando fijamente a Bryden.

—Es cierto... —murmuró como si le costara un gran esfuerzo—. Y en este caso sólo cabe admitir una posibilidad: que en aquel siniestro caserón no hubiera otro prisionero que usted... y que a Jeff lo habrán asesinado...

Cubrióse el rostro, horrorizada. Bryden se puso en pie y fue hasta ella.

—Esa suposición suya carece de fundamento.

—A Jeff lo han debido matar... Se habrán ensañado con él por no haber querido revelar dónde guardaba los documentos recobrados.

—¿Sabe, acaso, de qué papeles se trataba?

—No —denegó entre sollozos—; pero pude adivinar que los había por las pocas palabras que pudo hablarme.

Bryden dejóse caer de nuevo en su asiento y quedó pensativo.

Pero, inmediatamente volvió a levantarse, como inspirado de una súbita resolución.

—Si ese hombre ha creído realizar su trabajo, volverá a usted para recibir la recompensa que le ofreció. Él nos servirá para averiguar lo que nos interesa.

Ella apartó las manos que cubrían su rostro y miró a Bryden con asombro.

—Entonces..., ¿ha creído que usted es mi hermano?

—No cabe ninguna duda. ¿Dónde quedó en verlo?

—Mañana al anoecer estará aguardando junto a la farola que hay en el Victoria Embankment, frente al Temple. La que tiene uno de sus brazos partidos a consecuencia de los ataques aéreos.

—¿Le dijo la hora exacta?

—Las seis y media. Es un individuo bajito y de alguna edad. Parecía estar enfermo.

—A esa hora la acompañaré a la cita con ese individuo. Ahora debo marchar a mi hotel.

En los ojos de la muchacha brilló un destello de desencanto.

—¿Es que piensa irse? ¿No se da cuenta del estado en que se halla y de que con las ropas destrozadas y sucias se hará doblemente sospechoso?

—Necesito descansar —repuso Bryden—. Y no puedo abusar un instante más de la hospitalidad de esta casa. Además... necesito enviar un cablegrama.

—Yo puedo encargarme de cursarlo. Y, por lo demás, tía Carol se mostrará encantada de poderlo ayudar, lo mismo que yo.

—Se lo agradezco, pero...

—Quédese aquí; se lo ruego —suplicó con dulce acento—. Necesita que cuiden de usted... por lo menos hasta mañana. Entretanto, podrá secar sus ropas y yo misma las dejaré como estaban antes.

El la miró con simpatía.

—¿Es que tiene interés en que me quede?

—Se lo ruego —asintió ella—. Tengo un especial interés en que se quede aquí esta noche.

—Está bien. Ya que así lo desea...

Ella le cogió de las manos con agradecimiento.

—Se lo agradezco, Bryden. Sé que usted me ayudará y, por mi

parte, estoy dispuesta a hacer lo mismo por usted. ¿Quiere, ahora, redactar su cablegrama?

Escribió en un trozo de papel algunas palabras y lo entregó a la muchacha.

—La persona que debe recibirlo ya descifrá el significado —sonrió, ante el gesto de extrañeza, de ella al dárselo a leer—. Ahora sólo falta que me diga su nombre.

—Me llamo Margaret —repuso, ruborizándose.

Bryden cogió las manos de la joven y las retuvo unos segundos entre las suyas.

—No olvidaré nunca lo que ha hecho por mí. Creo, incluso, que llegaré a bendecir el encuentro providencial que me ha hecho conocerla.

—Yo también opino lo mismo, inspector Bryden —sonrió ella—. No creo que ellos le hubieran reservado un alojamiento mejor que el que yo acabo de ofrecerle.

Bryden echóse a reír. Cogióle Margaret de una mano y lo condujo a una habitación que había en la misma planta.

—Ahora procure descansar. Sus heridas necesitan un constante reposo.

Después de haber salido Margaret, todavía permaneció Bryden algún tiempo con los ojos abiertos. La figura grácil y esbelta de la muchacha, la suave delicadeza de sus facciones y la dulzura de su habla le habían impresionado gratamente. Luego pensó en la misión que le había llevado a Inglaterra; pensó en el desventurado hermano de Margaret y en las consignas recibidas del inspector O'Neill

cuando Jeff Baltney dejó de comunicar con sus superiores. Todavía, antes de dormirse recordó las palabras que

O'Neill,

le dirigió al mandarle presentarse en su despacho.

O'Neill

le conocía perfectamente por haberle encomendado otras difíciles y arriesgadas misiones. Sin embargo, en aquella ocasión parecía estar un poco cohibido, como si le doliera obligarle a marchar a un sitio en el que muy pocas probabilidades le quedaban de volver con vida. Por ello, sin mirarle siquiera a la cara, y, dándole vueltas a un cortapapeles que tenía en su mano, comenzó:

«—Hace algún tiempo, Bryden, me dijo que le gustaría volver a Inglaterra...»

CAPÍTULO II

—Hace algún tiempo, Bryden, me dijo que le gustaría volver a Inglaterra.

Inclinado sobre su mesa de trabajo, con los hombros echados hacia delante y la mirada fija en el cortapapeles que tenía entre los dedos, el inspector

O'Neill,

del «Federal Bureau of Investigation», parecía tratar de encontrar las palabras con que empezar el discurso que había estado preparando. Frente a él, de pie y con las manos metidas en los bolsillos, estaba Williard Bryden, el más sagaz y dinámico de los jóvenes inspectores a sus órdenes. Bryden observaba atentamente el embarazo de su superior por confiarle alguna arriesgada misión. Por espacio de unos segundos le había dejado hablar. Luego, dándose cuenta de la poca fortuna con que iniciaba aquella cuestión, decidió facilitarle la tarea.

—No recuerdo haberle dicho que tuviera deseos de volver a Inglaterra, inspector —le había atajado.

—¿Cómo? ¿No fue usted quien...?

—No, inspector —sonrió Bryden—. Y si desea que le diga el nombre de la persona que tantos deseos tenía de cruzar el Atlántico, no tengo inconveniente en hacerlo. Esa persona es Jeff Baltney. Usted mismo me confió sus esperanzas. Baltney tiene allí a su hermana, a quien no ha visto desde que terminó la guerra. Y a la primera oportunidad mandó a Jeff a realizar ese viaje, pero con la diferencia de que llevaba en el bolsillo una orden especial y la consigna de evitar ver a los suyos. Yo no sé hasta qué punto Jeff le agradecería el «favor»; pero ya no dudo del resultado cuando necesita quien vaya a ver lo que ha sido de él.

—¿Quién le ha contado todo eso, Bryden? —le había interrumpido O'Neil, mirándolo alarmado.

—No se preocupe, inspector. Es una pequeña debilidad la mía de andar husmeando donde no me llaman. Gracias a ello he sabido muchas cosas que más tarde me han sido de enorme utilidad.

O'Neil habíase pasado una mano por la frente, y su cuerpo menudo y rechoncho acabó por hundirse aún más en el sillón donde descansaba.

—¿Sabe lo ocurrido con Baltney?

—No lo sé; aunque me lo imagine.

Luego se había puesto en pie.

—Baltney ha ido a Inglaterra para realizar una atrevida misión. Tenía que comunicar periódicamente mediante una contraseña especial. Y hace ya tres días que no se recibe el correspondiente telegrama. Indudablemente ha sido descubierto y anulados todos sus esfuerzos. Ello significa que alguien debe remplazarlo.

—¿Y por qué enviaron a Jeff a Inglaterra?

—Él ha vivido allí muchos años. Conoce Londres a la perfección y, por ello, nadie más adecuado para ser elegido.

—Y ahora han pensado en mí para que desentrañe ese misterio...

—Ya sé, Bryden, que mañana mismo comienza su permiso para trasladarse a California. Nadie como usted merece esas vacaciones. Ha intervenido en los casos más difíciles; necesita un bien ganado descanso y sé, también, que tiene unos deseos enormes de ir a abrazar a su madre. Pero cualquier otro que yo pueda mandar en estos momentos a Londres está condenado a seguir el mismo camino que Baltney. Eso en el supuesto de que consiga averiguar dónde lo han metido.

Bryden había buscado con la mirada un asiento, terminando por dejarse caer en un amplio y cómodo butacón. Inmediatamente, O'Neil se había acercado a él, tendiéndole sonriente la caja de magníficos habanos que siempre tenía sobre su mesa de despacho.

—Tome un cigarro, Bryden. Si lo desea haré que le sirvan un refresco. Borden los prepara como el mejor profesional de...

—Gracias, inspector —declinó con un gesto—. Si no desea perder demasiado tiempo será preferible que vaya al grano y me ponga al corriente de lo que se trata.

—Entonces... ¿es que piensa aceptar?

—Digamos que me seduce la proposición. Además, no olvide que

Jeff es un buen amigo mío.

O'Neil lanzó un suspiro de alivio y enjugó el sudor que perlaba su frente.

—Sabía que no me dejaría en mal lugar. Bryden —exclamó como quien acaba de quitarse un gran peso de encima—. Pensé en usted, porque es capaz de sacar al pobre Jeff del atolladero y, también, porque ha vivido algún tiempo en Londres.

—Conozco un sector de Londres; pero puedo perderme allí como el más novato de sus agentes.

—No importa. Estoy seguro de que dará con él y con aquéllos a quienes interesa encontrar.

O'Neil había sacado de uno de los cajones de su mesa una voluminosa carpeta y, de ella, un sobre conteniendo algunos papeles que extendió ante sí.

—Ahí tiene algunos detalles de la cuestión —había dicho, al tiempo que entregaba uno de ellos a Bryden—. Dos diplomáticos del Gobierno polaco, en Londres, vienen en busca de ayuda material, para proteger a numerosos compatriotas suyos diseminados por el territorio patrio. Son indispensables armas y embarcaciones ligeras para ganar las tierras de la otra orilla báltica. Con objeto de evitar complicaciones y roces innecesarios con otros Gobiernos, los citados diplomáticos actuarán como simples comerciantes y cuantas operaciones realicen lo serán con entidades industriales y sin protección oficial.

—¿Sladzik y Drownsky? —preguntó Bryden señalando dos nombres que aparecían repetidos varias veces en el extracto.

—Sladzik y Drownsky eran los dos diplomáticos. Llegaron a Washington y realizaron las gestiones oportunas. Luego, por petición expresa de su Gobierno, obtuvieron de nuestros organismos oficiales, detallados informes de los puntos menos peligrosos para los embarques, itinerarios y rutas menos vigiladas que nuestros servicios de contraespionaje han obtenido para el Estado mayor de la Organización para el Tratado del Atlántico Norte. Esperaban con ello poder facilitar la salida de numerosos compatriotas perseguidos y que permanecen ocultos en la desventurada Polonia.

—Hasta ahora todo me parece perfectamente normal.

—Sin embargo, a las veinticuatro horas de haber abandonado el aeródromo de High Field para regresar a Inglaterra, una

comunicación urgente y cifrada del Gobierno polaco, avisaba a su embajador, que dos cadáveres que habían aparecido el día anterior flotando en el Támesis, eran los de los dos diplomáticos enviados a Washington.

Bryden clavó su mirada en el rostro de O'Neil y contuvo la respiración aguardando que le aclarara aquel enigma. Mas, al ver que O'Neil no lo hacía, aventuró la suposición que cruzara por su cerebro:

—Sólo puede haber una explicación razonable: alguien suplantó la personalidad de los dos diplomáticos.

—Así fue —asintió el inspector—. Sladzik y Drownsky fueron secuestrados y sus puestos ocupados por dos enemigos de parecido aspecto y, probablemente, de la misma nacionalidad. La cosa no era difícil ya que, por efectuarse el viaje con el mayor secreto, nadie acompañó al aeródromo a los dos falsos diplomáticos.

—Creo que comienzo a comprender...

—Se trata no sólo de la suerte de miles de personas, sino de importantes secretos de carácter militar. Además, nuestro prestigio y las posibles repercusiones en las relaciones internacionales, exigen que los dos suplantadores sean hallados antes de que puedan abandonar el suelo británico, así como que vuelvan a nuestro poder las copias de los informes que consiguieron obtener.

Bryden rascóse la barbilla, pensativo, y movió la cabeza lentamente.

—Me temo que sea demasiado tarde.

—No lo es, Bryden. Jeff Baltney consiguió dar con la guarida de esa peligrosa organización al servicio extranjero. Además, los informes estaban redactados, en clave. Fue facilitada por la Embajada polaca y sólo ella y el Gobierno, en Londres, la conocen. No cabe duda que sus esfuerzos se encaminarán ahora a obtener una copia de la misma.

Y fue de este modo como él, Williard Bryden, cruzó una vez más el Atlántico para, con nombre supuesto y documentación falsa, poner el pie en la Gran Bretaña: Poseía alguna indicación acerca de lo que Jeff Baltney había conseguido saber. No contaba con más ayuda que la que le proporcionaría un tal Nyskow, comerciante de antigüedades en una callejuela próxima a Ludgate Hill y que, en realidad, actuaba como enlace de su Gobierno. Tenía que trabajar a

espaldas de la Ley y sin que las, autoridades británicas sospecharan el motivo de su misión.

Nyskow se le había quedado mirando con cierto recelo. Sólo cuando se hubo cerciorado de que, efectivamente, había venido a continuar la misión iniciada por Baltney, pareció cambiar de actitud. Le habló de cierto sujeto que había pasado a prestar sus servicios en la Embajada del Gobierno polaco exilado y que era vigilado por haber despertado sospechas.

Y así fue como cierta noche, al poco tiempo de su llegada a Londres, Bryden descubrió el lugar en, el que aquel individuo se entrevistaba con sospechosos elementos. Era un viejo y lóbrego caserón situado a muy poca distancia del río, en un lugar donde había una factoría de fibras textiles y un pequeño muelle sobre la orilla. Aprovechó la oscuridad de la noche y así consiguió introducirse entre aquellos muros. En una de las habitaciones vio hasta siete hombres. Parecían celebrar un consejo de guerra, y la persona que llevaba la voz cantante era un tipo alto, cuyas sienes plateaban ya y que cubría parte de su rostro con un antifaz. Hablaban un idioma desconocido para Bryden. Uno de ellos respondía a las señas que le habían facilitado de uno de los falsos diplomáticos. Limitábase a asentir a cada una de las explicaciones del que parecía ser el jefe de aquella pandilla. Más tarde, cuando la mayoría de los componentes había abandonado el edificio. Bryden había aguardado a su hombre y, saliéndole al encuentro, habíale obligado a confesar su participación en las «negociaciones» de Washington. Por él supo que un americano, mediante un hábil golpe, había conseguido recobrar la cartera conteniendo los documentos tan astutamente conseguidos en Washington.

Bryden había creído, en un principio, que el polaco estaba mintiendo; pero, al cabo de unos minutos de persuasivo interrogatorio, no tardó en convencerse de que decía la verdad. Jeff Baltney había conseguido rescatar los documentos comprometedores; pero, asimismo, el muchacho ya no tenía los papeles, y todos los esfuerzos de la organización se encaminaban a obligarle a confesar dónde los había ocultado.

Por más que lo acosó a preguntas y amenazó con toda suerte de torturas, no consiguió que aquel individuo dijera dónde estaba Baltney. Juraba y perjuraba que sólo el jefe de la banda y sus dos

hombres de confianza conocían el lugar a donde lo habían conducido. Hasta entonces ignoraban que se trataba de un agente del F.B.I., y estaban en la creencia de que no era otra cosa que un aventurero que, enterado de la existencia de sus planes, intentaba especular para conseguir una fuerte suma a cambio de los papeles.

No contento, sin embargo, con sus explicaciones, obligó Bryden al extranjero a que lo acompañara para registrar aquel inmueble. Parecía desierto, y al descubrir un pasadizo oculto que conducía al subsuelo, le ordenó que le mostrara lo que en él había.

Una oscura galería, de cuyos muros brotaba el agua que se filtraba procedente del río, mostraba a derecha e izquierda algunas puertas herméticamente cerradas. Del interior de una de aquellas celdas brotó al paso de Bryden un apagado gemido. Conminó a su guía para que abriera la puerta y, casi al mismo tiempo, un objeto duro golpeó con fuerza su cabeza haciéndole perder el conocimiento.

Más tarde, en el ambiente lóbrego y hostil de una de aquellas mazmorras, vióse interrogado por el hombre del antifaz y sus diabólicos secuaces. Todos sus esfuerzos se encaminaron a establecer la relación que había entre él y su otro prisionero, a inquirir el paradero de los documentos desaparecidos y a los propósitos que les habían guiado hasta allí. Luego siguieron las torturas físicas, el tormento del frío y el aguijón del hambre y la sed, una sed abrasadora estimulada por una sustancia acre y corrosiva que habían intentado hacerle tragar. La fatiga y el sueño le acosaban, pero allí estaba su guardián impidiendo que pudiera tenderse sobre las húmedas losas y cerrara los sobrecargados párpados. Y, en medio de toda aquella conjura infernal, la voz fría y cortante del hombre del antifaz, por el que escapaba el maligno destello de su único ojo en un rostro de infinita perversión. La voz que le atormentaba, incisiva, alucinante, parecía clavársele en el cerebro. Ignoraba el tiempo que llevaba allí. Eran muchas horas... tal vez días...

Finalmente parecieron desentenderse de él, pero el sueño anhelado negábase ya a vencerlo. El carcelero habíale mirado de un modo muy extraño al salir de la celda. Transcurridos unos minutos, un ruido en la puerta había atraído su atención. Le pareció que una rendija dejaba pasar una tenue claridad. Tambaleándose fue hasta

ella y al apoyarse comprobó con verdadero asombro que estaba abierta. Su guardián dormía profundamente en un rincón, donde había un banco de madera.

Avanzó por el oscuro pasadizo, descendió algunos peldaños y desembocó en una especie de embarcadero bajo los muelles.

Una tenue lucecita brillando en la penumbra delató al hombre que allí custodiaba una pequeña embarcación. Debía evitarlo y huir de allí sin que lo vieran; de lo contrario, la oportunidad que tan providencialmente se le acababa de presentar no tardaría en esfumarse.

En el mismo momento de entrar en el agua, el otro se volvió y lo descubrió. El estampido del disparo repercutió en aquella oquedad y Bryden sintió en el muslo izquierdo la mordedura de la bala.

Sumergióse enteramente en las heladas aguas y nadó hacia el centro de la corriente. El lugar era poco profundo, pero debía mantenerse sumergido hasta estar lejos de allí.

Cuando apareció en la superficie distinguió unas lucecitas moviéndose al borde del embarcadero. Se encontraba debajo de los muelles de madera sostenidos por gruesos pilares de cemento empotrados en el lecho del río. El agua calmó el ardor de su boca y le reanimó grandemente.

Ahora le parecía haber vivido una extraña pesadilla. Estaba a salvo, pero, su misión no había siquiera empezado; Tenía que encontrar a Baltney y, asimismo, los documentos recuperados. Contaba con la ayuda del comerciante polaco y de la encantadora Margaret, hermana de Jeff. Pero el tiempo apremiaba... Necesitaba encontrar al muchacho antes de que le obligaran a confesar y pudieran hacerse con los papeles y sacarlos, del territorio británico.

Despertó con una sensación de angustia. Le ardía la frente y la sangre golpeaba con fuerza las sienes y el pecho.

Sentóse en la cama y quedóse mirando la débil claridad que entraba por la ventana entornada. Encendió la luz y miró el reloj que había sobre la mesilla. Señalaba las cinco y media y faltaba aún cerca de media hora para el amanecer.

Sobre una silla encontró unas ropas de hombre. Indudablemente habían pertenecido a Jeff, y ahora Margaret Baltney las había dejado para, que él pudiera usarlas.

Sin vacilar vistióse apresuradamente. Necesitaba cuanto antes

saber de Jeff. O'Neil quería estar seguro de que los documentos no podían ser utilizados contra los Estados Unidos. Sólo devolviéndolos o, en último extremo, la declaración formal de que habían sido destruidos, podría evitar un conflicto con otras naciones amigas y un daño irreparable a gentes que luchaban por la libertad y la independencia de su patria.

Salíó a la calle y se encaminó a una plazoleta próxima en la que había un bar. Pidió una taza de café bien cargado y ello dispó las brumas que aún inundaban su cerebro.

El autobús le condujo a las inmediaciones de «Guildhall». Descendió y continuó a pie por «City Road» hasta el cruce con «Queen Victoria». En un reloj dieron las siete. Una densa niebla comenzaba a envolverlo todo y amortiguaba la claridad de la mañana.

Dio un pequeño rodeo y media hora más tarde dirigióse a «Ludgate Hill». En la travesía donde estaba el establecimiento de antigüedades de Nyskow apenas si se cruzó con media docena de transeúntes.

Halló la puerta abierta. Un automóvil se hallaba detenido junto a la acera de enfrente. Al disponerse a cruzar el umbral sonó el claxon por dos veces seguidas. Intrigado, volvióse Bryden; pero no pudo ver a su invisible ocupante.

Entró en la tienda. Estaba desierta; pero un rumor de pasos no tardó en dejarse escuchar. Casi al mismo tiempo corrióse la cortina que la aislaba de las dependencias interiores y apareció una mujer envuelta en un impermeable. Tenía el cabello rubio como las espigas de trigo y le caía por debajo de una especie de boina, azul. Al ver a Bryden se detuvo un instante, confusa.

—Si desea ver al dueño de esto tendrá que aguardar unos segundos —anticipóse a su pregunta—. ¿Quiere sentarse, por favor?

—¿Es usted familiar suyo?

—Soy su sobrina —respondió con una sonrisa. Y, dirigiéndose hacia la puerta, añadió—: Buenos días, señor.

Bryden fue hasta la entrada y vio cómo cruzaba la calle, subiendo en el automóvil que allí enfrente estaba aguardando. Inmediatamente el vehículo partió.

Volvió al interior y encaminóse a la trastienda. Algunas sillas se hallaban derribadas por el suelo y tal circunstancia le alarmó.

Cruzó la pieza que servía de comedor, y cuando iba a entrar en un despacho contiguo descubrió el cadáver de Nyskow. Se hallaba tumbado en el mismo umbral y boca abajo. Un charco de sangre se había formado debajo de su cuerpo. Estaba coagulada. Por el aspecto del cadáver cabía suponer que Nyskow había sido asesinado hacía ya bastantes horas.

Dirigió la mirada a su alrededor. Los cajones de la mesa habían sido revueltos y todo su contenido desparramado por el suelo. Probablemente, quienes habían estado allí lo hicieron con el propósito de buscar algo que les interesaba en gran manera. Tal vez los documentos escondidos por Jeff Baltney.

No cabía duda que la mujer que acababa de salir y que había declarado ser sobrina del comerciante polaco formaba parte de aquella conspiración. No había podido observar en su semblante síntoma alguno de estar asustada, y sí, únicamente, la sorpresa de encontrarse con un desconocido al entrar él en el local.

Oyó ruido en la tienda. Debía de tratarse de dos o más personas, ya que podían percibirse sus voces. Si lo encontraban allí su situación veríase seriamente comprometida. Tampoco podía avisar a la policía por ser él el primer interesado en evitarla.

No le quedaba otra alternativa que tratar de pasar desapercibido.

En aquel instante repiqueteó el timbre del teléfono. Dirigióse a la salida con ánimo de cruzar la tienda y ganar la calle; más en el instante que apartaba la cortina para ello, vio que acababa de detenerse un automóvil y de él descendían dos policías.

Al instante comprendió la jugarreta. Los que le habían visto entrar en el establecimiento lo habían dispuesto todo para que fuera sorprendido allí y acusado de haber dado muerte al comerciante polaco.

Era preciso buscar otra salida. Retrocedió hasta el comedor y de allí fue a salir a la cocina que comunicaba con un patio interior. Tenía que escalar un pequeño muro de unos seis o siete pies de altura y, a pesar de las heridas que todavía le molestaban, no le costó gran esfuerzo conseguir su propósito.

Al otro lado había una especie de lavadero público que daba a un desierto callejón. Una mujer estaba atareada en lavar unas prendas. Al verle saltar la tapia profirió un chillido y quedósele

mirando entre temerosa y sorprendida:

Sin desperdiciar un solo instante echó a correr, Bryden, callejón arriba. Antes de doblar la esquina volvió la cabeza para observar si era seguido; mas no pudo ver a nadie.

Diez minutos más tarde caminaba por la acera izquierda del Strand. No tenía decidido a dónde ir. La confusión de su cerebro persistía aún, sin dejarle coordinar sus ideas. Había perdido el único enlace al que podía acudir en aquella populosa ciudad y, en adelante, debería bastarse a sí mismo si quería hallar, a Jeff Baltney y encontrar el escondite donde estaban los documentos rescatados.

Decidió regresar al hotel donde se alojaba. Por el momento era, con toda seguridad, el único lugar seguro en el que podría reflexionar y descansar, sin temor a que nadie fuera a importunarle.

El gerente, un hombre alto, de facciones, severas y enjutas, quedósele mirando con cierto aire de recelo.

Evidentemente, su aspecto no era el más apropiado para presentarse en el hotel.

—Soy Bryden —le dijo ante su gesto interrogante—. El hombre que alquiló la habitación 108.

—Perdone, míster Bryden —sonrió entonces solícito—. No le había reconocido. Hace tanto tiempo que no sabíamos de usted.

—¿Mucho tiempo? —preguntó con cierta sorpresa, Y, ante el gesto de extrañeza del encargado, añadió—: Sufrí un accidente y he estado en casa de unos amigos.

—Celebro que se haya ya restablecido. Ahí tiene la llave de su habitación.

Subió Bryden a su cuarto y echóse sobre la cama. Estaba cansado, intensamente fatigado. Una creciente pesadez llenaba su cerebro, impidiéndole coordinar sus ideas. Dejóse vencer por el sueño y quedóse dormido.

Despertó bruscamente, con la sensación de que un invisible peligro le acechaba. La luz del sol entraba por la ventana y al mirar el reloj advirtió que era cerca del mediodía.

Se puso en pie y se dirigió hacia el baño. Necesitaba bañarse y cambiar los vendajes que le pusiera Margaret Baltney, antes de bajar al comedor.

Apenas cruzó la puerta que comunicaba con el baño, descubrió al personaje que parecía aguardarle. Era un hombre joven, de unos

veinticinco años, de aspecto extranjero y que en aquel momento dedicábase a sacar un cigarrillo y encenderlo.

—Buenos días, señor —saludó cortésmente, poniéndose en pie.

—¿Qué hace aquí? —preguntóle Bryden, desconfiado.

—Hace poco más de una hora que llegué. No me atreví a despertarlo. Parecía tan fatigado y dormía de un modo tan apacible...

Bryden lo observó de pies a cabeza. Luego desvió la mirada hacia el ventanal. Era indudable que aquel hombre había entrado por allí; mas el otro, leyendo indudablemente sus pensamientos, apresuróse a contestar:

—No suelo entrar por las ventanas, si no es absolutamente preciso —sonrió enigmático—. Para su tranquilidad le diré que ocupo las habitaciones de al lado y que me resulta más fácil hacer uso de la puerta de comunicación. Una llave no es tan comprometedora, y resulta, además, mucho más cómoda.

—¿Desde cuándo está usted ahí?

—¿Se refiere al tiempo que llevo ocupando ese cuarto? —Hizo como que calculaba mentalmente y, rápidamente, respondió—: Desde el día siguiente a su llegada al hotel. Mis superiores me ordenaron vigilarle y seguir sus pasos; pero creo que me descuidé y perdí pronto la pista.

Bryden esbozó una leve sonrisa.

—Ya entiendo. Usted está al servicio del Gobierno polaco en Londres. ¿Es que tiene alguna noticia importante que comunicarme?

—Más bien opino que es usted quien puede dárme las. ¿Ha averiguado algo referente a su compañero Jeff Baltney?

—Espero poder conseguir dar con su paradero —respondió evasivo—. Creo que, por el momento, le interesará saber que Nyskow ha sido asesinado.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó, aquel individuo con interés.

—Estuve temprano en su tienda. En el momento de entrar salía una joven que dijo ser su sobrina. Subió a un automóvil que la aguardaba ante el establecimiento.

—¿Le vio alguien entrar en aquel lugar?

—Sólo la muchacha que le digo. Casi inmediatamente llegó la policía. Debían haber avisado con la intención de que me

sorprendieran allí. Pude escapar por una puerta trasera.

—¿Y no le vio nadie más?

—Una mujer que lavaba ropa. A estas horas la policía debe de andar buscándome por toda la ciudad. Posiblemente los mismos que lo asesinaron habrán telefoneado facilitándole los datos que necesitan.

El joven enlace del Gobierno polaco se levantó y comenzó a pasear de un lado al otro de la habitación.

—Siendo así ya nada tengo que hacer aquí. Sólo deseaba prevenirle de que Nyskow había sido asesinado, y de que debía evitar ir por su tienda.

Cinco minutos más tarde el desconocido había salido, Bryden, después de tomar su baño, lavó y vendó nuevamente las heridas. Se encontraba mucho mejor y con ánimos de reanudar sus pesquisas. Un apetito atroz se le acababa de abrir y ello le recordó que tenía que bajar al comedor.

Mientras descendía la escalera acordó de cierto detalle que le asaltó de improviso. ¿Y si el individuo del antifaz, a través del cual brillaba su único ojo, fuera conocido, de la Embajada de Polonia en la capital británica?

Volvió a subir las escaleras con ánimo de interrogar al hombre que unos minutos antes había estado a verle. Llamó a la puerta por tres veces consecutivas; pero nadie abrió. Sin duda alguna habría salido o estaría abajo, en el comedor.

Ya en el vestíbulo fue a preguntar al gerente.

—El señor conde de Waharn ha dejado hace unos instantes sus habitaciones. Dio a entender que tenía que salir inmediatamente para Francia.

Desajenóse de sus sospechas y fue al comedor. Comió, con verdadero apetito cuanto le sirvieron. Ahora sentíase el mismo de antes, como si un hálito vivificador llenara todo su ser:

Anhelaba que anoheciera. Margaret Baltney acudiría a la cita con el hombre que le ayudara a escapar. También él estaría allí; pero deseaba observar cuánto sucedía sin intervenir en la cuestión.

De este modo le sería más fácil averiguar lo que se había hecho de Baltney y de los importantes documentos.

Se entretuvo deambulando por las calles próximas al río. Y, no bien advirtió que se aproximaba la hora de la cita, encaminóse al

«Queen Victoria Embankment». Frente al Temple, y a poca distancia de la farola de que le hablara Margaret, situóse Bryden en un lugar donde no podía ser visto.

Con el humeante cigarrillo entre los labios, fue contando los minutos que faltaban para la hora prevista. Al fin, a la débil claridad del crepúsculo, descubrió a un hombre junto a la farola. Había sacado un periódico que se entretenía en leer.

No transcurrió mucho tiempo sin que viera aparecer a Margaret. Acercábase recelosa y mirando a todas partes. Posiblemente esperaba verle por allí, tal como le dijera la noche anterior.



Cayó de bruces alcanzado por las balas
2-BUTIRES

Vio Bryden cómo el individuo doblaba el periódico y quedábase mirando a la joven. Al llegar ésta a pocos pasos de él se detuvo, indecisa, y miró a su alrededor.

Entonces el que aguardaba se acercó a ella, Bryden decidió buscar un lugar más próximo, desde el que le fuera posible seguir

atentamente el encuentro sin peligro de ser descubierto.

Cruzó la calzada y fue a situarse en el borde superior que daba al río. Otra persona parecía tener el mismo propósito y, extrañado por ello, desvió la mirada hacia la misma. Inmediatamente la reconoció.

A menos de una docena de yardas estaba la joven del cabello como el oro que se cruzara con él aquella misma mañana. Parecía seguir con interés los movimientos de los personajes y, tal vez por ello, no se había percatado de su proximidad.

Instantáneamente se olvidó Bryden de Margaret y del hombre que en aquel momento necesitaba verla. Sus ojos claváronse ansiosamente en la misteriosa mujer que, por segunda vez en aquel día, cruzábase en su camino y que con tanta atención parecía observar a las dos personas detenidas junto a la farola mutilada, a orillas del caudaloso río.

CAPÍTULO III

Instintivamente, Bryden retrocedió unos pasos hasta quedar parapetado en un saliente del pretil. La mujer del cabello dorado no se había apercebido de su presencia, atareada como estaba en vigilar al hombre, que en aquel momento hablaba con Margaret Baltney.

Apoyóse Bryden con gesto indolente en la balaustrada y se puso a fumar con aire distraído, como el que no tiene nada que hacer. La penumbra le protegía, al tiempo que le permitía observar a la desconocida y seguir los detalles del encuentro de la hermana de Jeff con el hombre que le había facilitado la huida en el caserón próximo a los muelles.

Advirtió cómo Margaret discutía con aquel personaje. Al fin, y no sin cierta resistencia, se avino a entregarle unos billetes. El otro hablóle aún algunas palabras más y se alejó siguiendo la orilla del río. Poco después Margaret hacia lo propio, desviándose por la primera bocacalle que daba a la avenida.

Entonces, la mujer del impermeable echó a andar siguiendo los pasos del que estaba vigilando. Bryden hizo lo propio desde alguna distancia. En esta forma cruzaron el río por el puente de Waterloo. Ya en la otra orilla, el desconocido subió a un autobús. La mujer llamó a un taxi y, lo mismo hizo Bryden.

Diez minutos más tarde los vio aparecer en Saint «George Circus». Manteniendo siempre una prudencial distancia, los dos siguieron caminando por Lambeth Road.

Bryden indicó al conductor que fuera despacio y no perdiera de vista a la muchacha.

De pronto, ambos desaparecieron. Estaban en una callejuela que pasaba junto a una fábrica de gas. Bryden pagó al conductor y abandonó el vehículo.

Unas yardas más allá distinguió la silueta de la joven. Se había

detenido y se apoyaba en una verja. Del otro personaje no se veía ni rastro; pero Bryden sabía que no podía estar muy lejos.

Ocultóse en un portal y permaneció atento a los movimientos de la desconocida. No tuvo que esperar mucho tiempo. Con paso decidido y rápido la vio cruzar la calzada y entrar en una casa que había enfrente.

Apenas hubo desaparecido lanzóse el joven en su persecución. La portezuela daba a un largo pasillo al final del cual había un patio y en él dos puertas. La de la izquierda estaba entornada y por la rendija escapaba un rayo de luz.

Al aproximarse escuchó Bryden el rumor de voces alteradas. Una de ellas correspondía a una mujer, indudablemente aquella que tanto le intrigara.

Silenciosamente se introdujo allí. La luz procedía de un cuarto interior. Una silla rodó por el suelo con gran estrépito y, casi inmediatamente, una detonación retumbó entre aquellas paredes.

Bryden pegóse al muro. La puerta acababa de abrirse y la silueta de la mujer recortóse en el hueco luminoso. Corrió hacia la puerta; mas antes de llegar a ella salió Bryden del rincón en el que se ocultaba y la sujetó de un brazo.

—¡No se mueva! —la conminó—. ¡Estoy apuntando al corazón!

La sorpresa le hizo lanzar un pequeño grito. Aprovechándose de ella quitóle Bryden el arma que todavía empuñaba.

—¿Quién es usted? —preguntó asustada.

—No importa. Tenemos que marcharnos pronto antes de que se den cuenta de lo que ha hecho.

No ofreció resistencia. Bryden la condujo por el callejón en sombras. Alguien gritó no lejos de allí y pronto un silbato llenó con sus estridencias la quietud de aquellos lugares.

Por la parte opuesta llegaban corriendo dos policías.

—¡Métase ahí! —apremió el joven, empujándola hacia una escalerilla que descendía por debajo de un puentecillo metálico.

Obedeció sin titubear. Situáronse agazapados en aquella oquedad al tiempo que los pasos precipitados de dos agentes acercábanse por el callejón.

—¿No es usted de la policía?

—¡Cállese! ¿Quiere que nos cojan a los dos?

La respuesta y el tono con que fue pronunciada bastaron a la

joven para no seguir insistiendo. Oyeron cómo los pasos resonaban por encima de sus cabezas y se alejaban atraídos por los gritos que alguien daba en el patio donde se oyó el disparo.

Cuando Bryden juzgó alejado el peligro la hizo salir de allí.

—Vaya delante y no trate de escapar. No espere que pueda conseguirlo.

Atendió su indicación y echó a andar hacia la salida. Ante la puerta de la casa se había reunido un grupo de curiosos que intentaban averiguar lo ocurrido.

Al salir a la calle la joven pareció reconocerlo. La luz se prodigaba más allí y, por otra parte, el tránsito permitía mostrarse más confiado.

—¿A dónde va a llevarme?

Bryden llamó a un taxi y le dio la dirección de un conocido *cabaret*. Al ver que ella no parecía decidida a subir, abrió la portezuela y le indicó el asiento.

—Es un lugar agradable. Allí no tiene nada que temer.

—No se me ha perdido nada en «Kennington» —protestó.

—Haga lo que le digo.

El tono de su voz no admitía vacilaciones. Subió en el vehículo y dejó caer en el asiento posterior. Bryden subió a continuación. Al tiempo de arrancar el vehículo sacó el arma que arrebatara a la muchacha y la examinó. Tratábase de una «Brownning» de pequeño calibre. Tenía el cargador completo excepto la bala que acababa de disparar.

—Tuvo suficiente con una —comentó como para sí—. ¿Dónde le dio? ¿En la cabeza?

Ella no contestó. Entonces el inspector guardóse nuevamente el arma.

—Me llamó la atención que siguiera a su víctima. ¿Tenía proyectado deshacerse de ella?

Al comprender que ella no estaba dispuesta a contestar, aparentó, desinteresarse y dedicóse a mirar los lugares que atravesaban.

—Mi nombre es Willie —dijo de pronto—. ¿Cómo puedo llamarla?

—Bonnie —respondió—. A mí me gusta que me llamen así.

Bryden echóse a reír.

—Eso quiere decir que lo ha elegido a su capricho.

Ya no cambiaron ninguna palabra más hasta llegar al lugar indicado al conductor. Tratábase de un club nocturno que a aquella hora comenzaba a presentar alguna animación.

Bryden llevó a Bonnie hasta una mesa apartada de la concurrencia y pidió al mozo que les sirviera unas copas de Oporto.

—¿Y para invitarme a beber con usted es por lo que me ha traído hasta aquí? —preguntó la joven, no sin alguna ironía.

—Sabe demasiado que no es así. Tenía interés por el hombre a quien acaba de matar. Ahora ya no me sirve para nada y presiento que usted puede muy bien remplazarlo.

—¿Por qué no me entrega a la policía?

Bryden hizo un gesto vago y echóse a reír.

—No tengo muy buenas relaciones con la policía. Además, ¿cree que ganaría algo haciéndolo?

—Siendo así podría decirme por qué estuvo siguiéndonos y qué interés tenía en vigilar a Peter.

Sin responder a su pregunta, quedó Bryden unos instantes mirando fijamente a la muchacha. Parecía intentar leer en sus pensamientos, como sí, le intrigara encontrarla sentada allí, a su lado y en un apartado cafetín de los suburbios.

—Creo que nos hemos visto en otra ocasión —dijo, de pronto, como si le sorprendiera hacer aquel descubrimiento.

Bonnie se le quedó mirando, apuntando en sus labios una sonrisita irónica y burlona.

—¿Lo cree nada más? Si no hace apenas doce horas que nos cruzamos en la puerta del establecimiento de Nyskow.

—El establecimiento de Nyskow. Es cierto —murmuró Bryden, como intentando recordar—. Una joven salía en el momento de entrar yo allí. La sobrina del comerciante, si mal no recuerdo. Iba a preguntárselo a él mismo, pero no me fue posible. Estaba tumbado en el suelo...

—No puede pensar que fui yo quien lo maté —interrumpió nerviosamente—. Cuando fui allá ni siquiera lo conocía. Tenía que hablar con él; pero acababan de matarlo. Salí precipitadamente, y fue en aquel momento cuando le vi entrar. Le dije lo primero que se me ocurrió.

—Miente maravillosamente bien.

—¿Qué interés puedo tener en mentirle?

Hablaba con la mayor naturalidad y sin apartar la mirada del rostro de Bryden. De no haberla sorprendido en la tienda de Nyskow ni vigilado los movimientos del hombre contra el que había disparado, hubiera podido creérsela.

—Sabe muy bien quién soy —habló lentamente y estudiando sus más ligeras reacciones—. Sabe que conseguí escapar de la mazmorra en la que me encerraron sus amigos y que intervino en ello el hombre que acaba de matar. Ignoro los motivos que puedan haber tenido para asesinar a Nyskow; pero tengo la seguridad de que fue a su casa en busca de lo mismo que yo pretendía encontrar.

La muchacha encogióse de hombros y paseó su mirada por el local.

—¿Y qué es lo que pretendía encontrar en un miserable cuchitril como el de Nyskow?

El mozo llegaba en aquel momento dejando sobre la mesa las copas de Oporto que habían pedido.

—Tal vez preferirá algo más fuerte —dijo Bryden tomando su copa y llevándosela a los labios.

Bonnie denegó con la cabeza y le imitó.

—Hay ciertos documentos por los que determinadas personas estarían dispuestas a pagar fuertes sumas. Un hombre a quien conocí hace algún tiempo ha estado intentando recuperarlos. Sospecho que ha fracasado. Tal vez tenga yo más suerte y consiga hacerme con ellos.

Advirtió en Bonnie algún nerviosismo. Sacó Bryden una cajetilla de cigarrillos, tomando uno y ofreciendo otro a la muchacha. En silencio los encendió.

—¿Conoce el nombre de ese desdichado?

Bryden afirmó en silencio.

—De todos modos —agregó Bonnie—, nada importa. Mattei lo tiene en lugar seguro y, entre tanto, poco provecho podrá obtener de los documentos.

Bryden sintió cómo el corazón le daba un vuelco.

—¿Es que, acaso, consiguió hacerse con los papeles?

—Sí; se trata de un muchacho muy astuto. Logró, mediante una hábil maniobra, quitárselos a Stanislaf. Tuvo tiempo de ocultarlos antes de que volviera a caer en manos de Mattei.

—Pueden obligarle a confesar.

—Lo han intentado valiéndose de todos los medios persuasivos. Hasta ahora nada han conseguido. —Bonnie se puso en pie, rápidamente, transformándose su semblante—. ¡No sé por qué tengo que hablarle de todo esto! ¡No sé quién es usted ni qué motivos persigue al traerme aquí!

Con gesto persuasivo cogióla Bryden de un brazo y la contuvo.

—Está poniéndose nerviosa —le dijo en voz baja—. Saldremos de aquí y podemos regresar paseando.

—¿Regresar a dónde?

—Yo iré a mi hotel en tanto que usted volvería a su aposento.

Ella lo miró con una mueca de asombro.

—¿Habla en serio? ¿Dejará de verdad que me vaya?

—¿Por qué no? —sonrió despreocupado—. ¿Acaso sigue creyendo que sea un policía? ¿Por qué iba a tener interés en entregarla?

Bonnie no contestó. Aguardó a que Bryden abonara la consumición. Luego salieron a la calle.

Con gesto despreocupado cogióse Bonnie de su brazo. Una sonrisa imperceptible dibujóse en los labios de Bryden. En esta forma, sin pronunciar una sola palabra, echaron a andar por la desierta y solitaria acera.

—Ahora comienzo a creer que eres un aventurero y un atrevido —rompió ella el silencio, tuteándole por primera vez—. ¿Sigues aun pretendiendo apoderarte de los documentos robados?

—Lo intentaré hasta el último instante. Sé de quién está dispuesto a pagar por ellos hasta cinco mil libras.

—¿Cinco mil libras? Es una cantidad que...

Se interrumpió. Bryden sospechó que había conseguido interesarla y que con un poco de suerte el camino iba a simplificársele más de lo que esperaba.

—Es una bonita suma que me ayudará a regresar a los Estados Unidos. Un pasaporte falso y una documentación con nombre supuesto.

La mirada de Bonnie buscó la suya, interrogante.

—No soy otra cosa que un desertor —añadió con acento pesaroso—. Creo que es lo único de que me avergüenzo. Hasta ahora he vivido trampeando como he podido; pero esto no puede

durar eternamente. Tengo deseos de volver allá.

—Me gustaría conocer tu país. Siempre anhelé un viaje a los Estados Unidos.

—Tienes sobrada inteligencia para conseguirlo.

—¿Me llevarías tú?

—¿Por qué no? Allí las oportunidades son infinitamente mayores. Sólo hace falta el dinero suficiente para empezar.

Volvió a guardar silencio. Bryden estaba seguro de que su firmeza comenzaba a tambalearse y que con otra acometida terminaría por confiarse ciegamente a su voluntad.

—Me gustaría poder ayudarte —dijo, al fin, con una voz distinta—. Estoy harta ya de Stanislaf y de sus exigencias. Necesito cambiar de vida y de ambiente. Tal vez yo pueda ayudarte —concretó— facilitándote el camino para que hables con ese amigo tuyo. Al fin y al cabo, en nada me comprometerá.

—¿Ni aún después de haber dado muerte al hombre a quien seguiste?

—Peter traicionó a Mattei. No lo sentirá demasiado cuando se entere.

—¿Te ordenó él que lo vigilaras?

—Sí; acompañé a Olsen. Él tenía que encargarse de vigilar a la persona con quién debía verse. Me extrañó que fuera una mujer. Hubiera apostado que iba a verte a ti junto a la farola del río.

Bryden sintióse invadido de un súbito presentimiento. No se le había ocurrido imaginar que hubiera otra persona que pudiera seguir a Margaret Baltney.

—¿Para qué tenía Olsen que seguir a esa mujer?

Bonnie encogióse de hombros y echóse a reír.

—No lo sé. Seguramente no habrá tenido muchas dificultades para obligarla a subir a un taxi y llevársela a Mattei. Él tiene procedimientos muy persuasivos para hacer que sus víctimas hablen.

Guardó silencio, desconcertado. Sí, como era lo más probable, Margaret había caído, en poder de aquella pandilla de malvados, su misión se vería enormemente dificultada. Ante todo tenía que llegar hasta donde estaba Jeff Baltney y averiguar lo que había hecho de los documentos robados. Luego ya vería el modo de sacar a los dos hermanos de la trampa en que habían caído.

La ayuda que podía encontrar en Bonnie era valiosísima. Tenía por todos los medios que disipar sus recelos. Luego, una vez ganada su confianza, no le costaría gran trabajo conseguir sus propósitos.

—¿A dónde quieres que te acompañe? —le dijo al tiempo que consultaba su reloj.

—¿Es que vas a marcharte? —preguntó ella, con una mueca de disgusto.

—No puedo volver al hotel. Esta tarde sorprendí a un tipo vigilándome. No me gustaría tener un tropiezo. Precisamente ahora...

—¿Por qué no vienes conmigo? —sugirió, provocativa—. Mi hermano no pondrá demasiados inconvenientes si le prometemos ayudarlo.

—¿Tu hermano?

Hizo ella un ademán despreocupado.

—Johnny no es muy quisquilloso. Con poco que le prometamos se conformará. No tiene fibra... para trabajos de alguna envergadura.

Bryden hizo como que vacilaba.

—Es que... precisamente esta noche... pensaba hacerme con algún dinero. No tengo un mal penique y...

Bonnie echóse a reír, ruidosamente.

—Quizá Johnny se alegre de que vayamos cuanto antes. Me dijo que tenía entre manos un buen golpe; pero que no se fiaba de nadie. ¿Y si le ayudáramos? Por el momento te sacaría del apuro.

El inspector demostró interés repentinamente.

—¿Qué clase de golpe ha preparado?

—No lo sé. Si lo encontramos en casa ya le convenceré yo de que eres de fiar. Johnny hace siempre cuanto yo le digo.

Subieron a un taxi que los condujo hasta un callejón a espaldas de los «Doocks». Bonnie ordenó detenerse a la entrada y desde allí continuaron hasta una casa de sórdido aspecto situada junto a un cafetín, del que salían las notas discordantes de una canción marinera.

—Johnny está aún en casa —dijo la muchacha al advertir que la llave no estaba en el lugar donde solían dejarla.

Subieron hasta el tercer piso de aquella vivienda y, sin llamar, Bonnie empujó la puerta.

Un individuo bastante joven, con las manos hundidas en los bolsillos y fumando un cigarrillo, paseábase de un lado a otro del cuarto. Al darse cuenta de que la joven llegaba acompañada de un desconocido retrocedió unos pasos, como poniéndose en guardia.

—¡Hola, Johnny! —saludó Bonnie, despreocupada—. Willie es un buen amigo. Es americano y sabe cómo sacar el dinero de las piedras.

Johnny quedóse mirando a Bryden, desconfiando no obstante. Luego su mirada volvió a su hermana.

—¿Por qué lo has traído aquí?

—Yo le pedí que lo hiciera —adelantóse Bryden—. Necesito algún dinero y esta noche no tengo a dónde ir.

El joven echóse a reír, con sorna.

—¿Y eres tú el que saca dinero de las piedras...?

—Lo sacaré por las buenas de alguien que está dispuesto a darlo —repuso—. Es más sencillo y menos comprometido. Son cinco mil libras que están esperando al que sepa qué hacer con ellas.

—¿Cinco mil libras?

Johnny quitóse el cigarrillo de los labios y quedóse mirando a Bryden con expresión estúpida.

—Cinco mil libras, Johnny —recalcó su hermana acercándose a él y cogiéndolo de un brazo. Se trata de...

Se contuvo. Indudablemente, pensó Bryden, quería ocultar a su hermano la naturaleza de sus relaciones con el llamado Mattei y todos los malhechores que lo rodeaban.

—Necesito de alguien decidido y que no trate de hacerme traición. Tu hermana me ha hablado de ti. Pero creo que eres demasiado joven y careces de experiencia.

Aquellas palabras parecieron exasperarle. Dirigióse a Bryden y cogióse a la solapa de su gabardina.

—Puedo demostrarte que soy capaz de hacer lo que hagan otros. Jamás sentí miedo y no soy de los que vuelven la espalda cuando asoma el peligro.

Bryden lo examinó fijamente. La codicia del dinero le hacía alardear de aptitudes que, en realidad, le hubiera sido difícil probar.

—Tal vez me seas necesario —insinuó evasivo—. Por el momento necesito sacar algún dinero. Esta noche iré a buscarlo por algún *cabaret* de Chelsea. Sé dónde se juega fuerte y se bebe sin

tino. No es un trabajo demasiado arriesgado.

Johnny denegó, con gesto de entendido.

—No será preciso ir a Chelsea. A menos de diez minutos de aquí es fácil encontrarlo y sin correr un gran riesgo.

—¿De qué se trata? —preguntó demostrando interés.

—De la recaudación de un bar. Cada noche, entre dos y tres de la madrugada, un automóvil va a por ella. Sólo van en él, el dueño del establecimiento y un conductor.

—¿Mucho dinero?

—De sesenta a ochenta libras. A veces más. Todo es un pequeño maletín, por tratarse de billetes pequeños.

—No es una gran cosa —comentó Bryden, despectivo—; pero puede aprovecharse. Hará falta un coche.

—Yo me encargaré de traerlo. Un amigo mío me lo dejará siempre que le demos una pequeña parte.

—Encárgate de buscarlo —apremióle Bryden—. Yo mismo lo conduciré.

—¿Y por qué no puedo hacerlo yo? —preguntó Bonnie, insinuante.

El muchacho pareció dudar. Interpretando erróneamente su gesto, ella le cogió del brazo, suplicante.

—No seré un estorbo, Willie. Déjame que vaya.

Bryden consultó al hermano con la mirada. Hizo éste un gesto despectivo y volvióse de espaldas para mirar por la ventana.

—Puedes venir —dijo, al fin—. ¿Sabrás conducir?

—Vengo haciéndolo desde que tenía catorce años. Conozco las calles de Londres hasta el punto de conducir por ellas con los ojos vendados.

Bryden echóse a reír. Fue hasta donde estaba Johnny y tocóle de un hombro.

—Iremos los tres —decidió—. Cuanto antes vayas en busca del coche, tanto mejor. Por el camino ya me contarás tu plan.

A las doce en punto un «Chrysler» de modelo anticuado deteníase en la esquina de Yarrow Street, en el cruce con Eversham Road. Las luces de un *cabaret* cuyo letrero parpadeaba entre la niebla les mostró el lugar donde Johnny pensaba dar el golpe.

—Entremos para entretener la espera —propuso Johnny—. Cuando veamos que van a sacar la recaudación nos situaremos en la

parte posterior del edificio, dónde está la puerta de escape.

Fueron a ocupar una de las mesitas más apartadas del salón. En aquellos momentos una pareja de baile terminaba de ejecutar una danza típica sudamericana.

A los pocos minutos de estar allí, pretextó Bryden ir en busca de cigarrillos. Entró en la sala contigua, donde estaba el bar, seguido de la mirada inquieta de Bonnie. Inmediatamente preguntó por la cabina del teléfono y entró en ella.

Consultó el número del teléfono de Margaret Baltney que había anotado y llamó a su domicilio. Le contestó una voz de mujer, alterada por la inquietud que la dominaba.

—¿La señorita Baltney?

—Salió esta tarde y no ha regresado todavía —respondió la voz con un acento angustioso—. ¡Por favor! ¿Quién es usted?

—Tranquilícese, señora. Soy un buen amigo de su sobrina y haré cuanto sea posible por buscarla. ¿Avisó a la policía?

—Sí, señor. Han, estado ya dos veces aquí preguntándome un sin fin de cosas. ¿Quiere decirme quién es usted?

Bryden colgó el auricular. No podía demorarse más si no quería despertar las sospechas de Bonnie y su hermano. Compró la cajetilla de cigarrillos y regresó a la mesa.

La joven le dirigió una mirada interrogadora; pero él encargóse de desvanecerla con una sonrisa.

—¿Un cigarrillo?

Abrió la cajetilla y ofreció uno a la muchacha y luego otro a Johnny.

—Esta noche no bajaré de las doscientas libras —le dijo éste al oído mientras se inclinaba para encenderlo—. La fiesta que están dando es de postín.

Asintió en silencio. A su derecha, Bonnie le miraba con sospechosa insistencia. Cogió una de sus manos para desvanecer sus celos y la oprimió suavemente. Los labios de ella distendiéronse en una sonrisa de satisfacción.

—Eres una chica encantadora, Bonnie —le dijo en voz baja—. Ahora me pareces distinta a como te vi hace unas horas.

Bonnie echóse hacia atrás en un movimiento de estudiada coquetería.

—¿Eres siempre galante con las mujeres, Willie?

—Lo soy con aquellas que me gustan.

Volvió a sonreír, complacida. Le intrigaba a Bryden la confianza tan repentina y sin reservas que ella parecía dispensarle; aunque conocía muy bien a las mujeres para fiar demasiado en la apariencia engañosa de sus sentimientos y reacciones.

Cerca de las dos terminó el espectáculo de variedades y el salón fue vaciándose hasta quedar en él solamente algunos grupos de rezagados.

Una indicación de Johnny le mostró al que debía ser el encargado de hacerse cargo de la recaudación. Inmediatamente Bonnie se puso en pie dispuesta a salir de allí. Bryden la imitó acompañándola hasta la calle.

—Tenemos que cambiar el coche de sitio —le dijo apresurando el paso para dirigirse hacia donde habían dejado el vehículo.

Desviáronse por la primera travesía y unas calles más allá volvieron a detenerse.

—Yo aguardaré aquí —Se dijo la muchacha al apearse—. Tan pronto os vea venir pondré el motor en marcha. Suerte, Willie.

Estrechó la mano que le tendía y se apartó de allí. A menos de cincuenta yardas estaba el callejón por dónde iba a salir el encargado del *cabaret*. Descubrió un coche aguardando ante la puerta. Johnny saldría por ella de un momento a otro y se acercaría al chofer con un falso recado. De este modo no sospecharía viéndolo salir del *cabaret*. Entonces él tenía que acercarse por el otro lado y golpearle hasta dejarlo sin sentido. Inmediatamente ocuparía su puesto; Johnny se ocultaría y tan pronto asomara el encargado lo encañonaría para obligar a subir. Saldrían velozmente y se apoderarían de la maleta. Luego, al estar a poca distancia de donde esperaba Bonnie, una brusca maniobra dejaría al coche imposibilitado de seguirles. Sólo tenían que subir al otro coche y alejarse rápidamente de aquellos parajes.

Apenas se hubo alejado lo suficiente para que Bonnie no lo viera, desvióse hasta un cafetín próximo y desde allí comunicó por teléfono con el *cabaret*.

—Necesito hablar con el encargado —apremió—. Es un asunto urgente.

El interesado se puso al aparato.

—Habla con la policía —le dijo—. Soy el inspector Mallory y

debo prevenirle que intentan hacerle víctima de un atraco.

—¡Diablos! —oyó como el encargado exclamaba—. ¿Y qué es lo que debo hacer yo, inspector?

—Poner papeles en lugar del dinero y salir con la maleta como si estuviera ajeno a lo que se prepara. Así será más fácil coger a los malhechores.

—¿Pueda confiar en que no se me causará ningún daño?

—Esté tranquilo. Aguarde todavía unos diez minutos a salir. Y tenga cuidado ya que uno de los malhechores está en su establecimiento vigilando todos sus movimientos. Procure no mostrarse nervioso. Lo echaría todo a rodar.

Salió del cafetín y se dirigió al callejón. No llevaría un minuto en él cuando vio abrirse la portezuela y aparecer la figura de Johnny. Encendió tranquilamente un cigarrillo y se aproximó al conductor del coche allí estacionado.

En tanto hablaban los dos, Bryden se acercó por el lado opuesto. Había envuelto la culata de la pistola con un paño a fin de amortiguar la violencia del golpe. Sabía cómo asestarlo para conseguir que sólo perdiera el conocimiento.

Avanzó sigilosamente, escudándose en el mismo coche, y cuando estuvo a espaldas del confiado conductor levantó la mano y descargó en su cabeza un golpe seco y preciso que mandó al otro a la región de la inconsciencia sin haberse apercebido siquiera de los motivos.

Inmediatamente arrinconó el cuerpo del chofer y sentóse al volante. Johnny subió y fue a sentarse en el asiento trasero. Hubo unos minutos de espera. Una tensión angustiosa dominaba a Bryden. Si el gerente, temeroso, hubiera dado la voz de alarma, todo su juego se vendría abajo como castillo de naipes, colocándole, además, en una apuradísima situación.

Al fin, vio abrirse la puerta y aparecer al encargado. Con aire despreocupado saludó al conductor y subió al coche.

—¡No grite ni intente resistirse! —conminóle Johnny poniéndole una pistola bajo las narices—. ¡Ande, suba pronto! —añadió cogiéndolo de un brazo y tirando de él para que se apresurara.

Bryden puso el vehículo en marcha y se alejó de allí. Torció por la segunda bocacalle y fue a dejar el coche, cruzado sobre la acera y en un lugar angosto donde se prestaba a bastantes dificultades para

maniobrar.

—¡Salta pronto, Willie! —le dijo el muchacho—. ¡Y usted ojo con chillar! Podríamos ponernos nerviosos y enviarle unas onzas de plomo.

—¡No chillaré ni diré nada! —protestó el encargado del *cabaret*—. Sólo les pido que me dejen aquí.

Johnny cogió la maleta y echó a correr hacia el coche en el que aguardaba Bonnie en tanto Bryden apuntaba con su arma al gerente.

—No intente seguirnos ni armar alboroto —le recomendó en voz baja—. Voy a tratar de, averiguar dónde se esconden.

Vio al otro mirarle con expresión idiotizada. Seguidamente se alejó hacia donde estaban los dos hermanos. Bonnie tenía ya el coche a punto de arrancar y no bien subió a él partió a gran velocidad. Dieron un largo rodeo hasta dejar el «Chrisley» en el garaje de donde lo sacaron. Luego, en un taxi, regresaron al domicilio de los dos hermanos.

Ya en el cuarto dejóse caer Bryden en un sillón con expresión de cansancio.

—Eres un gran chico, Johnny —le alabó con admiración—. Lo has preparado todo magistralmente.

Johnny sonrió satisfecho en tanto que Bonnie, más impaciente, procedía a hacer saltar los cierres de la maleta. Seguidamente abrió la tapa y quedóse mirando, silenciosa, el contenido.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Johnny que la observaba algo apartado.

Bryden se levantó, asimismo, y fue hasta los dos jóvenes. Hundió la mano en los trozos de papel que allí se amontonaban y los revolvió con movimiento febril.

—Se han burlado de todos nosotros —exclamó con acento de rabia.

Y quedóse mirando a los dos hermanos. Bonnie estaba muy pálida. En cambio, Johnny, parecía asustado y sin saber qué actitud tomar.

—¿Era ése el dinero que cada noche sacaban del *cabaret*? —inquirió mirándolo duramente.

—No lo entiendo —balbució el joven, muy asustado—. Juraría que sacaban el dinero...

—¡Bah! —exclamó despectivo dando un violento empujón a la maleta hasta hacerla caer en el suelo. Y, una vez en él, propinóle una fuerte patada.

—Johnny ha obrado de buena fe —intervino Bonnie, aturdida.

—Un golpe a mano armada que no ha servido para sacarnos de un mal apuro. Y lo peor es que a estas horas deben andar buscándonos.

—No nos encontrarán.

—No nos encontrarán —repitió Bonnie. Y, acercándose hasta quedar con la cabeza apoyada en el hombro de Bryden, añadió—: Lo importante, Willie, es que me he quitado un gran peso de encima. Ahora sé que puedo confiar enteramente en ti.

CAPÍTULO IV

Mientras dirigíase al lugar de su cita con el desconocido, Margaret Baitriey se preguntaba intrigada a dónde habría ido Bryden y qué estaría haciendo en aquellos momentos. Cuando se levantó aquella mañana y se apercibió de que el inspector no estaba ya en su habitación experimentó un fuerte desencanto.

Sabía que el estado de Bryden no era del todo satisfactorio y confiaba en convencerlo de que se quedara allí el tiempo suficiente para reponerse de las heridas y los malos tratos sufridos durante su encierro. Sospechaba que Bryden sentíase cohibido quedándose allí y que deseaba continuar cuanto antes sus pesquisas para encontrar a su hermano y averiguar el escondite de los documentos recuperados.

Confió lo ocurrido a su tía Carol y consolóse pensando que ya conocía su domicilio y siempre que necesitara de ella acudiría sin perder un instante.

Cuando llegó a las inmediaciones del Temple había anochecido. Dedicóse a pasear por las proximidades de la mutilada farola, en espera del hombre que había de ir en busca del dinero.

No tuvo que aguardar mucho tiempo. Estaba abstraída pensando en la triste suerte corrida por Jeff cuando advirtió que alguien se detenía a sus espaldas. Volvióse presurosa y reconoció al que había de venir.

—¿Ha traído el dinero? —preguntó sin ningún preámbulo.

Sobresaltada, quedóse mirando.

—No hizo lo que le pedí —respondió temblando—. Me prometió ayudar a escapar a mi hermano, y el hombre que anoche huyó del caserón inmediato a los muelles no lo era.

—¿Es que trata ahora de volverse atrás?

—Cumpliré con mi palabra siempre que usted cumpla con la suya. La cantidad que falta fue convenida si ponía en libertad a mi

hermano.

El desconocido pareció titubear.

—¿Está segura de que su hermano no consiguió escapar?

—Completamente segura.

Le oyó lanzar una apagada maldición.

—Ya no puedo volver allá. Sospechan de mí y a cada momento me parece que siguen mis pasos.

—Pero puede decirme si había algún otro prisionero de ese cabecilla. Mi hermano debe de estar todavía en alguna de aquellas mazmorras. Si, al menos, pudiera avisar a la policía...

—No le iba a servir de nada. Mattei tiene otros escondrijos y no teme a la policía.

Margaret miró a su alrededor, con un sentimiento de inquietud. Sacó de su bolso unos billetes y los entregó al confidente.

—De todos modos creyó ayudar a mi hermano. ¿Dónde podría encontrarle si necesitara de usted?

El hombre denegó con un gesto.

—Creo que ya no podré ayudarla más de lo que he hecho. Sin embargo, si existe alguna posibilidad acudiré a su domicilio.

Guardóse los billetes y sin pronunciar una sola palabra más se alejó para perderse en la niebla que comenzaba a levantarse del río.

Margaret quedósele mirando hasta verlo desaparecer. Luego tomó la dirección opuesta. Una intensa tristeza invadía su alma al comprender que muy escasas posibilidades le quedaban de ayudar a su hermano. Le había exigido en su encuentro que, pasara lo que pasase, en ningún caso acudiría a la policía. Le había dado a entender que realizaba una delicada misión y que por ningún concepto debía trascender a los organismos oficiales de la nación. Únicamente la presencia en Londres de Williard Bryden le proporcionaba algún consuelo. Bryden no cejaría en su empeño hasta encontrar a Jeff y rescatarlo de las manos de sus aprehensores.

Al ir a cruzar la calle se apercibió de que un automóvil avanzaba lentamente junto a la acera y en la misma dirección que llevaba. Se detuvo para dejar que pasara, pero al estar a su altura se detuvo y la portezuela abrióse. En el mismo instante una voz queda y autoritaria a un tiempo le ordenó:

—¡No chille ni eche a correr! Tengo un revólver apuntando a su

espalda y puede dispararse.

Sintió la sangre helarse en sus venas. Ladeó ligeramente la cabeza para examinar a la persona que acababa de hablarle, pero ésta, cogiéndola de un brazo, la empujó en dirección del vehículo.

Desde el interior una mano surgió para obligarla a subir. De un violento tirón hiciéronla sentarse y, acto seguido, el hombre que la amenazara subió, acomodándose a su lado.

Antes de que pudiera reponerse de la sorpresa recibida, viose Margaret transportada por las calles de Londres, envuelta en la oscuridad del interior del automóvil. Dos hombres, además del conductor, estaban con ella; mas ninguno despegó los labios para hacerle la menor pregunta ni siquiera para hablar entre sí. Parecían obedecer a una consigna establecida y sólo demostraban tener bastante prisa por llegar al lugar a donde se la destinaba.

—¿Con qué derecho se han atrevido a comportarse tan brutalmente conmigo? —atrevióse, al fin, a preguntar.

No recibió respuesta alguna. Exasperada, hizo ademán de levantarse. En el mismo instante una mano la sujetó haciéndola sentarse de nuevo.

—¿Quiere estarse quieta?

Su pronunciación tenía un ligero acento extranjero que no dejó de llamarle la atención.

Comprendió que no tenía más remedio que resignarse. Por otra parte su corazón le decía que iban a llevarla al mismo sitio donde se encontraba Jeff. Tal vez quisieran saber la relación que existía entre los dos. No olvidaba que cuando se apoderaron de su hermano se encontraban juntos. De este modo no les sería difícil averiguar dónde vivía.

Pasaron a la otra orilla del río por London Bridge. Entonces el automóvil fue a detenerse en un apartado lugar lejos del tráfico que descendía desde Broughton High Street.

Uno de aquellos hombres sacó un pañuelo. Comprendió que iban a vendarle los ojos, así como la inutilidad de ofrecer resistencia. Los dejó hacer. Era aquello indicio de que no pensaban retenerla más tiempo del preciso y que terminarían por devolverle la libertad.

El automóvil reanudó la marcha. Ignoraba el tiempo que llevaba dando vueltas cuando sintió que se detenían. Sin quitarle la venda, entre los dos hombres cogieronla uno de cada brazo y la condujeron

a través de un complicado laberinto de pasillos, escaleras y pendientes que descendían en espiral.

Al fin, le quitaron la venda y Margaret vióse en una habitación donde media docena de personas la contemplaban con cierta curiosidad. Una de ellas ocultaba el rostro con negro antifaz. Al sentir Margaret su mirada fija en ella experimentó un repentino estremecimiento.

—¿Es ésta la persona que estuvo hablando con Peter? —preguntó con voz fría, en la que se encerraba una velada amenaza.

—Ésa es —respondió el hombre que la había obligado a subir en el coche—. Estuvieron juntos unos dos minutos. Luego se separaron.

—¿Y Peter?

—Bonnie se ha encargado de él. Ya le dije lo que tiene que hacer.

El hombre del antifaz avanzó entonces hasta quedar a un solo paso de la muchacha.

—¿A qué fue Peter esta noche junto al Temple? —le preguntó. Y, casi inmediatamente, concretó—: Me refiero al hombre con quien estuvo hablando.

—No sé de qué me habla.

Los labios de aquel individuo se contrajeron en un gesto malhumorado.

—Le aconsejo que no intente ganar tiempo. Aquí de nada va a servirle.

Margaret se encogió de hombros.

—Sólo me crucé con un individuo que me preguntó por el camino más recto para dirigirse a la estación de Waterloo. Su acento era extranjero y era indudable que no conocía aquella parte de Londres. Si era ése el hombre a quien alude...

—¿Y pretende que creamos sus embustes?

—Puede creer lo que tenga por conveniente. Sus hombres me han traído aquí a la fuerza, y, cualesquiera que sean los motivos, no deja de ser un atropello del que tarde o temprano tendrá que dar cuenta.

Aquel hombre se la quedó mirando atentamente. Evidentemente no creía una sola palabra de cuanto le había dicho.

—Sería una explicación razonable si no se diera la circunstancia de que hace unos días la sorprendimos hablando con un muchacho

que tenemos alojado aquí. Es un joven un poco testarudo y hemos creído conveniente que la viera a usted por si juzgara conveniente cambiar de táctica. Tal vez no ignore de quién se trata.

El corazón de Margaret pegó un bruteo y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para que no trasluciera sus pensamientos.

—No me extrañaría —replicó despreocupadamente—. En Londres conozco a muchos jóvenes y éste pudiera muy bien ser uno de ellos.

—Pues pronto tendrá, ocasión de comprobarlo.

A una seña de aquel sujeto, Margaret fue conducida por un largo y oscuro corredor. Al final había una puerta y ante ella se detuvieron sus guardianes. Desde muy cerca seguíanla el individuo del antifaz y dos de sus más caracterizados secuaces.

Uno de los hombres abrió la puerta y adelantó el brazo del que pendía un farol. Entonces, a la macilenta claridad, vióse sobre un montón de paja la figura de un hombre allí recostado. El ruido de los que entraban le hizo incorporarse y volver el rostro hacia ellos.

Era un rostro pálido y demacrado el que los contemplaba. Unos surcos cárdenos lo cruzaban en todas direcciones, y la sangre coagulada contribuía a darle una expresión verdaderamente aterradora. Aun así; Margaret lo reconoció al instante. Y sin poderlo evitar, de su garganta brotó un grito desgarrador. Desasíóse de las manos de sus guardianes y echó a correr hacia el joven prisionero en aquella infecta celda.

—¡Jeff! ¡Hermano mío!

Los malhechores se miraron unos a otros. El hombre del antifaz esbozó una diabólica sonrisa qué dejó al descubierto sus dientes de lobo. Con un gesto imperioso contuvo a uno de los carceleros que se acercaba a los dos hermanos con ánimo de separarlos. Y así, por espacio de unos segundos, permaneció contemplando un pasible la escena.

Fue la propia Margaret quien primero se levantó y con los ojos centelleantes de coraje e indignación revolvióse contra aquellos desalmados.

—¡Sois una pandilla de asesinos! ¡Miserables canallas...!

—Conque ahora resulta que los dos tortolitos son hermanos... —rió por lo bajo el que parecía mandar la banda—. Una complicación agradable que jamás hubiera sospechado.

Acercóse a ella, y al advertir sus intenciones Margaret retrocedió como si quisiera proteger con su cuerpo el de su hermano Jeff.

—¡No os atreveréis a tocarlo! ¡Ya os habéis ensañado demasiado con él! ¡Antes sería capaz de...!

—Claro que no vamos a hacerle ningún daño. Ni a ti tampoco. ¿Quién ha hablado de semejante monstruosidad?

Jeff Baltney ensayó un supremo esfuerzo para levantarse apoyándose en la pared.

—No os atreveréis a tocar sus ropas —jadeó como en un estertor.

Mattei, el hombre del antifaz, puso sus brazos en jarras y lo observó con cierto interés.

—¿Estarás dispuesto, al fin, a decir dónde escondiste los papeles?

Jeff Baltney no despegó los labios. A su lado, Margaret cogíase de su brazo, mientras en sus ojos se reflejaba la tremenda lucha que sostenía entre lo que consideraba el deber profesional del muchacho y el deseo de evitarle nuevos sufrimientos que terminaran de una vez con su fortaleza.

—No conseguiréis nada de mí —terqueó con decisión—. Podéis matarme, si lo deseáis, pero no volveréis a recobrar...

—¡Perro americano! —insultóle el hombre que estaba a la izquierda de Mattei.

Y, levantando la cuerda que llevaba en la mano, cruzó el rostro del prisionero. El apagado gemido que brotó de sus labios confundióse con el grito desgarrador lanzado por la muchacha.

Quiso arrojarle sobre el brutal carcelero; pero Mattei cogióla del brazo, impidiéndoselo.

—No te excites, pequeña. Guarda para otra ocasión tus ímpetus y procura serenarte si quieres hacer algo por el estúpido de tu hermano.

—¡Usted es el peor de todos! ¡Torturar de ese modo a un hombre que no puede defenderse!

—Puedes hacerlo tú por él. Te sería tan fácil, conseguir qué lo dejáramos en libertad...

—¡Ella no os dirá nada! —exclamó Jeff con voz ronca—. ¡Nada sabe de lo que me trajo a Inglaterra! ¡No puede deciros nada!

—En ese caso serás tú quien lo haga. Piensa que tenemos a tu

linda hermanita y que sería una verdadera lástima verse obligada a quedarse unos días con nosotros...

—¡Eres un miserable! —lanzóle Baltney, con repugnancia.

—¿Es todo lo que se te ocurre para evitarle una suerte... digámoslo así, un poco dura?

Margaret forcejeó para desasirse de la mano que la sujetaba:

—¡Suélteme!

Pero Mattei acentuó la presión de sus dedos.

—Una palomita como tú no debe tener nunca tanta prisa en volar lejos del palomar que se le ha reservado.

—¡No conseguirá nada! ¡Se equivoca si cree que soy distinta de mi hermano! ¡Por mucho que me amenace...!

—Nadie piensa en amenazarte —habló junto a su rostro, insinuante, al tiempo que de reojo observaba al prisionero—. Mi deseo es que seas, considerada como realmente te mereces. Nunca tuvimos aquí una mujer tan encantadora como eres tú.

Vio cómo Baltney hacía nuevos esfuerzos por levantarse y acercarse a ellos; pero, de una fuerte patada su acompañante lo derribó de nuevo sobre el montón de paja.

Margaret revolvióse furiosa. Tenía los ojos anegados en lágrimas, y sus dientes apretaban nerviosamente los labios rojos y turgentes que, pugnaban por traicionar su firme convicción.

—¿Es que te resistirías a evitar que tu hermano continuara aquí y al cuidado de mis fieles carceleros?

Incapaz de soportar por más tiempo aquel duro trance, Margaret clavó su mirada suplicante en el rostro de Jeff. Éste advirtió la vacilación que comenzaba a zarandear su espíritu.

—No me pidas lo que jamás he de consentir —exclamó alarmado—. ¡Nada me hará retroceder!

—¿Serás, también, insensible a lo que podamos hacer con esa hermana tuya? —intervino el guardaespaldas de Mattei, hombre de bajos instintos y de facciones innobles que rezumaban todo el odio y la maldad que llenaba su alma.

—¡No tocaréis uno solo de sus cabellos! ¡De lo contrario os lo haré pagar caro a todos juntos! ¡Os lo juro!

Una fuerte risotada coreó sus últimas palabras. Mattei tomó a Margaret entre sus brazos y la sujetó fuertemente.

—Veremos si conseguimos ablandar tu podrido corazón.

¡Llévadle a la bodega! —ordenó a sus secuaces al tiempo que arrastraban a la joven fuera de allí.

Fue conducida a través de unas escaleras a un sótano de techo muy bajo. En el suelo había como una plataforma de madera cubriendo aproximadamente una tercera parte de la pieza. Un rumor de aguas turbulentas ascendía de algún profundo lugar, prestando al sitio aquél un siniestro ambiente de pesadilla.

Ataron a Baltney a una de las argollas que se veían empotradas en el muro. A pesar del desfallecimiento que experimentaba, contraíanse sus mandíbulas y forcejeaba valerosamente para librarse de los que le conducían. A Margaret dejáronla apoyada en el muro opuesto. Inmediatamente escuchóse el rechinar de unas cadenas, y la plataforma de madera deslizábase horizontalmente dejando al descubierto la negra boca de un pozo en cuyo fondo bullían amenazadoras las aguas de algún subterráneo canal.

La, parte en que se apoyaba la muchacha tenía apenas medio pie. Pegada al muro sólo podía deslizarse de un extremo al otro, pero resultaba arriesgado intentar volverse o procurar sentarse. El espacio no daba para ello y al perder el equilibrio hubiérase precipitado en aquella profunda boca para hundirse en las negras y rugientes aguas. Por otra parte, resultaba imposible tratar de salvar la distancia que la separaba del borde opuesto. Era demasiado grande y, además, carecía del espacio suficiente para tomar impulso. La tensión muscular haría pronto presa en su organismo, apoderándose de él la fatiga.

Desde el otro lado, Baltney contemplaba, impotente, la escena. No podía acudir en ayuda de su hermana y estaba condenado a presenciar el horrible espectáculo de verla desaparecer en las negruras del pozo.

—Si tienes algo que decir —advirtióle Mattei por toda despedida — llama a mis hombres que acudirán enseguida. Cuántos cayeron ahí abajo aparecieron luego flotando junto a los «Docks». Y nadie sospechó de donde procedían.

Jeff Baltney no respondió. Su mirada estaba fija en Margaret, quien, apoyada contra el muro, no osaba mirar hacia abajo, temerosa de no poder resistir el vértigo.

Salieron Mattei y sus acompañantes, quedando solos los dos hermanos. Un silencio espantoso se hizo en aquel lugar, un silencio

que sólo turbaban las aguas tumultuosas que corrían hacia el río como un lamento cargado de presagios siniestros.

Agazapados tras una verdadera montaña de carbón, en un solar inmediato al muelle donde carboneaban los pequeños remolcadores que hacían el servicio desde el estuario, Bryden y Bonnie observaban el extraño edificio, que durante el día servía de oficinas a una empresa dedicada al transporte de mercaderías. En aquellas horas no se veía un alma por aquellos alrededores y sólo en la fábrica inmediata parecía reinar alguna actividad al escaparse el vapor por uno de las válvulas de la enorme caldera.

—No cabe duda de que todos están ahí dentro —hablaba Bonnie sin levantar demasiado la voz—. Mattei es uno de los socios de la empresa y es quien ocupa el resto del edificio. Creo que no me será difícil dar con él.

—¿Y existe la posibilidad de que Jeff Baltney esté ahí?

Bonnie asintió con firmeza.

—Hay en ella muchos escondrijos para que Mattei pueda temer que lo encuentren.

—¿Los conoces bien?

—Como mi propia casa. Si ese Jeff Baltney está todavía ahí daré con él.

La vio levantarse y mirar a su alrededor hasta cerciorarse de que nadie, los había descubierto.

—En cuanto sepa algo volveré para avisarte. Es preferible que no te muevas.

—¿Y Mattei? ¿No crees que pueda sospechar a lo que vas?

—Mattei sabe que he de regresar. Le diré que el asunto de Peter está definitivamente zanjado. Me pedirá algunas explicaciones y se las daré con todo detalle. Debo averiguar dónde ha escondido a su prisionero.

Y Bonnie se alejó en dirección del edificio. Recortóse su silueta por unos segundos en un fondo brumoso para desaparecer seguidamente engullida por las sombras que la rodeaban.

Los minutos fueron trascurriendo lentamente. De vez en cuando las pisadas de algún vigilante resonaban rítmicas y graves por el muelle cercano. En cierta ocasión descubrió a dos individuos que salían de la casa y, luego de permanecer unos instantes observando en todos sentidos, se alejaron en dirección de la vía férrea que por

allí cerca se encontraba.

Había transcurrido poco más de media hora cuando advirtió que Bonnie regresaba a él. En lugar de ir directamente hacia el escondrijo, aparentó encaminarse al sendero que salía a la carretera, para desliarse al poco rato y aproximarse al montón de hulla tras el que se ocultaba Bryden.

—¡Willie! —llamó en voz baja al estar a poca distancia—. ¿Estás ahí, Willie?

Bryden se incorporó, hasta hacerse visible a la muchacha.

Miró ella a todos lados, temerosa de que pudieran estar observándola. Luego condujo al muchacho hasta la sombra protectora del barracón cercano.

—He podido averiguar que tienen a Baltney encerrado ahí. No he querido insistir para no hacerme sospechosa. Mattei y algunos más están todavía dentro; pero como me ha dicho que le aguardara a las siete en un cafetín de Whitechapel, es de suponer que no tiene pensado pasar ahí dentro toda la noche.

—¿Averiguaste si han detenido a otra persona?

—¿Otra persona? —inquirió, extrañada.

—Me refiero a la mujer que se citó con Peter. Dijiste que un tal Olsen se había encargado de seguirla.

—No —afirmó segura—. Nadie habló de ella y ni siquiera ha debido estar ahí.

Pensó Bryden que tal vez Margaret hubiera podido burlar la vigilancia del hombre encargado de seguirla o que los lugares concurridos por los que había pasado le hicieran desistir de toda amenaza contra ella.

Cogió a Bonnie de un brazo y la llevó hasta un lugar situado a prudencial distancia del edificio.

—Necesito ver a Baltney esta misma noche. Si consigo libertarlo, él mismo me revelará el lugar dónde ha ocultado los codiciados documentos. Trabaja para los polacos en el exilio y como ignora lo que yo pretendo y tiene confianza en mí no me será difícil averiguarlo. Para ello tienes que encontrar el medio de que entre yo ahí dentro y sin que los demás sospechen da nada.

—Pero es casi imposible sacar a ese hombre de la casa. Aun suponiendo que consigas llegar hasta él, no se me ocurre cómo podrías burlar la vigilancia de los guardianes. Casey y Hawkins son

dos perros de presa. Te olfatearán apenas pongas los pies allí.

—Tú puedes encargarte de evitarlo.

—Aun así es arriesgado. Y es de suponer que no queden ellos solos. Por otra parte, ¿cómo nos las íbamos a arreglar para sacar a ese Baltney? Dudo que su estado le permita dar un solo paso...

—A pesar de todo debo arriesgarme. Es un trabajo difícil, pero cinco mil libras es una cantidad demasiado tentadora para no intentarlo.

Bonnie pareció reflexionar. Luego, en voz muy baja, aunque dominada por la excitación que sentía, dijo:

—Antes de que amanezca llegará de Gravesend un camión con mercancía diversa para guardarla en el almacén. Los hombres descenderán para levantar la puerta metálica. Con un poco de decisión no te será difícil subirte a él y ocultarte entre los fardos. Una vez dentro, y cuando todos se hayan ido, yo misma abriré la puerta interior que comunica con las oficinas. Es la forma más sencilla y segura de poder entrar.

—Me parece una buena idea.

—Cuando Mattei haya salido volveré a la casa. Daré cualquier excusa. No creo que sospechen nada, sin embargo, habrá que apresurarse para evitar que el jefe regrese y nos sorprenda dentro.

Aguardaron en aquel escondite hasta que vieron como cuatro individuos salieron del edificio y se alejaron apresuradamente. Luego, cuando se hubo asegurado de que ninguno de ellos pensaba regresar, Bonnie marchó hacia el inmueble y penetró en él.

Entonces, evitando cruzar por los lugares donde la claridad podía descubrirlo a cualquiera que por aquellos contornos permaneciera al acecho, acercóse Bryden al lugar donde estaba el almacén y por el que había de entrar el camión. Cerca de la puerta había un terraplén por cuya base corría un pequeño canal procedente de una fábrica cercana. Oculto en aquel lugar pasaría desapercibido de cuántos cruzaran por allí delante.

Por espacio de una hora estuvo tumbado entre unos matorrales que crecían en el borde. Ya desesperaba de que el camión llegara antes de que amaneciera, cuando escuchó el ruido del motor acercándose gradualmente.

Agazapado y sin moverse lo más mínimo, atisbó por entre las hierbas. El camión se acercaba con los faros apagados. Al llegar

ante la puerta metálica se detuvo y de él apeáronse los tres hombres que conducía.

En tanto dos de ellos procedían a levantar la puerta, el tercero dedicóse a encender un cigarrillo.

Agazapándose y procurando no hacer ruido alguno, Bryden se acercó al vehículo por su parte trasera. Tan pronto llegó a él asióse al borde de la jaula y mediante una hábil contracción subió limpiamente, ocultándose entre los fardos que cargaba.

—No vayáis a dormiros descargando los fardos —habló el que había encendido el cigarrillo dirigiéndose a sus compañeros—. De lo contrario vamos a empalmar un viaje con otro.

—¿Es que hay que descargarlos enseguida? —preguntó otro de ellos.

—El camión tiene que estar listo a las ocho. El amo así lo dispuso.

Desde su escondrijo escuchaba Bryden aquella conversación. De proceder inmediatamente a la descarga de las mercancías no tardarían en descubrirlo y estropear todos sus planes. Y, aun cuando consiguiera escapar, sus posibilidades de hacer algo por Jeff veríanse notablemente reducidas.

No obstante, el tercero de los ocupantes del camión vino pronto a devolverle la tranquilidad.

—Ya se encargarán otros de hacerlo antes de volver a salir. Por esta noche hemos, trabajado ya bastante y ahora debemos irnos a descansar.

Subió el conductor y metió el camión en el garaje.

Tratábase de una especie de almacén con un pequeño muelle para la descarga y varios montones de cajas, fardos y embalajes diversos. Una luz se encendió y Bryden, acurrucóse aún más para no ser descubierto.

Todavía estuvieron revolviendo por allí unos minutos. Al fin, oyóles alejarse y salir al exterior.

Aguardó Bryden unos diez minutos hasta cerciorarse de que no habían de volver. Luego salió de entre las mercancías y saltó del vehículo. Valiéndose de su lamparita de bolsillo, fue inspeccionando detenidamente el lugar.

Estaba aún en dicha labor cuando el rumor de unos pasos y el ruido que hacía una llave al introducirse en la cerradura indicáronle

que alguien se aproximaba. Podía muy bien ser Bonnie que regresaba en su busca; pero asimismo, una sorpresa por parte de los misteriosos moradores de la casa era siempre de temer.

Permaneció inmóvil, pegado al muro. Deslizóse su mano por un instante en el hueco de luz. Inconfundiblemente la reconoció. Era Bonnie que acudía, tal como le prometiera junto al muelle.

Fue a su encuentro con la ansiedad del que se halla ante un pavoroso dilema.

—No hables ni hagas ningún ruido —le recomendó la muchacha llevándose un dedo a los labios—. Cassey y Hawkins están jugando una partida de naipes en la cocina; Por los sótanos debe estar Nitter y, posiblemente, Milton. Si consiguen dar la voz de alarma ya no saldremos de aquí.

Siguió a Bonnie a través de las oficinas; luego un largo pasadizo les dejó en una habitación donde comenzaba una escalera en espiral. A la derecha veíase una puerta por cuya base escapara una débil claridad. Oíase de vez en cuando el rumor de unas voces y algún que otro golpe dado con fuerza sobre una mesa.

Sin que Bonnie se lo dijese, comprendió Bryden que se trataba de Hawkins y Cassey. Por el momento no representaban ningún peligro y sólo había que preocuparse por los otros dos guardianes apostadas en los sótanos donde estaban las mazmorras.

En tanto descendían por la escalerilla, Bryden no dejaba de preguntarse la explicación de semejante construcción en su origen ya que, muy parecida a la que sirvió de prisión unos días antes, tenía como aquélla por su proximidad a los muelles, una salida oculta a la corriente del río.

A unos siete u ocho pies de la habitación anterior y por debajo de ella, la escalerilla desembocaba en un largo pasillo al final del cual divisábase un resplandor.

—Por ahí deben estar Milton y Nitter. Ellos son los encargados de guardar a los prisioneros.

—¿Qué clase de negocios realiza el jefe?

—Es un genio para husmear el dinero. Cualquier oportunidad que se presente, por mucho riesgo que encierre, es buena para Mattei si la recompensa lo merece. ¡Cuidado, Willie! —advirtióle señalando hacia el frente.

La claridad se había hecho más intensa. Del fondo del corredor

llegaba el rumor de unos pasos que iban aproximándose.

Cogió a Bonnie de un brazo y la obligó a retroceder hasta la escalera. Seguidamente agazapóse pegado al hueco de un cuartito y aguardó a que el otro llegara.

Necesitaba obrar con decisión y sin permitirle dar la voz de alarma. De conseguirlo, sus probabilidades habrían aumentado considerablemente ya que sólo tendría por delante a uno de los carceleros.

Aguardó a que estuviera más cerca. Empuñó la pistola por el cañón y tan pronto el guardián pasó ante él dio un salto y golpeó con fuerza su cabeza.

Sin proferir el más leve gemido, desplomóse como fulminado por un rayo.

Sostúvole Bryden, para evitar que el ruido, al caerse, llamara la atención de su compinche. Bonnie se le había acercado al darse cuenta del éxito y ayudóse a esconderlo donde momentáneamente no pudiera ser descubierto.

Sin perder un segundo más dirigióse hacia donde veíase la luz. Como una sombra seguía la muchacha. Escuchaba a sus espaldas su respiración alterada por el temor de que los sorprendieran. Un momento que se detuvo para escuchar inclinóse ella a su oído.

—Milton es el que falta y es el más peligroso de los dos.

Para Bryden no era problema el enfrentarse a uno solo de aquellos desalmados. Bullíale la sangre por la excitación que se apoderaba de él. Incluía que dentro de poco iba a encontrar a Baltney y ninguna fuerza humana se opondría a que continuara por aquel antro hasta dar con él.

Antes de entrar en el área iluminada por el resplandor de la lámpara que pendía del techo, detúvose para escuchar. Intuía la presencia de alguien allí cerca y tenía que obrar, asimismo, con toda cautela para evitar atraer su atención. Un solo grito, cualquier ruido alterando el silencio de aquel recinto, podía alarmar a los que estaban arriba.

Cruzo una pequeña habitación y atisbó por la puerta entreabierta que dejaba pasar aquella claridad.

Un hombre estaba en el centro del cuarto, atareado en aquel momento en hacer un rollo con una cuerda que tenía entre las manos. Estaba ligeramente vuelto hacia Bryden y cualquier

movimiento que hubiera hecho éste habría sido advertido en el acto por el forajido.

No quedaba otro remedio que aguardar el momento propicio. Un instante se detuvo en su labor para escuchar, y el muchacho pegóse al muro para impedir que lo descubriera.

Sin duda alguna le intrigaba la tardanza de su compañero. Fue a dejar el rollo de cuerda sobre una mesa y dirigióse a la puerta.

—¿Qué diablos estará haciendo ese hombre? —murmuró para sí, refiriéndose sin duda alguna al que había salido.

Bryden comprendió que había llegado el momento anhelado. Ocultóse tras la puerta y en el mismo instante que el malhechor cruzaba el umbral saltó sobre él. Éste, advertido instintivamente del peligro que se cernía sobre él, intentó esquivarlo, echándose a un lado, por lo que el golpe lo recibió desviado y perdido gran parte de su impulso inicial. Dejóse, caer de costado y de este modo consiguió zafarse de la acometida del inspector.

Por espacio de breves segundos los dos hombres miráronse fijamente. A Bryden intrigábale que el otro no gritara para llamar la atención de sus compinches. Posiblemente creía en aquellos momentos que estarían fuera de combate o en poder de los asaltantes de la mansión.

Fue el inspector quien primero inició la lucha. Necesitaba terminar cuanto antes, pues los minutos significaban mucho en la liberación de su compañero. Acercóse lentamente a su contrincante, como el luchador que trata de acorralar a su enemigo. Milton miró hacia la mesa, con expresión anhelante. En ella estaba su pistola y, si conseguía empuñarla antes de que Bryden se lo impidiera, podría deshacerse de su atacante.

Pero el muchacho interpretó su gesto. Y antes de que pusiera su deseo en práctica abalanzóse sobre él. Cayeron ambos hombres rodando por el suelo, luchando ferozmente, con ímpetu salvaje, aunque demostrando la magnífica técnica aprendida en Cuántico el uno y las marrullerías criminales a sueldo del otro. Todo el afán de Bryden estaba en impedir que Milton, en su desesperación, comenzara a lanzar gritos de auxilio.

Había conseguido aprisionar la garganta del forajido cuando éste, en un brusco y hábil movimiento, consiguió dar la vuelta y colocarse encima del muchacho. Un cuchillo brilló en su diestra.

Parecía imposible que Bryden pudiera evitar el golpe fatal; pero en un supremo esfuerzo encogió las piernas que un instante quedaron libres y aprisionando entre los pies la cabeza de Milton, las distendió como un potente muelle. El forajido fue lanzado hacia atrás con inaudito vigor. El golpe le dejó momentáneamente aturdido, y antes de que pudiera rehacerse, ya Bryden caía sobre él y aplicaba en su mandíbula un terrible directo que terminó de sumirle en la inconsciencia más absoluta.

—¡Vamos! ¡No podemos perder un segundo! —apremió a Bonnie, que desde la entrada había asistido a la lucha.

—Eres un magnífico luchador, Willie —le dijo admirativamente—. Has derrotado a uno de los mejores aliados de Mattei.

—Ahora tenemos que buscar a Baltney. Los demás pueden darse cuenta de que algo sucede y bajar a comprobarlo.

Había dos puertas en la estancia y las dos estaban cerradas. Tanteó ligeramente y advirtió que no sería posible abrirlas sin armar un gran estrépito.

Volvió hacia Bonnie y la encontró registrando los bolsillos del carcelero. Adivinó en el acto lo que buscaba, sorprendiéndose de que una cosa tan simple y lógica no se le hubiera ocurrido antes.

Milton no las llevaba encima; pero registrando la mesa halláronlas en uno de los cajones.

Una de las puertas comunicaba con una celda en la que se amontonaban unas cajas cuyo contenido, por el momento, no podía interesar a Bryden. Abrió, pues, la otra.

Un pasadizo, en forma de rampa muy pronunciada, descendía formando una especie de espiral. Al final había una nueva cámara cuyo piso estaba cubierto en su mitad por una plataforma movable. Había sido ligeramente separada del muro, dejando al descubierto un hueco de unas seis o siete pulgadas por el que ascendía un rumor sordo de aguas agitadas.

—Esto debe comunicar con el río —murmuró Bryden echando una ojeada por la ranura.

Sólo veíase una puerta y tanteó en la cerradura con el manajo de las llaves. Chirrió pronto al ser abierta. Daba acceso a una húmeda y oscura mazmorra sin el menor agujero para ventilación.

Dio Bryden la luz de su linterna y al instante enfocó un cuerpo tumbado sobre un montón de sacos deteriorados.

Acercóse, anhelante, y no tardó en ver cómo aquella figura levantaba la cabeza y volvía su rostro hacia ellos.

—¡Jeff! —exclamó el inspector al reconocer a su compañero—. ¡Animo, Jeff! ¡Me ha costado trabajo encontrar esta guarida; pero al fin, di contigo!

—¡Willie! —correspondió con alegría el cautivo, iluminándose su rostro por la sorpresa de ver allí al inspector.

—¡Hay que salir pronto de aquí, Jeff! —animóle, ayudándole a incorporarse—. Hay dos hombres fuera de combate, pero todavía quedan dos más arriba. Y si regresan los demás no habrá salvación para ninguno da los tres.

—¿Está ella contigo? —preguntó Baltney, atropelladamente, con una viva inquietud.

—¿Ella...? Me refiero a Bonnie. Me ayudó a llegar hasta aquí.

—¡Margaret! ¿No has encontrado a Margaret? ¡Es mi hermana, Willie! ¡Aquellos hombres la trajeron hasta aquí para obligarme a revelarles dónde había ocultado los papeles! ¡Amenazaban con arrojarla al río...! ¡Creo que debí desmayarme ya que no recuerdo nada más!

Bryden crispó los puños de impotencia y coraje.

—No creo que se atrevan a tocarla. Yo te prometo, Jeff, que buscaré a Margaret.

—Tenemos que buscarla, Willie —exclamó con apagada súplica—. Ahora que tú has venido...

—No creo que esté ya aquí. Probablemente la habrán llevado a otro lugar. Así creerían mejor obligarte a confesar.

—Debemos intentarlo, Willie.

—Volveré enseguida, muchacho. Tas pronto te haya dejado en lugar seguro.

—No me moveré de aquí, Willie... —terqueó con firmeza.

Bryden lo miró fijamente. Sus facciones reflejaron una dureza que hasta entonces había estado ausente de su rostro.

—Se te ordenó cumplir una misión, Jeff. Y esta misión no está aún terminada. No ignoras que por encima de toda otra consideración de índole personal está el cumplimiento del deber. Es muy doloroso para mi recordarte esto, Jeff. Más aún en las circunstancias en que te encuentras; pero estamos corriendo un grave peligro, y una sola vacilación puede echar a rodar todos los

esfuerzos que hasta ahora hemos hecho.

Jeff Batlney bajó los ojos, aturdido. Le dolía la reprimenda del inspector, más en el momento en, que se hallaba, ya que por encima de todo arriesgaba su vida por salvar la suya, cuando le hubiera sido menos expuesto averiguar lo que tanto le interesaba, anteponiéndolo a la ayuda que estaba prestándole.

—Tienes razón, Willie.

Bonnie se había acercado y ayudaba a Bryden a conducir al prisionero. Este dirigióle una mirada inquisitiva y dejóse llevar.

En la estancia de arriba, Milton permanecía aún inconsciente, pero su compinche Nytter hacía esfuerzos por incorporarse, en tanto murmuraba palabras incoherentes. Un nuevo puñetazo propinado por Bryden devolviólo a la región etérea de la que pugnaba por salir.

—Un minuto más y los tres quedábamos encerrados en esta infecta ratonera —comentó.

Al ganar la planta del edificio la atmósfera se hizo más respirable. Construido como estaba en una elevación próxima a los muelles, había sido excavado hasta trazar aquel extraño laberinto que iba a comunicar con la corriente del Támesis.

Al pasar cerca de la cocina la puerta se abrió vio lentamente. La silueta de uno de los malhechores recortóse en el umbral. Estaba de espaldas y tal circunstancia les libró de ser descubiertos.

—Algún día sorprenderé tus trampas y entonces no habrá compasión para ti —decía el otro personaje que con él había estado jugando.

—¿Yo tramposo? ¿Es que siempre que la suerte te vuelve la espalda ha de ser porque los demás hagan trampas?

—¿La suerte? —y soltó una risotada—. ¿Cómo, diablos, tardan tanto en subir esas dos ratas de cloaca?

Arrimados al muro en sombras y conteniendo la respiración, aguardaron a que el malhechor se alejara de allí. Iba ya a hacerlo cuando se escuchó un zumbido en tono grave que se repitió por cinco veces consecutivas.

Aquel sujeto, que se había detenido para escuchar la señal, dirigióse a una de las paredes laterales y descolgó una especie de teléfono. Permaneció unos segundos escuchando y luego volvióse a su compinche.

—Conviene que vigiles la salida, Red —le dijo—. Lllaman de abajo, pero nadie está al aparato. Todo esto me parece un poco extraño.

Salió como una exhalación para dirigirse a los sótanos. La misma precipitación le impidió descubrir a los que a pocos pasos se habían ocultado. Su compañero salió unos segundos después. Dirigióse hacia la puerta, sin demostrar la menor prisa, filosóficamente, como el que está acostumbrado a realizar la misma operación muchas veces al día.

Mas no había avanzado media docena de pasos fuera del cuarto cuando el cañón de una pistola clavóse en su costado. Al mismo tiempo la voz apagada, pero persuasiva y amenazadora de Williard Bryden, susurró a su oído:

—¡Ni un grito ni un solo gesto sospechoso si no quieres hundirte en los infiernos...!

—¿Quién es...?

—¡Abre pronto la puerta y acompáñanos hasta donde nos encontremos más seguros! Si te portas bien y eres un buen chico dejaremos que te vuelvas con tu amigo.

Sin titubear, el forajido obedeció. Hábilmente descargóle Bryden del arma que llevaba en uno de los bolsillos de la americana.

De un hueco disimulado entre unas piedras sacó una llave de grandes dimensiones y pronto la puerta estuvo abierta.

Mas, en aquel mismo instante, todos pudieron ver cómo un oscuro automóvil deteníase a muy escasas yardas del edificio y de él descendían tres personas. Y las tres iban armadas con sendas pistolas ametralladoras.

CAPÍTULO V

Inmediatamente Bonnie tiró del brazo del forajido obligándolo a arrimarse al muro.

—¡Vigílalo tú, Willie! —le dijo a Bryden—. Yo veré de salvar la situación.

Y le indicó un cuartito que había junto a la entrada.

Sin dejar de sujetar a su prisionero, Bryden mantuvo el cañón de su pistola haciendo presión contra su costado.

—¡Si das el menor grito eres hombre muerto! —la advirtió en voz queda junto al oído.

Entretanto, Bonnie había terminado de abrir la puerta y, sin moverse del umbral, aguardó a que llegaran aquellos hombres.

El que iba delante era un individuo de pésima catadura, alto y envuelto en un impermeable color oscuro. Quedóse mirando a Bonnie, sorprendido de encontrarla allí.

—¿Dónde está el jefe? —anticipóse ella a preguntar antes de que el otro lo hiciera—. Esperaba que regresara con vosotros.

—¿Te dijo que volvería?

Bonnie denegó con un movimiento de cabeza. Miró hacia el pasillo en sombras que había a sus espaldas.

—Milton sorprendió a un tipo que se había metido en los sótanos. Lo tienen abajo y... no me gusta cómo se está poniendo el asunto.

El que estaba hablando con la muchacha volvióse hacia los que le seguían.

—Quizá se trate del que andamos buscando. —Y cogiendo a Bonnie de una mano, añadió—: Nos avisaron que habían visto a un desconocido merodeando por aquí. Veremos si le sacamos lo que se trae entre manos.

Y se adentró en el corredor.

—¿Tú no vienes, monada? —preguntó uno de los acompañantes

al darse cuenta de que Bonnie no se movía de allí.

—Prefiero aguardar aquí —El jefe no tardará en llegar.

—Siendo así puedes vigilar el coche. No quiero perderme la fiesta que se prepara.

Cogióla del cabello, intentando atraerla hacia sí con el brazo que tenía libre; pero con una hábil contorsión Bonnie lo esquivó.

—Eres arisca como un gato montés —rió el malhechor—. Cuando aprendas a conocerme no temerás tenerme a tu lado.

En aquel preciso instante un grito de rabia llegó, apagado, desde las entrañas de aquel caserón. El forajido irguióse, sorprendido, y echó a correr en seguimiento de sus dos compañeros.

Inmediatamente hizo Bonnie una seña a los que estaban ocultos en el rincón del cuartito. Bryden apareció llevando delante al prisionero. Jeff Baltney se apoyaba en su hombro. Parecía haberse repuesto del abatimiento en que lo habían encontrado y trataba de no convertirse en una carga para quienes acababan de librarle de su cautiverio.

Salvaron apresuradamente la distancia que les separaba del coche y subieron a él.

En el momento de arrancar, unas sombras aparecieron en la entrada de la casa. Alguien gritó algo, ininteligible a causa del ruido del motor. Acto seguido una detonación estremeció la quietud del amanecer.

Bonnie, que era quien sentábase al volante, pisó a fondo el acelerador y lanzó el automóvil por la carretera que pasaba junto a los muelles.

Ahora fue una ráfaga de ametralladora la que mordió el flanco de la carrocería sin que, milagrosamente, alcanzara a ninguno de sus ocupantes.

Por la parte de los muelles sonaron unos silbatos de alarma y, en el acto, los disparos extinguieronse totalmente.

Bryden sabía que ninguno de aquellos malhechores, aun estando en disposición de hacerlo, atreveríase a emprender la persecución. Por el momento limitaríanse a ocultarse, favorecidos por la circunstancia de que el coche, alejándose a toda velocidad, desviaría la atención de la policía de los muelles.

En efecto, no tardaron en escuchar a sus espaldas a dos motoristas lanzados a toda velocidad en su seguimiento. A pesar de

ello, Bryden comprendió que no podrían alcanzarles. Bonnie conducía el coche a las mil maravillas y, por otra parte, la niebla que cubría aquel sector dificultaba grandemente los esfuerzos de los servidores de la Ley. Dijérase que la muchacha conocía palmo a palmo los lugares que atravesaban ya que ni un solo tropiezo se le presentó en las múltiples vueltas y revueltas que imprimió al automóvil.

Al fin, en un desierto paraje, en el que no se veis, alma alguna, detuvo la marcha y se volvió hacia Bryden.

—Podemos apearlo aquí, Willie. ¿No te parece?

Bryden asomó la cabeza por la ventanilla y examinó atentamente el lugar donde se encontraba.

—Sí; creo que será preferible dejar que se vaya.

Abrió la portezuela y de un fuerte empujón obligó a su rehén a descender del coche.

—Puedes ya llevar a tu amor la buena nueva —le dijo en tono de burla—. También le convendrá saber que tiene que ir buscando un alojamiento más seguro que el que hasta ahora ha ocupado.

El otro no replicó. Observábales receloso, por el rabillo del ojo, un poco sorprendido de que lo pusieran en libertad tan inesperadamente.

Se alejó con cautela al principio, para terminar corriendo como alma que lleva el diablo. Reanudaba ya el coche la marcha y ya no se veía de él rastro alguno entre la bruma grisácea del amanecer.

Fueron hasta el domicilio que ocupaba con su tía la hermana de Jeff Baltney. Allí, Bryden ayudó a su compañero a descender y lo condujo del brazo hasta el portal, en tanto, Bonnie, quedaba aguardando en el coche.

—No podemos perder un minuto, Jeff —le dijo apresuradamente—. Debes decirme dónde están los papeles y regresar con ellos a los Estados Unidos antes de que consigan recobrarlos.

—¿Crees que esa mujer es de fiar? —preguntóle, desviando su mirada hacia el coche, detenido a muy pocas yardas de allí.

—No me fío de ella para nada; pero me ha ayudado y quiero comprobar hasta qué punto ha sido sincera.

—Ve con mucho cuidado, Willie. Tienes que ir hasta Islington, en una calle enclavada entre Pentonville Road y la plaza de Middelton. Es una callejuela llamada Barrhill; en el número 18,

junto a un bar, vive un matrimonio anciano. Alquilé una habitación mientras me dedicaba a seguir los pasos a uno de los falsos diplomáticos, un tipo llamado Stanislaf. Los documentos, están en una cartera que confié a la mujer para que los guardara hasta mi regreso, pidiéndole que no los entregara a nadie aun cuando manifestase presentarse en mi nombre. Pero yo no creo que alguno de los dos se niegue a venir hasta aquí y poder decirle que te los entregue.

—Haré tal como dices —tranquilizóle Bryden—; pero prefiero que no te quedes ahí. Es conveniente que busques un alojamiento más seguro.

—En este caso ven a verme al hotel Croydon. Reservé allí una habitación. Tan pronto me haya repuesto debo averiguar qué han hecho de Margaret.

Bryden apretóle el brazo, con simpatía.

—Yo me encargaré de que vuelva a tu lado. He de poner en ello mi vida si es preciso.

—Gracias, Willie —correspondió el muchacho, emocionado.

Aguardó hasta verlo desaparecer por el jardín en dirección de la entrada a la casa. Seguidamente regresó a donde quedara Bonnie.

—¿Has conseguido averiguar algo? —preguntó sin disimular la ansiedad que la dominaba.

—Quedó en decírmelo cuando vuelva por aquí. No he insistido para no despertar sus sospechas.

En las facciones de la muchacha apareció un gesto de desencanto.

—Estás desperdiciando nuestra mejor oportunidad —le censuró—. De conseguirlo ahora podríamos salir para Francia antes de la noche. ¿Por qué no intentas convencerlo, Willie?

—Lo conseguiré antes de esta misma noche. Sé cómo tratar a mi amigo y estoy seguro de que no me fallará.

Bonnie no insistió. Fueron hasta un apartado lugar y dejaron allí el vehículo para alejar toda posible sospecha. Luego tomaron un taxi que los condujo hasta la vivienda ocupada por Bonnie y su hermano.

—Estoy rendido —declaró Bryden bostezando ostensiblemente—. Después del ajetreo de esta noche apenas si puedo tenerme en pie.

—Ahora debes descansar —aconsejóle ella—. Más tarde convendría ir a ver de nuevo a ese Baltney y tratar de obtener que nos diga el paradero de los papeles.

Si esperamos mucho tiempo es posible que pierdan su valor y ya no estén dispuestos a entregarte las cinco mil libras ofrecidas.

Denegó Bryden con un gesto y fue a tumbarse sobre el camastro que Bonnie le había reservado en aquella buhardilla. Había dejado la puerta entornada. Desde el comedor vio la muchacha dar unas vueltas y quedar inmóvil, profundamente dormido.

Todavía se entretuvo Bonnie unos minutos aseándose y cambiando sus vestidos. Luego, entrando en el cuarto donde descansaba Bryden, observólo unos instantes con profunda atención.

Salíó del cuarto y encaminóse directamente a la salida. Ya en la calle vaciló acerca de la dirección a tomar. Al fin, cruzó el callejón y desapareció por la bocacalle que había enfrente.

De haber mirado hacia las ventanas hubiera podido observar un rostro tras los cristales vigilando sus movimientos. Como suponía a Bryden dormido, no podía sospechar que en aquéllos momentos atisbara desde arriba.

Cuando salió a la plazoleta inmediata ya el muchacho seguía desde cierta distancia. Caminaba ella despreocupadamente, como quien no espera que puedas seguirle. En esta forma recorrió la distancia que la separaba de los «Docks». Allí subió a un autobús.

Bryden llamó a un taxi y ordenó al conductor que siguiera al vehículo en el que acababa de subir la joven. En esta forma llegaron hasta la entrada del puente de Londres. Allí vio a Bonnie apearse y cruzar hasta la otra orilla.

Después de unos segundos de indecisión, entró en un bar cercano. Indicó el conductor que hiciera pasar el coche a poca velocidad por delante de la puerta, y en esta forma vio a la muchacha hablando por teléfono.

Esperaba que saliera pronto de allí. Por ello, al transcurrir cerca de quince minutos sin verla aparecer, comprendió que estaba esperando la llegada de alguien.

—No se equivocaba Bryden. Diez minutos más tarde un automóvil negro se detuvo ante el bar y de él apeóse un individuo elegantemente vestido. Bonnie subió, atendiendo a la invitación del

desconocido, no tardando es alejarse de aquellos lugares.

Más de veinte minutos estuvieron dando vueltas sin rumbo fijo. Al cabo, el automóvil se detuvo ante un edificio en el que ondeaba la bandera de Polonia. De él sólo se apeó el individuo que viera antes. Volvióse un instante para despedirse de la muchacha y, al descubrirse sus facciones estuvo Bryden a punto de lanzar una exclamación de asombro. Tratábase del hombre de un solo ojo, que en su presencia había intentado ocultar ese defecto. Recordaba perfectamente su figura, sus gestos, sus menores movimientos cuando se complacía en ordenar a sus secuaces que lo torturaran hasta conseguir arrancarle la confesión esperada.

Miró de nuevo al edificio, no pudiendo creer lo que sus ojos le mostraban. Y hubo de rendirse a la evidencia de que el hombre que dirigía aquella secreta confabulación contra los patriotas de la nación polaca, debía ocupar algún alto cargo en los organismos del Gobierno desterrado o ejercer en ellos alguna poderosa influencia.

Desde un teléfono cercano llamó al domicilio de Margaret Baltney. Le dijeron que Jeff ya no estaba en él y tuvo que tranquilizar a la atribulada tía Carol por la suerte de la joven hermana del agente.

Regresó a la vivienda que ocupaba Bonnie con su hermano. La muchacha no había vuelto aún; pero a los pocos minutos compareció Johnny. No pareció asombrarse gran cosa de encontrar allí a Bryden. Marchó directamente a la cocina y comenzó a prepararse una taza de café.

Media hora más tarde llegaba Bonnie. Parecía contenta y fue a dejar sobre la mesa unos paquetes que llevaba.

—He estado efectuando unas compras, querido —sonrióle al tiempo que dirigía una inquieta mirada hacia su hermano.

Sentóse en el brazo del sillón en que Bryden descansaba y pasó por su cabello la mano de linos y bien cuidados dedos.

A Bryden no dejó de intrigarle su cambio de actitud. Demostraba con él una confianza que no tenía unas horas antes. Indudablemente, consistía en parte de sus plan, a los ojos de su hermano, para evitar todo recelo.

—¿Has estado mucho tiempo fuera? —le preguntó aparentando desinterés.

—No —repuso—. Deseaba llegar antes de que despertaras.

También quería comprar algunas cosas que precisaba. Ahora que vamos a cobrar una fuerte suma...

Bryden sonrió. Vio de reojo como Johnny los miraba, intrigado por lo que estaban hablando.

Fue Bonnie a la cocina y ella misma preparó el desayuno. Bryden sorbió únicamente una taza de café, pretextando sentirse inapetente.

—Estoy impaciente por, ver a Baltney —dijo excusándose—. Cuanto antes pueda ir en busca de los papeles me sentiré más tranquilo.

Bonnie no hizo la menor objeción. Mientras mordisqueaba el sándwich que había preparado, asentía a cada una de las palabras del muchacho.

Cuando éste se levantó acompañóle hasta la puerta.

—Voy a preparar todas mis cosas. Quiero tenerlo dispuesto para cuando vuelvas.

Salió el muchacho y, ya en la calle, subió a un taxi. Esperaba ver a Bonnie siguiéndolo, más no tardó en convencerse de que se había quedado en la casa. Sin embargo, a los pocos minutos experimentó la impresión de que era vigilado.

Un automóvil color negro llevaba algún tiempo manteniendo, tras el que le conducía, una prudencial distancia. Indicó al chofer que se detuviera y diera un pequeño rodeo. El coche seguidor hizo lo propio.

Aquello confirmó las sospechas que ya tenía. Bonnie estaba jugando una magnífica comedia, con el fin de lanzar sobre él a todos los sabuesos del clan tan pronto como los documentos se encontraran en su poder.

Acaricióse inconscientemente la sien derecha, como tenía por costumbre siempre que algún problema le intrigaba. Necesitaba valerse de la privilegiada situación en que los planes de los malhechores le colocaban y mantener la ficción de su juego hasta que creyera llegado el momento de actuar.

A cierta distancia del «Hotel Croydon» hizo indicación al conductor de que se detuviera.

—Voy a entrar en esos almacenes —le dijo señalando a su derecha—. Le agradeceré que aguarde de pie junto a la portezuela, como si estuviera esperando mi regreso. Hay algunas personas

interesadas en seguir mis pasos.

Le dio una buena propina y el conductor asintió, complacido. Apeóse Bryden despreocupadamente y encaminóse a los almacenes. Tal como le recomendara, el chofer permaneció junto a la portezuela, abierta, hundidas las manos en los bolsillos, como aguardando a que su cliente saliera de nuevo.

De una rápida ojeada comprobó Bryden que existía allí una puerta trasera que daba a una calle poco concurrida. Salió a ella y alejóse rápidamente antes de que sus perseguidores se apercibieran de la maniobra.

Un ligero rodeo le proporcionó la seguridad de que los había despiestado. Subió a un nuevo taxi y le dio una dirección; mas al poco rato rectificó, indicándole que lo llevara al hotel donde se alojaba Baltney.

Pocos minutos más tarde llamaba a la puerta de la habitación ocupada por su compañero.

Baltney se había repuesto grandemente del aniquilamiento en que se hallaba la víspera. Demacrado y pálido aún, distaba mucho de ser el joven exhausto que Bryden dejara unas horas antes.

Al ver a su amigo fue hacia él y cogióle de ambos brazos.

—¡Estaba esperando tu llegada, Willie! —le dijo, entusiasmado—. Me encuentro ya perfectamente y quiero empezar cuanto antes la búsqueda de Margaret.

—¿Has olvidado cuál es el principal motivo de que estés aquí? —le preguntó Bryden, mirándolo fijamente.

—Sí —murmuró, confundido, bajando los ojos—. Reconozco que me estoy comportando de un modo egoísta; pero la suerte que haya podido correr mi hermana me tiene desesperado. Tú eres mi amigo y por ello...

—Comprendo tus sentimientos, Jeff —le atajó—... Por el momento sólo tienes un fin que cumplir. Una vez los documentos en lugar seguro, yo mismo seré el primer interesado en hacer cuánto humanamente sea posible por tu hermana. ¿Cuándo estarás dispuesto para ir a Islington?

—¿Crees conveniente que vaya yo mismo allí? —preguntó, extrañado.

—Un minuto que perdamos puede sernos fatal. En tanto tú vas a Islington yo me encargaré de distraer la atención de esa gentuza.

Baltney movió la cabeza, dudando.

—Temo que no vaya a ser posible.

—¿Por qué?

Por toda respuesta fue Baltney hasta la ventana y corrió ligeramente uno de los visillos. Con un movimiento de cabeza indicó a Bryden la calle.

—Si te fijas en el tipo ese que ahora se ha detenido en la esquina, sacarás la impresión de que está ahí vigilando a alguien. Lo vengo observando desde hace más de una hora.

Bryden estuvo observando también al personaje. Lo vio pasear por allí delante con aire aburrido, como si aguardara a determinada persona. Sin embargo, a Bryden no escaparon las dos o tres miradas rápidas que dirigió a los ventanales desde los que estaban atisbando —Lo despistaremos fácilmente— dijo —No cabe duda que deben tener vigilada también la otra puerta.

Se apartó de la ventana y fue hacia la salida.

—¿Qué piensas hacer?

—Ir en busca de un taxi. Conviene que aguardes cerca de la puerta y tan pronto me veas detenerme subes sin perder un instante. ¿Has comprendido?

Haré tal como deseas.

Salió Bryden y en una de las calles inmediatas halló un taxi desocupado. Le indicó al conductor que fuera hasta la puerta del hotel. Una vez allí abrió la portezuela y al instante vio salir a Baltney yendo apresuradamente hacia él.

No había aún subido cuando ya el vehículo arrancaba de nuevo. Bryden miró por la ventanilla trasera y distinguió al extraño personaje haciendo, con ademanes nerviosos, indicación a un automóvil que había parado allí cerca para que se acercara. Subió a él rápidamente y emprendió la marcha en seguimiento del coche en el que iban los dos muchachos.

—Les llevamos alguna ventaja —sonrió Bryden—. Será más que suficiente para confundirlos.

Fue indicando al conductor los lugares por los que debía pasar.

—Ahora ha llegado el momento adecuado —le dijo a Baltney—. Tan pronto entremos en el callejón apéate deprisa y ocúltate en el primer portal que encuentres. Están a bastante distancia y no se apercibirán de tu acción.

La maniobra respondió perfectamente a las previsiones hechas. Acababa de doblar la esquina el coche cuando disminuyó la velocidad. Saltó Baltney, yendo a esconderse en un portal próximo. Reanudó el vehículo la marcha y, cuando se hallaba ya al final del callejón, apareció el que conducía al individuo que montaba la vigilancia.

Comprobó con satisfacción Bryden, que nadie se había apercebido de la jugada. Sus seguidores mantenían la misma velocidad y ya habían pasado del lugar donde se apeara Baltney.

—Ahora daremos una vuelta por los lugares más céntricos y luego me dejaré en Fleet Street.

El coche seguidor continuaba manteniendo la misma distancia. En esta forma recorrieron sin rumbo fijo aquella parte del centro de la capital, para detenerse, finalmente, ante un bar que Bryden acababa de descubrir a la entrada de Fleet Street.

Pagó al conductor y entró en el establecimiento. Apostado tras uno de sus amplios ventanales vio al otro vehículo aproximarse lentamente. Mentalmente, imaginábase la perplejidad de su seguidor al no ver apearse del automóvil a la persona a quien creía en él. Pero no debía estar muy dispuesto a cejar en su empeño ya que, apenas el taxi se hubo alejado, reanudó la persecución lanzándose en su seguimiento. Evidentemente, todavía creía se encontraba en él la persona cuya vigilancia tenía encomendada.

Bryden no pudo menos que reírse para sus adentros. En aquellos momentos Baltney debía estar camino de Islington para recoger los tan ansiados documentos. Ahora ya podría empezar a trabajar para averiguar el paradero de Margaret.

Salió del bar y alejóse en dirección del Strand. No quería someterse a la curiosidad de los que andaban buscando a Baltney, ya que tenía la certeza de que tan pronto averiguaran que ya nadie quedaba en el automóvil volverían para seguir la nueva pista.

Al cabo de una hora juzgó que había llegado el momento de regresar al domicilio de Bonnie. Empujó la puerta y halló a la muchacha recostada en un sillón mientras fumaba con aire indolente un cigarrillo.

Al apercebirse de que entraba, levantóse rápidamente y fue hasta él, echándole los brazos al cuello.

—¡Willie, querido! —murmuró, pegando su mejilla a la del

joven—. Estaba impaciente...

—Ha surgido una complicación —atajóle el muchacho con cierto malhumor—. Baltney contaba encontrar a su hermana al llegar a su domicilio, pero no cabe duda que todavía continúa en poder de Mattei y sus secuaces. Y sin ella no hay posibilidad de recobrar los papeles.

—No lo entiendo.

—Baltney los entregó a su hermana para que los ocultara. Parece ser que ella los guardó en un sobre que depositó en un compartimiento blindado del Banco de Australia.

En el semblante de Bonnie dibujóse una mueca de desencanto.

—¿Te dijo eso tu amigo?

Bryden asintió. Echó sobre el camastro la gabardina con un gesto de rabia y comenzó a pasear de un lado al otro del cuarto.

—Sin la muchacha no hay posibilidad de obtenerlos —habló como consigo mismo—. En el Banco no admiten entrega alguna fuera del propio interesado y mediante firma de su puño y letra. Y si no podemos hacer que la misma hermana de Baltney vaya allá habrá que ir pensando en otra cosa.

De pronto se detuvo en sus paseos y quedóse mirando fijamente a la joven.

—¿Qué estás pensando? —preguntóle ella, intrigada.

—Si consiguieras averiguar dónde tienen a esa chica, no me importaría arriesgarme para arrancarla de manos de sus guardianes.

Bonnie tardó unos segundos en contestar.

—No lo sé —dijo al fin—. Y ahora ya no me queda posibilidad alguna de averiguarlo. Después de lo que ha ocurrido...

Bryden dejó caer los brazos con desaliento.

—En este caso —habrá que dejarlos por si llega el momento de que ella pueda por sí misma sacar el sobre del Banco.

—Tal vez quede alguna posibilidad —apuntó Bonnie sujetándolo del brazo—. Sé de quién no ofrecerá mucha resistencia a dejar a Mattei con tal que le prometamos una buena recompensa. El mismo nos guiaría hasta el lugar donde han encerrado a esa muchacha.

—¿Quién es el elegido?

—Stanislaw. No simpatiza demasiado con el jefe y no será difícil que le haga traición.

—¿Puedes tú encontrar a ese Stanislaw?

Bonnie esbozó un gesto de duda.

—Sé de uno de los lugares que suele frecuentar. No creo arriesgarme demasiado yendo a buscarle.

Bryden pareció reflexionar. De espaldas a la joven quedó contemplando la calle a, través de los cristales.

Al fin volvióse hacia ella.

—Debes ir en su busca y procurar atraértelo. Dile que tendrá una buena recompensa si contribuye a rescatar a Margaret Baltney.

—Estoy segura de que lo hará —asintió con repentino entusiasmo.

Nuevamente salió Bonnie a la calle. Esta vez la vio Bryden partir sin demostrar el menos interés por seguirla.

Aguardó a que hubieran transcurrido unos minutos. Luego arreglóse ligeramente y se dispuso a imitar a la joven.

No bien cruzó el umbral advirtió que era vigilado. Un individuo de alguna edad se hallaba recostado en una farola y aparentaba leer el periódico. No cabía duda de que Mattei desplegaba a todas sus huestes en la vigilancia de sus antiguos prisioneros. Ni tampoco que Bonnie simulaba una atrevida comedia con el fin de servir a sus propósitos y facilitarle la obtención de los documentos robados.

Se alejó sin apresuramiento, entreteniéndose en la contemplación de los escaparates que hallaba al paso.

Y de este modo vio a Bonnie que regresaba a la casa y hablaba unas palabras con el desconocido.

Bryden sospechó que había dejado de interesarles.

Y tuvo el convencimiento de ello cuando observó que aquel individuo separábase de Bonnie para marchar en dirección opuesta a la que él seguía...

CAPÍTULO VI

Margaret Baltney recobró el conocimiento en una habitación que contemplaba por primera vez. Tratábase de un cuarto confortable y en nada parecido a las horribles mazmorras que había podido ver al ser conducida por los hombres que la llevaron junto a su hermano Jeff.

Los últimos momentos de la escena que había tenido que soportar en el borde del oscuro pozo seguían grabados en su mente con la intensidad que el dramatismo les imprimía. El espacio en el que se apoyaban sus pies apenas si le permitía moverse. Era aquélla una postura forzada que le obligaba a mantener todos los músculos en tensión. La fatiga comenzaba a invadirle y a no tardar sus piernas negaríanse a sostenerla.

A sus plantas abríase una sima oscura, en cuyo rondo corrían turbulentas las negras aguas que se dirigías al río.

De no gritar Jeff para que acudieran en su ayuda, una muerte cierta y horrible aguardábele antes de que transcurriera mucho tiempo. Mas para ello tenía que revelar previamente el lugar donde había ocultado los documentos que buscaban. Jeff no podía hacer tal cosa ni ella quería pedírselo. Y, sin embargo...

De pronto advirtió que Jeff se ladeaba y quedaba pendiendo de la cadena que lo inmovilizaba al muro. Había perdido el conocimiento a causa de las emociones y los sufrimientos. Su estado de postración no le había permitido soportar aquella última prueba.

De su garganta brotó un grito desgarrador. Había chillado inconscientemente, pero la respuesta de los malhechores fue pronta.

Dos de ellos, seguidos del hombre del antifaz negro, llegaron corriendo. Al ver el cuerpo inanimado de Baltney adivinaron lo que ocurría.

El hombre del antifaz dio una orden y en el acto libraron al prisionero de su cadena llevándolo a una celda próxima.

Unos instantes después la plataforma movable cubría el hueco en el suelo, librando a Margaret del suplicio a que había estado sometida.

—Volveremos a empezar cuando tu querido hermano se haya repuesto de la impresión —rió brutal aquel siniestro personaje.

Tuvo que sostenerla para evitar que cayera. Hizo un esfuerzo para rechazarlo; pero su cabeza llenóse de un extraño zumbido y un vacío, intenso la envolvió.

Ahora recordaba todo esto y por dicha circunstancia su perplejidad iba en aumento.

Incorporóse en el lecho para dirigirse a la ventana. Respondiendo entonces a su movimiento, la puerta se abrió y una joven mujer entró en el cuarto. Mirola unos instantes, extrañada, y ya iba a preguntarle dónde se encontraba cuando la otra se anticipó.

—No se moleste en abrir la ventana. Está cerrada, y nada conseguiría con ello.

Un impresionante silencio la envolvía. Parecían encontrarse, en un apartado rincón del mundo al que no llegaba ninguna manifestación de la vida exterior.

—¿Qué han hecho de mi hermano? —preguntó.

—¿Su hermano?

Y la desconocida frunció el entrecejo, como extrañándose. Luego pareció recordar y echóse a reír en un tono desagradable.

—¿Qué le ha sucedido? —insistió con firmeza.

—Tranquilícese. Ahora debe estar descansando. Y ya puede estar satisfecha de que la hayan traído aquí. Esto es más confortable y tranquilo que el otro lugar. Además, resulta menos comprometedor.

Intuyó que se encontraba en algún sitio de los alrededores de la capital. Probablemente en alguna granja o casa apartada de toda vecindad o vía de comunicación.

Un ruido de pasos le hizo volver la cabeza. Otro personaje entraba en el cuarto. Esta vez tratábase de un hombre alto y de cabello negro. Su aspecto era extranjero. Después de mirar a la muchacha cambió unas breves palabras con la desconocida. Asintió ésta y salió del cuarto.

—¿Tienes hambre? —se preguntó, observándola con curiosidad. Margaret denegó en silencio.

—De todos modos, es preferible que ahora descanses. Más tarde te darán algo de comer. Si te portas bien no te harán ningún daño y podrás volver a tu casa.

Desconfiaba de aquellas promesas y limitóse a guardar silencio. El hombre permaneció unos segundos estudiando la disposición del cuarto y de los muebles que lo llenaban, para terminar saliendo sin despegar los labios.

Desde aquel momento ningún acontecimiento digno de ser mencionado, vino a alterar la monotonía del encierro. Hasta que transcurridas más de veinticuatro horas, el individuo en cuestión presentóse de nuevo en el aposento dónde... se la había encerrado. Llevaba en la mano unas ropas, que arrojó sobre el lecho.

—Ponte esa ropa y no te entretengas. Esperaré fuera.

—¿Para qué debo ponerme eso? —preguntó desconfiada.

—No hagas preguntas y obedece. Es preferible que no hagas esperar.

Sin otra explicación, el individuo aquel salió. Margaret examinó las ropas y vio que se trataba de un traje de color gris y un impermeable azul. Había también un sombrerito del mismo color.

Comprendió que era preferible no resistirse y comenzó a cambiar sus vestidos. Probablemente iban a llevarla con su hermano.

Estaba terminando de arreglarse cuando la mujer que entrara la víspera dejóse ver de nuevo. La observó detenidamente y asintió complacida.

—Venga conmigo —le dijo—. No debe retrasarse.

La siguió hasta una escalera que descendía a la planta de la casa. En una habitación aguardaban dos hombres, El uno era el individuo que le proporcionara los vestidos.

—Ésta es la chica —díjole al que estaba con él— Aunque tiene carácter, no te será difícil dominarla.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó, alarmada.

—Tu hermano está en lugar seguro y se encuentra perfectamente —repuso aquel desalmado— Tú puedes ayudarlo y esperamos que no pongas demasiadas dificultades en conseguirlo.

Miró alternativamente, del uno al otro.

—¿Qué se han propuesto?

—Nada que pueda perjudicarte, pequeña. Bastará con que

acompañes a ese señor al Banco de Australia y una vez allí, mediante tu propia firma, retires cierto sobre que tienes depositado en un departamento a tu nombre.

Los ojos de Margaret centellearon indignados.

—¿Quién les ha contado esto?

—«Esto» lo sabemos todos aquí. Y es inútil que disimules ni trates de demorar la visita. De todos modos hemos de conseguirlos.

—Sólo tengo una pequeña cantidad disponible —insistió ella—. No han debido informarles bien. En todo caso...

—No es tu dinero lo que nos interesa. Queremos que retires de la Caja el sobre que te entregó tu hermano.

No creo que lo consideres un precio muy elevarlo teniendo en cuenta que con él compras su vida y tu propia libertad.

Margaret intuyó rápidamente que había algo extraño en aquel mandato. No cabía duda que se trataba da alguna treta ideada por Jeff o, muy posiblemente, por Williard Bryden.

—¿Y si me niego? —replicó con expresión de rebeldía.

—No puedes negarte. Vas a venir conmigo al Banco y sacarás de él lo que acabo de pedirte. Si todo se desenvuelve sin contratiempo podrás estar en tu casa para el almuerzo.

—Debo suponer que no me queda otro remedio.

—Así es —sonrió aquel hombre, torciendo los labios en una mueca llena de siniestra decisión—. Es el único camino que puedes seguir.

Margaret se encogió de hombros y apoyóse de espaldas en la pared.

—Creo... que si me ofrece alguna garantía no dudaré.

El individuo aquel sacó la pistola que guardaba es su bolsillo y la mostró a la muchacha.

—Ésta es la mejor garantía. Ella nos acompañará.

Con un gesto indicáronle que se pusiera el impermeable y se encasquetara el gorro. Luego obligáronla a subir a un coche que se hallaba a la puerta.

Ahora podía comprobar que, tal como supusiera, le habían llevado a una casa de las afueras. El lugar era algo solitario y sólo se veían otras construcciones en una franja de terreno despejado a un centenar de yardas, al otro lado de la carretera.

Un tercer personaje apareció a la puerta de un cobertizo anejo y

se dirigió hacia ellos. Sin pronunciar una palabra, sentóse al volante, y puso el motor en marcha.

Hiciéronla sentarse detrás, entre los dos hombres.

Delante, junto al conductor, sentóse la joven. Oyó cómo la nombraban sirviéndose de un extraño diminutivo: Skip. También aprendió que sus dos guardianes atendían por Olai y Surt. Olai era el de más edad y, a juicio de Margaret, el más peligroso. Dirigía hacia ella frecuentes miradas y ni por un instante desprendióse de sus labios aquella sonrisa cargada de cinismo con la que solía hablarla.

El trayecto fue realizado en poco tiempo. Las cortinillas laterales estaban echadas; mas aun así, consiguió la muchacha ver cómo se detenían ante el soberbio edificio del Banco. Olai cogióla del brazo y, simulando ayudarla a descender, la retuvo junto a sí.

—Procura no aparentar nada que pueda dar lugar a sospechas. Yo no me apartaré de tu lado. Y será conveniente que recuerdes en todo momento que la boca de una pistola estará a menos de una pulgada de tu costado. La menor vacilación o cualquier indicio de que vayas a traicionarme, puede costarte terriblemente caro. Y no sólo a ti, sino a tu hermano.

Sintióse cogida del brazo y en esta forma conducida al interior del edificio. En el vehículo quedaron Kurt y la muchacha. Indudablemente aguardarían allí su regreso.

En tanto subían la escalinata, preguntábase Margaret intrigada, cómo habían averiguado que tenía alquilado un compartimiento en las cámaras del Banco. Por las palabras del llamado Olai podía deducirse que tenían la seguridad de que los papeles se encontraban allí. De lo contrario, no se habrían arriesgado a llevarla al mismo corazón de la «city», aun cuando el cañón de una pistola se apoyara ocultamente en su costado derecho.

Había bastante concurrencia en el Banco, Ante la ventanilla de los compartimientos de alquiler veíase únicamente un hombre de alguna edad. Discutía con el empleado y su voz chillona y temblorosa revelaba cierta irritación.

A un paso detrás del citado cliente obligó Olai a la muchacha a detenerse.

—Recuerda bien que debes proceder sin, nerviosismo de ninguna clase —le recomendó una vez más—. Tu voz no debe

temblar. Habrás de limitarte a pedir que saquen del compartimiento el sobre azul conteniendo los papeles. Procura firmar con tu firma corriente y sin emplear otro signo o contraseña que pueda dar a entender al empleado lo que sucede. No olvides que tu vida y la de tu hermano dependen de que todo salga bien esta mañana.

Margaret guardó silencio. Demasiado sabía que el malhechor no amenazaba en balde ni por pura fanfarronada. Sólo la preocupaba lo que ocurriría cuando advirtieran que allí no estaba lo que buscaban y sí solamente algunos billetes y joyas que guardaban.

Al fin pareció terminar la discusión. El hombre volvió a guardar en su cartera los billetes que había sacado y se apartó de la ventanilla. Pero al hacerlo se interpuso entre la pareja.

Irritado, Olai, iba a apartarlo a un lado cuando sus espaldas una mano cogióle del brazo, inmovilizándolo.

—¡No se mueva! —una voz enérgica conminóle en tono bajo—. ¡Hay un revólver apuntando su corazón!

Sin darle tiempo a reponerse, el hombre que tenía delante irguióse rápidamente y apartó a Margaret.

—¡Vaya hasta la puerta y aguarde allí! —le ordenó.

En un instante comprendió Margaret lo que ocurría. Aquel hombre tan admirablemente caracterizado y cuya voz no había podido reconocer era Williard Bryden, y el que amenazaba a Olai no era otro que su propio hermano Jeff.

La alegría y la sorpresa impidieronla obedecer con la presteza que deseara Bryden. Vio al malhechor morderse los labios, lívido por la rabia que se apoderaba de él. Entonces Bryden llevósela de allí.

Afortunadamente, nadie se había percatado de lo que ocurría. Ni siquiera el empleado, atareado en aquellos momentos en escribir en un libro.

—¿Ha venido alguien más? —preguntó el muchacho apenas salieron del vestíbulo.

—Hay otro hombre y una mujer aguardando en un coche. Temo que corramos peligro si nos ven salir.

Bryden atisbó por la puerta y descubrió a Bonnie sentada al volante del coche detenido a poca distancia del edificio. Miraba hacia la salida, nerviosamente, en tanto que su acompañante, inclinado hacia ella, hablábale unas palabras al oído.

—Voy a intentar alejarlos de aquí —dijo a la muchacha.

Mas apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando un griterío a sus espaldas le dio a entender que algo sucedía. Vio algunas personas corriendo alarmadas. Inmediatamente resonó un disparo, y un hombre apareció con una pistola en la mano, abriéndose paso en dirección de la salida.

Bryden tiró con fuerza del brazo de la muchacha y obligóla a arrimarse al muro. Una alta columna les protegía, y ello impidió que fueran descubiertos.

Olai, semejante a un torbellino, pasó a poca distancia y se perdió entre la muchedumbre de la calle. Casi al mismo tiempo el automóvil que conducía Bonnie arrancó velozmente.

Bryden entró apresuradamente en el local. Vio a Jeff que, aprovechando la confusión, salía con los atemorizados ciudadanos que se hallaban en el interior del edificio.

Cogió de una mano a Margaret y sacóla del Banco. Jeff estaba ya en el coche que habían alquilado y sólo tuvieron que subir a él y alejarse de aquellos lugares.



Se apoyó en el marco de la puerta y...

4 - BUITRES

—¡Ha salido todo a las mil maravillas! —exclamó Bryden recostándose en el asiento y dejando escapar un suspiro de alivio—. Creo que he pasado una de los momentos más angustiosos de mi vida.

—¿No estás herido, Jeff? —preguntó Margaret, pasando un

brazo por el cuello de su hermano y besándolo con cariño.

—Me encuentro divinamente, pequeña —sonrióle, animándola, al advertir que sus ojos estaban llenos de lágrimas—. ¿No le das las gracias a nuestro amigo Bryden?

—¿Es usted quien lo ha planeado todo?

—Willie ideó esta estratagema para dar contigo —adelantóse Jeff a responder—. Sospeché de la mujer que nos había ayudado a escapar y le dije que eras tú quién tenía los documentos en el Banco. Lo demás resultaba presumible. Y así ha sucedido, en efecto.

—Jamás sabré cómo agradecerérselo —le dijo a Bryden, que aparentaba mirar el tránsito de la calle.

—No tiene importancia.

—Pues la tiene —intervino de nuevo Baltney, guiñando un ojo maliciosamente—. Willie me dijo que, aunque le costara la vida tenía que librarte de esos canallas.

Ahora ella miró al muchacho, en silencio. Su mano buscó la del inspector y la oprimió, suavemente.

—Estaba obligado... —intentó justificarse.

Pero comprendió enseguida que ella no le creía. Sonrióle de nuevo y cogió ahora su mano reteniéndola entre las suyas.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó Margaret.

Sin volverse, Jeff respondió:

—Hay que ir a Islington. Los documentos están en poder de un matrimonio en cuya casa estuve alojado. Fui anoche, pero no había nadie. Habían salido de Londres y hasta esta mañana no estarían de regreso. Hubiera ido antes de no ser porque mi presencia era necesaria en el Banco.

Veinte minutos tardaron en recorrer la distancia que les separaba de Pentonville Road, en Islington. Al enfilar la calle donde estaba la casa a la cual se dirigían, Baltney señaló un coche de color verde que en aquel momento arrancaba.

—Es ahí, donde está ese automóvil verde.

Bryden miró el vehículo y frunció el entrecejo.

—No sé por qué, pero no me acaba de gustar ese coche. Uno de los que van en él no me parece desconocido.

Detuvo Baltney el coche y abriendo la portezuela echó a correr escaleras arriba.

La puerta de la vivienda estaba abierta. No se entretuvo en

llamar. Un extraño presentimiento se había apoderado de él y necesitaba cerciorarse de que sus inquilinos se encontraban dentro.

Entró y dirigió una mirada a su alrededor. Algunas sillas habían sido derribadas. Evidentemente había habido lucha.

Echó a correr hacia el saloncito inmediato. No se veía a nadie; pero la puerta que comunicaba con la habitación había sido abierta y antes de llegar a ella descubrió a la mujer a quien buscaba tendida en el suelo y con una gran mancha de sangre alrededor del cuello.

Una sola ojeada le bastó para cerciorarse de que estaba muerta. Entró en la alcoba y sin moverse del umbral vio el cuerpo del esposo. Se hallaba sobre el lecho y había seguido la misma suerte que su compañera.

Baltney adivinó al instante los móviles de aquel crimen. Era inútil molestarse en rebuscar para tratar de encontrar los papeles. Todo había sucedido muy recientemente y no cabía duda alguna de que en el automóvil de color verde iban los asesinos y, también, los documentos robados.

Volvió junto a los que aguardaban y subió precipitadamente al coche.

—¿Qué sucede? —preguntó Bryden, adivinando por el aspecto de su semblante que algo grave sucedía.

—¡Pronto! ¿Por dónde ha marchado el automóvil que había aquí?

—Se ha desviado hacia la carretera de Bromley.

—¡Hay que seguirlo, Willie! —le apremió—. Acaban de asesinar al matrimonio que guardaba mis cosas. Ellos deben haberse apoderado de los documentos.

No era preciso que a Bryden le dijeran más. El automóvil ya enfilaba la avenida de Pentonville.

Entonces Baltney explicó lo ocurrido.

—Es extraño que se dirijan hacia el este —comentó Bryden—. Teniendo como tienen sus guaridas en el interior de la capital.

—Lo que no consigo comprender —intervino Margaret—, es cómo han conseguido saber dónde se encontraban esos papeles.

—Jeff fue anoche a esa casa. Es evidente que era vigilado y ello les hizo sospechar. Esta mañana habrán vuelto y acosarían a preguntas a esos desdichados hasta que decidieron confesarlo todo.

Antes de que hubiera transcurrido un cuarto de hora habían conseguido divisar al coche que seguían. Acababa de aprovisionarse ante un poste de gasolina y en aquel momento reanudaba la marcha.

—Parece ser que se dirigen hacia Barking. No comprendo cómo se alejan tanto de Londres.

Baltney asintió a la opinión de Bryden. También a él le intrigaba su actitud.

En esta forma recorrieron hasta una veintena de millas. Bryden procuraba mantener una respetable distancia del coche que seguían. Ello, unido al tránsito bastante intenso en aquellas horas, les libraba de toda, sospecha.

Sin embargo, una vez se encontraba a mitad del camino entre Barking y Romford, el automóvil delantero desvióse por un ramal poco concurrido y en un estado bastante regular, que se adentraba en una región poblada de bosques de pinos y robles.

Mediaba ya la tarde cuando Bryden detuvo el coche. Acababa de descubrir a su objetivo medio oculto entre unos árboles del bosque. Estaba a bastante distancia y era muy improbable que se hubieran apercibido de su presencia en aquellas inmediaciones.

—Sería conveniente dejar el coche oculto y acercarnos para averiguar lo que están haciendo y quiénes, son los que han llevado a cabo el crimen.

Una hábil maniobra y el vehículo quedó medio empotrado en una espesura de maleza y arbustos que lo hacían prácticamente invisible desde el camino cercano.

—Creo que, por el momento, sería preferible que os quedarais aquí y me acercara solo hasta averiguar de qué se trata.

—¿No será arriesgado? —insinuó Baltney, resistiéndose a dejar a su compañero a que fuera solo.

—Es menos expuesto. En último caso siempre estarás en mejores condiciones para prestarme ayuda.

Accedió Baltney y estrechó la mano de su amigo.

—No sea imprudente, Willie —rogóle Margaret estrechándosela también.

—No le quepa la menor duda de que regresaré —sonrióle él, agradecido.

Alejóse por entre la espesura, quedando los dos hermanos

ocultos entre los árboles.

Bryden avanzaba sigilosamente en dirección del lugar donde había visto el automóvil que estuvieron siguiendo. No se escuchaba el menor ruido y por más que aguzó el oído a cada ocasión en que se paraba, no consiguió percibir el más leve rumor de voces.

Al fin llegó a poca distancia del automóvil. No se veía a nadie en las inmediaciones. Daba la impresión de que lo habían abandonado.

Pensó Bryden que, posiblemente, lo habrían robado para mejor llevar a cabo su fechoría. De ser así cabía suponer que ya no volverían por allí y que, en aquellos momentos, estarían a mucha distancia de aquellos parajes.

Examinó atentamente su interior, sin encontrar nada que ofreciera ninguna particularidad. Luego, al fijarse en el suelo, descubrió las huellas de unas pisadas que se dirigían a través de la espesura hacia el este.

Por espacio de un cuarto de milla las siguió sin olvidar las necesarias precauciones. Y de este modo llegó a un lugar donde el bosque se interrumpía súbitamente para transformarse en una planicie de forma rectangular convertida en tierra de labor.

Al fondo y hacia la derecha veíase una sencilla y tosca construcción rural; pero lo que más llamó la atención de Bryden fue un pequeño aeroplano oculto bajo un montón de ramaje.

Intrigado, aproximóse hasta quedar muy cerca de él. Tenía sus alas plegadas, como las de un gigantesco pájaro acurrucado junto a la protección de los árboles...

«Indudablemente —pensó Bryden—, habían hecho todo lo posible para que pasara desapercibido a los ojos de cuántos cruzaran por aquellas inmediaciones».

Unos minutos, de observación le aseguraron de que tampoco allí había nadie. Quizá los tripulantes se hallarán en la casa próxima y allí aguardarían el momento propicio para emprender la marcha.

Lentamente fue acercándose a la aeronave. Una sospecha y un presentimiento iban tomando cuerpo en la mente del inspector. No resultaba descabellado suponer que las personas que acababan de apoderarse de los documentos estuvieran esperando el instante de dejar suelo británico. Aquel aparato lo hacía así presumir.

No tardó en hallar la portezuela de acceso. Una ganzúa manejada hábilmente la abrió en pocos segundos, y Bryden no supo

resistir a la tentación de husmear por allí.

El cuerpo del aparato era de reducidas dimensiones. Un modelo modernísimo, cuya presencia en aquel lugar no era dado explicar satisfactoriamente, ya que el campo no estaba destinado a servir de aterrizaje a los aviones.

No había allí dentro nada que le proporcionara una sola indicación de los propietarios del avión o de sus fines. Ni siquiera pudo descubrir equipajes, ropas o enseres que le orientaran respecto a sus intenciones. Nada quedaba dentro como no fuera la dotación normal de tal clase de aparatos.

Sin embargo, tenía Bryden el convencimiento de que su hallazgo guardaba una estrecha relación con la presencia de los fugitivos por aquéllos alrededores.

Decidió salir y apostarse en aquellas inmediaciones. Confiaba en que Jeff Baltney y su hermana continuaran donde los dejara. De este modo sólo debía preocuparse en esperar a que los ocupantes del aparato regresaran.

Y entonces sabría a qué atenerse.

Dirigióse hacia la portezuela y la abrió; más al instante echóse rápidamente hacia atrás.

Cuatro personas acercábanse procedentes de la casa. Dos de ellas llevaban sendas maletas, y a la primera ojeada reconociólas Bryden. Tratábase de dos de los individuos con quienes hubo de enfrentarse la primera vez que se vio en los lóbregos calabozos del caserón inmediato a los muelles de Newington.

Buscó su mirada un lugar en el que ocultarse. Obraba instintivamente y acuciado por la comprometedora situación que tan inesperadamente le salía al paso.

En la parte de cola halló un rincón, entre unas lonas, que momentáneamente le ofrecían una relativa seguridad. Unos instantes después escuchó un rumor de voces. Se habían detenido junto al avión y conversaban en un idioma que a Bryden le resultaba enteramente incomprensible.

Transcurrieron unos minutos. Luego las voces cesaron y se hizo un repentino silencio.

Bryden experimentó el temor de que hubieran advertido algo anormal y anduvieran buscándolo; pero no tardó en cerciorarse de que no era así. El motor comenzó a zumbir y bien pronto

comprobó, que el aparato se elevaba.

Atisbo por un agujero y vio a dos hombres sentados ante los mandos. Eran los mismos que había reconocido al llegar y que habían llevado a cabo, en Washington, la atrevida suplantación de los diplomáticos asesinados.

Tuvo la impresión de que no iba mal encaminado.

Tenía que trazar un plan que le devolviera la posesión de los documentos y desenmascarar a la pandilla de espías que capitaneaba el cabecilla Mattei.

El tiempo iba transcurriendo veloz. La claridad que le llegaba a través de las ventanillas íbase diluyendo en una penumbra de tonos azulados.

De pronto, experimentó la impresión de que un súbito peligro le acechaba. Levantó los ojos y vio por encima de las lonas un rostro siniestro contemplarlo fríamente.

—¿Qué hace ahí escondido?

Se había dejado sorprender estúpidamente. Su cerebro comenzó a trabajar con rapidez; mas, bien pronto comprendió que era ya demasiado tarde. Aquel hombre empuñaba una pistola y mantenía el cañón dirigido contra su cabeza.

CAPÍTULO VII

Sólo unos instantes duró la perplejidad del hombre que le apuntaba con su pistola. Una sonrisa irónica en sus labios le demostró que habíale reconocido y que no le concedería la gracia de muchos segundos de vida.

Levantó las manos en alto con gesto sumiso. El otro hablaba en voz alta con el que quedara en la cabina de los mandos. Se expresaba en su idioma nativo y no era difícil adivinar que estaban decidiendo su suerte.

Tenía que obrar con rapidez anticipándose a los acontecimientos. Aprovechó, para ello, un cabeceo del aparato y lanzóse como una catapulta contra las rodillas de aquel sujeto.

Era evidente que no esperaba tal reacción, ya que recibió el impacto de lleno y abatióse por el ímpetu que Bryden puso en su acción. El arma que empuñaba disparóse yendo a perderse la bala en el techo. Con gesto rápido apoderóse de la mano hasta obligarle a soltar la pistola.

En aquel momento vio al otro volverse en su asiento y disparar contra él. La bala pasó rozándole la mejilla izquierda, produciéndole la misma sensación que un hierro candente.

Estando como se encontraba en el suelo, le resultaba difícil contestar a la agresión. Por otra parte, su contrincante acababa de levantarse y, aun cuando se interponía entre su compañero y él, había tenido tiempo suficiente para recuperar el arma perdida. No obstante, sacó la pistola de su bolsillo y anticipóse en una fracción al intento de su antagonista. Viole llevarse una mano al pecho y doblarse por las rodillas.

No se entretuvo, ya que el que se ocupaba de los mandos apuntaba de nuevo. Lanzóse a un lado en el momento de disparar. Su única probabilidad estaba en eliminar al malhechor sin concederle tregua alguna. Disparó contra él por dos veces seguidas,

pero el otro no se arredró y continuó lanzando contra él la carga mortífera de su arma.

Un alarido de dolor diole a entender, al fin, que acababa de alcanzar su propósito. El que pilotaba el aparato hizo una extraña contorsión y doblóse sobre los mandos, obligando al mismo a una brusca maniobra que hizo a Bryden rodar de bruces por el suelo. Levantóse, no obstante, prestamente y con hábil oportunidad enderezó el rumbo de la aeronave.

Apoyóse Bryden en el asiento y con el revés de la mano enjugóse el sudor que bañaba su frente.

Se encontraba solo en el avión. De los tripulantes, uno estaba muerto, y el otro tan mal herido que no cabía contar con él. Además, de estar en condiciones, muy posiblemente hubiera agravado aún más su situación.

Miró hacia abajo y comprobó, a pesar de la oscuridad, que volaban, sobre el mar. La aguja de dirección marcaba la ruta éste, y era de presumir que el aparato debía dirigirse a un punto de la Alemania oriental o de la zona de la Polonia próxima a la misma.

Hizo describir al aparato un semicírculo hasta tomar la dirección del punto de origen. Aun en la oscuridad considerábase con los conocimientos necesarios para intentar un buen aterrizaje; mas al examinar los mandos se apercibió de que el timón de profundidad no respondía lo más mínimo.

Los disparos lo habían inutilizado y no quedaba otra alternativa que continuar en línea recta hasta descubrir las luces de alguna ciudad o aldea y dejarse caer en sus inmediaciones.

Observó que había dos paracaídas a bordo. Colocóse uno de ellos y tanteó el cierre de la puerta de acceso. Luego dedicóse a examinar los maletines que subieran, los desconocidos.

No encontró nada que ofreciera alguna particularidad, por lo que decidió registrar los bolsillos de cada uno. El que resultara herido había perdido el conocimiento y era casi seguro que ya no volvería a recobrarlo. No obstante, a Bryden le repugnaba tener que dejarlo con vida a bordo de un avión condenado a estrellarse o a ser destruido por las llamas.

No llevaba ningún papel encima y lo mismo comprobó en su compañero.

El descubrimiento sorprendió a Bryden. Comenzó a temer que

no hubiera calculado bien el alcance de su acción. Si habíase aventurado a ir hasta allí era porque tenía la certeza de que los documentos iban a bordo.

Lamentaba ya su precipitación, cuando descubrió debajo del asiento del piloto una cartera de mano. Abrióla con movimientos nerviosos y extrajo algunos papeles contenidos en ella. Separó un mapa detallado de las costas del mar del Norte y del Báltico, un gráfico de rutas y otros documentos que por el momento no presentaban ningún interés. Luego su corazón dio un brinco al descubrir un sobre azul de las características del que estaba buscando.

Efectivamente, al comprobar lo que en él había, cercioróse de que se trataba de los papeles robados en Washington.

Los guardó en uno de sus bolsillos y siguió rebuscando. Había, también, algunos documentos con el sello de la delegación del Gobierno polaco, en la capital inglesa. Finalmente, halló dos escritos que llamaron singularmente su atención. Uno era una relación detallada de gran número de personas de nacionalidad polaca con expresión minuciosa de sus actividades en la Gran Bretaña. Lo firmaba un tal conde Razsky. El otro daba cuenta de una importante reunión que iba a tener lugar aquella misma noche en el propio domicilio del conde Razsky, y en la que iban a tomarse importantes decisiones para contrarrestar la acción del Gobierno polaco en el destierro.

Guardó en su bolsillo todos aquellos papeles y echó una ojeada a los aparatos de navegación.

En aquellos momentos volaba a unos treinta mil pies y ya se divisaban algunas luces agrupadas reveladoras de que se encontraba nuevamente sobre tierra.

No tenía tiempo que perder. Echó una ojeada al herido y comprobó que todavía vivía.

Un sentimiento de conmiseración le impulsó a no dejarlo en el avión. Colocóle el otro paracaídas y tras asegurarse de que quedaba abierto lo arrojó al vacío. Atisbo unos instantes hasta que violo abrirse.

Entonces se dispuso a abandonar el aparato. Ignoraba con exactitud dónde se hallaba, aunque por el tiempo transcurrido desde que había virado y la dirección elegida, no resultaba

aventurado suponer que muy poca distancia le separaba del punto de partida.

Vio un nuevo resplandor hacia la derecha y entonces juzgó llegada la hora. Aseguróse de que todo estaba en regla y saltó por el boquete abierto a las tinieblas de la noche.

Un fuerte tirón le dio a entender que el paracaídas acababa de abrirse. Asíóse fuertemente a los tirantes y miró hacia abajo. Al principio no vio nada. Mas, de pronto, una mancha grisácea pareció destacarse de las tinieblas y ascender rápidamente a su encuentro.

Encogió ligeramente las piernas para amortiguar la dureza del encontronazo. A pesar de ello, al producirse rodó por el suelo. Un suelo blando y húmedo cubierto de espeso césped.

Se levantó prestamente y cortó las cintas que le sujetaban al paracaídas. No se veía nada a su alrededor; pero había dejado las luces de la población hacia el norte y, aproximadamente a una distancia de un par de millas.

Echó a andar en aquella dirección. Cruzó por entre un grupo de árboles y salió a unas huertas... Más allá veíanse unas casas de campo y de algún punto próximo partía el ruido de un motor de los empleados en el riego.

Cinco minutos más tarde salía a una carretera... Un perro ladró cerca y de las sombras surgió la masa de una carreta cargada de heno. Un hombre caminaba junto a la caballería.

Bryden le preguntó el nombre de aquella población. De este modo supo que se encontraba en un punto situado entre Castle y Heddingham, en el condado de Essex, bastante más al norte de lo que había imaginado.

Mentalmente calculó la distancia que le separaba de Londres. No menos de cincuenta millas, y en un lugar donde no vislumbraba la posibilidad de medios de locomoción lo suficiente rápidos para estar en la capital antes de la medianoche, eran suficientes motivos para enfriar el ánimo de otro menos dispuesto que Bryden.

Echó a andar carretera adelante, hacia el sur. En esta forma recorrió cerca de media milla.

Un zumbido que iba aumentando le anunció la llegada de un vehículo procedente de la dirección en que venía. Aguardó a que llegara y le hizo indicación de que parase.

Tratábase de un camión cargado con frutas y hortalizas que se

dirigía a la capital.

Bryden no se anduvo con rodeos. Sacó del bolsillo unos billetes y los ofreció a la codicia del conductor, un hombre de unos cincuenta años, que en un principio mostrábase desconfiado.

El hombre guardóse el dinero y señaló a Bryden un lugar entre las cestas donde podía acondicionarse.

—Hay otras cinco libras para usted, si consigue sacar a ese cacharro todo lo que dé de sí y llegar a Londres antes de la medianoche.

El hombre asintió y lanzó el vehículo a una carrera desenfrenada. Eran poco más de las nueve y media, y Bryden no dudaba de la eficacia del camión, pero necesitaba espolear su amor propio al tiempo que excitar su afán de lucro.

A los diez minutos ya tuvo la seguridad de que todo iba a salir a la medida de sus deseos. Y por si le quedara alguna duda, hubiérase desvanecido oyendo al conductor silbando alegremente ante la fácil perspectiva de una ganancia que a cada milla se afirmaba más y más.

Al ir a cruzar la población del Harlow, el vehículo disminuyó sensiblemente la marcha.

—¿Qué sucede? —preguntó Bryden, alarmado.

—Es la máxima velocidad permitida aquí, señor —repuso el otro—. Comprenderá que no puedo exponerme a una infracción del tránsito.

—Nadie lo advertirá —replicó el muchacho—. No pueden detenerle por tal cosa.

—Pero sí imponerme una sanción. Y no es muy agradable...

—¿De cuánto es la sanción?

—Una libra, en los casos comprobados.

—Yo pagaré si hace falta; pero no deje que el motor se enfríe ahora que ha tomado el gusto a la carrera.

El hombre encogióse de hombros y pisó el acelerador. Desvióse, no obstante, por un ramal que bordeaba la población. No se veía nada anormal y, en su interior, rióse Bryden de las aprensiones que le asaltaron.

No habrían recorrido un cuarto de milla cuando vio que el chofer volvía para observar la carretera.

—¿No le decía yo que iban a darse cuenta?

Efectivamente, un motorista de la policía de vigilancia se acercaba a toda velocidad y ya estaba dándoles alcance. Pronto les hubo adelantado, y entonces la señal luminosa les indicó que debían detenerse.

Bryden saltó del camión y fue al encuentro del agente.

—¿Es usted el conductor del camión?

—No; pero yo le he pedido que saque toda la velocidad posible. Tengo que llegar a Londres antes de la medianoche. Es un asunto urgente.

El policía quedóse mirando al muchacho con una mueca de escepticismo. Los vestidos manchados de barro a causa de la caída al tomar tierra, no inducían a formar de él un concepto demasiado favorable.

—¿Quiere enseñarme su documentación? —pidióle al cabo.

Bryden mostróle la documentación falsa que le entregaron a su partida de los Estados Unidos. El agente examinóla detenidamente. Sacó un cuaderno de notas, pero desistió de apuntar dato alguno.

—Tendrán que acompañarme hasta aclarar algunos extremos —le dijo, devolviéndole los papeles.

—¡No es posible! —exclamó Bryden con fingida indignación—. Debo estar en Londres antes de las doce. Es un asunto grave, que requiere mi presencia para antes de esa hora.

—Lo siento —insistió el policía—. Acabamos de recibir órdenes muy severas y antes deberán justificarse.

—Si hay que pagar la multa por haber...

—No se trata de eso —cortó—. Es bastante más delicado.

Pensó Bryden que habría trascendido al servicio de vigilancia costera el vuelo nocturno del avión y se habrían cursado órdenes a toda la policía para estar alerta ante el posible lanzamiento de agentes terroristas o perturbadores del orden y la seguridad nacional. Quizá habían ya encontrado el cuerpo del otro polaco sujeto al paracaídas.

Tenía que obrar rápidamente y en forma radical. Unos minutos más que perdiera podían significar un enorme peligro para muchos seres, y ante tal dilema Bryden creyóse obligado a resoluciones extremas.

Fingió conformarse y se dirigió al camión; pero al pasar junto al agente volvióse con rapidez increíble y descargó un formidable

puñetazo que alcanzó al otro debajo de la barbilla derribándolo como fulminado. Inmediatamente lo arrastró hasta fuera de la carretera dejándolo tumbado junto a unos matorrales.

El conductor del camión, al contemplar la inesperada escena; intentó poner el vehículo en marcha y alejarse de allí pero Bryden lo encañonó con la pistola que llevaba.

—No tenga tanta prisa.

—¿Qué se propone? —preguntó alarmado—. ¿Se ha vuelto loco?

—No he tenido más remedio. No era ésta mi intención; pero necesito llegar a la ciudad a la hora que le dije.

Levantó la cubierta del motor y, antes de que el hombre se diera cuenta de sus intenciones, golpeó con la culata del arma en dos o tres lugares hasta inutilizarlo.

El hombre no protestó más. Comprendió que tenía que habérselas con un loco peligroso y optó por callar prudentemente.

—Esto le entretendrá algún tiempo —dijo Bryden—. No tengo otro objeto que impedir que entre los dos puedan dar la voz de alarma demasiado pronto.

Acto seguido echó en el interior, de la cabina unos billetes.

—Es más que suficiente —dijo.

Y se dirigió apresuradamente a dónde había quedado la potente motocicleta del policía.

Poco después rodaba a velocidad suicida por la asfaltada pista que conducía a la capital.

Ninguno de los temores que abrigaba Bryden tuvo confirmación. Y de este modo llegó a los suburbios de Londres entrando por Euston. Ningún contratiempo surgió a su paso. Evidentemente, ni el conductor del camión ni el policía agredido habían tenido oportunidad de dar la voz de alarma con la suficiente antelación.

Fue a dejar la motocicleta en la oscuridad de un solitario callejón. Desde allí dirigióse a pie hasta que dio con un taxi desocupado.

—A Chancery Lane —ordenó al conductor—. Y procure apresurarse.

Eran las once y cuarto. Había adelantado cerca de media hora al horario previsto, gracias a la endiablada velocidad sacada de la potente máquina del servicio policíaco de vigilancia. Tenía, pues, tiempo sobrado para cambiar sus ropas y llegar al lugar que se

proponía.

En Chancery Lane pagó al conductor y se alejó en dirección de Fleet Street. Necesitaba cambiar frecuentemente de vehículo para evitar una fácil pista a sus posibles seguidores cuando dieran los datos a todos los distritos y puestos de policía local. Seguramente a tales horas ya se habría recibido en Scotland Yard una descripción completa de sus señas y aspecto; así como de sus supuestas intenciones.

Evitando los lugares más frecuentados y mejor iluminados, siguió Bryden por Ludgate Hill. En las inmediaciones de San Pablo limpió el barro de los pantalones y chaqueta en una fuente de los jardines próximos.

Ahora resultaba menos sospechoso. Subió al autobús que pasaba por las cercanías del hotel. Dos travesías, antes de llegar bajó y, continuando a pie, entró en él.

Una vez en la habitación procedió a cambiarse rápidamente de ropa. Estaba en esta operación cuando unos golpes resonaron en la puerta. Por un momento temió que fuera la policía; pero comprendió que era imposible que hubieran encontrado su pista en tan corto espacio de tiempo.

Fue a abrir y encontróse con el hombre que días antes sorprendiera en el cuarto de baño, el mismo que se hacía llamar conde Waharn y al que, el Gobierno polaco había encargado de vigilar sus movimientos.

—Es usted la persona a quien deseaba ver en estos momentos — exclamó sorprendido, al tiempo que lo cogía del brazo y obligábale a entrar en la habitación.

—Lo mismo me ocurre a mí —respondió su visitante sin— inmutarse —Ya desconfiaba de volverlo a ver. ¿Dónde ha estado metido?

—Ahora no podemos entretenernos en explicaciones. Acabo de golpear a un policía para llegar con tiempo aquí. Posiblemente no tardará en estar tras de mí toda la brigada especial de Scotland Yard.

—No tiene por qué preocuparse de nada —sonrió su interlocutor—. Tengo ya preparados los documentos que le permitan regresar a su país sin que nadie le moleste. Además, le traigo algo que puede interesarle.

Y entregó a Bryden un telegrama.

Estaba cifrado; pero para el muchacho no resultaba un enigma su contenido ya que iba dirigido a él, y el inspector O'Neil se había valido de la Embajada polaca para comunicarle sus últimas instrucciones.

—Ha llegado muy oportunamente —declaró—. Acabo de recuperar los documentos robados cuando trataban de sacarlos de Inglaterra. Además, los dos agentes que suplantaron a los diplomáticos de su país ya nada volverán a tramitar.

Fue en busca de los documentos y entregó al enlace los demás papeles hallados en la cartera de uno de los pilotos.

—¿Conoce a ese conde Razsky? —añadió señalando el informe secreto.

El otro denegó con la cabeza.

—Es muy interesante —comentó—; pero las señas coinciden con uno de nuestros secretarios en la Embajada. —Consultó su reloj y prosiguió—: Voy a tener que dejarle, ya que no me queda más que el tiempo indispensable para avisar a mis superiores.

—Un momento —contúvole Bryden, cogiéndolo por el brazo—. ¿Cree poder determinar con exactitud el punto donde va celebrarse esa reunión?

—Habrá que intentarlo —repuso vagamente.

—Sin embargo, creo poder ayudarle. ¿Tiene algún coche dispuesto?

—No; pero estará abajo antes de dos minutos.

Fue hasta la mesita y tomando el receptor marcó un número.

Cuando salieron del hotel ya estaba el coche aguardando a la puerta. Bryden dio al chofer una dirección e inmediatamente partió el vehículo en dirección de los «Docks».

En el preciso momento que llegaban ante el domicilio que ocupaban Bonnie y su hermano, vio Bryden una sombra surgir del portal y alojarse en dirección de los muelles.

—¡Es ella! —dijo a su acompañante señalándola.

—¿De quién se trata?

—De la persona que nos llevará al lugar de la reunión.

Desviaron el automóvil en seguimiento de la muchacha y no bien la hubieron alcanzado, saltó Bryden del mismo y sujetó a Bonnie del brazo.

—¿Cómo se atreve...?

—¿Ya no te acuerdas de mí, pequeña? —sonrió burlón—. ¿O es que has decidido volver a tus negocios turbios con Mattei y su pandilla?

Ella reconociólo al instante. Intentó desasirse; pero la mano del inspector la sujetaba fuertemente.

—¿A qué ha vuelto? —preguntó con mal contenido despecho.

—Sólo para conseguir un pequeño detalle. Se trata de que me lleves a la reunión que tu amigo ha convocado para dentro de unos minutos. Y es preciso que no busques evasivas ya que llegaríamos tarde.

—No sé de qué me está hablando —intentó reírse. Miró al acompañante de Bryden y preguntó— ¿Quién es ese hombre?

—El inspector Wincey de Scotland Yard —replicó rápidamente—. ¿O es que creías estar jugando con unos especuladores?

—¡La policía! —exclamó aterrada.

Llevóse una mano a la garganta y miró a su alrededor, como si buscara la oportunidad de escapar.

—Es preferible que trates de recordar el lugar donde Mattei esperaba a los suyos. Él es un traidor a su patria, pero es extranjero. Tú, por el contrario, traicionas a tu propia nación, y las leyes británicas son inflexibles con los espías. Más en estos tiempos en que la seguridad peligra a cada instante.

—Yo no sé... Hace tiempo que no lo he visto...

Bryden tiró de ella y obligóla a subir en el automóvil.

—¿A dónde va a llevarme? —preguntó, asustada.

—Sólo podemos ir a dos lugares: a Scotland Yard, y de allí a la cárcel, o al punto de reunión del conde Razsky.

—No sé quién es ese conde.

—Tiene la particularidad de que perdió un ojo en la guerra.

Bonnie comprendió que no podía mentir. No obstante, intentó aún resistirse.

—No sé dónde celebran esa reunión. Hace días que no he visto a Mattei. Usted sabe muy bien que los traicioné para ayudarle.

—Al tiempo que les ibas revelando todo lo que pensábamos llevar a cabo. Siempre desconfié de tus intenciones.

Bonnie estaba furiosa y una rabia sin límites la consumía.

—Sin embargo, no me negará que ayudé a su amigo a que

escapara.

Bryden rascóse la barbilla, como si reflexionara.

—Tal vez sea eso lo que me inclina a ser benévolo contigo; pero hace falta que nos des la prueba definitiva.

—¿Y si se la doy? —preguntó anhelante.

—En este caso... te aseguro que lo olvidaré por completo. Aunque debo aconsejarte que marches lejos de aquí y comiences otra vida.

Vio Bryden cómo Bonnie vacilaba. Consultó su reloj y comprobó que faltaban únicamente diez minutos para las doce.

—Mattei se encontrará con sus colaboradores en un inmueble de la calle de Cennery Street, en Walworth. Es el número ciento treinta y siete, y tienen alquilada toda la planta. Se puede entrar por una puertecilla trasera.

—¿No olvidas ningún detalle? —insistió Bryden.

—Es todo cuanto sé.

Cogió nuevamente a la joven del brazo y bajaron del coche.

—Vaya en busca de sus hombres y no pierda un minuto más —dijo al polaco—. Estaré aguardando sus noticias en el «Oriental», de Whitechapel Road.

—Le llamaré cuanto antes, inspector —sonrió el enlace—. Esté seguro de ello.

CAPÍTULO VIII

Sentados frente a frente en una apartada mesa del «Oriental», Bonnie y Williard Bryden mantenían un tácito y prolongado silencio. Nada tenían que decirse, ya que su relación con las actividades del traidor Mattei habían terminado unos minutos antes. Sólo aguardaban el desenlace de los acontecimientos que en aquellos instantes debían desarrollarse, para continuar cada cual por los caminos que la vida les tenía trazados.

El muchacho había tomado unos bocadillos y ahora saboreaba una taza de aromático café. Bonnie fumaba un cigarrillo y bebía continuamente. Diríase que intentaba borrar de su mente un pasado borrascoso para hacer acopio de valor al empezar de nuevo.

De vez en cuando, Bryden la observaba, con atención. Era singularmente escéptico en cuanto se refería a la regeneración de los delincuentes, al menos con cuántos había tratado, y posiblemente estaba ahora meditando en, el porvenir incierto de la joven que sentábase ante él.

—¿A dónde piensas ir? —preguntóle al fin.

Ella lanzó una débil bocanada de humo y entornando los ojos levantó graciosamente los hombros.

—No lo he pensado aún. Creo que no me iría mal abandonar Inglaterra y comenzar de nuevo en otra parte.

—¿En Francia?

—En París tengo unos parientes lejanos. No dudo que se alegrarían de poder ayudarme.

—Me parece una buena idea.

Hubo una larga pausa que Bryden aprovechó para encender un cigarrillo y Bonnie para seguir bebiendo.

—¿Cuál es el verdadero nombre de Mattei? —preguntó el joven al fin.

Volvió ella a encogerse de hombros.

—Siempre lo conocí por ese nombre. No ignoro que es polaco, pero jamás me preocupé, en averiguarlo.

—¿Estabas enamorada?

La pregunta arrancó una sonrisa en Bonnie.

—Todavía no sé lo que es estar enamorada. —Enarcó las cejas y lanzó al aire una nueva bocanada de humo—. Me gustaría experimentarlo.

Quedóse mirando a Bryden, fijamente.

—No es difícil conseguirlo —dijo éste.

—Hubiera llegado a enamorarme de usted, inspector —declaró de pronto. Y al instante echóse a reír—. Puedo asegurarle que en ningún instante sentí el menor odio por lo que estaba haciendo.

Bryden sonrió asimismo, pero no contestó.

En aquel momento un camarero se acercó a la mesa.

—Le llaman al teléfono, señor —dijo al joven—. Creo que es la llamada que está esperando.

Se levantó y fue hasta donde estaba el aparato.

—¿Inspector Bryden? —llamó una voz cuyo acento reconoció al instante.

—Sí, soy yo. ¿Fue todo bien?

—Hemos llegado muy oportunamente. En adelante ya nada habrá que temer de la media docena de traidores que se habían infiltrado en nuestra organización.

—¿Y el resto de la banda?

—Cuando sea de día la policía acordonará los lugares que usted me ha indicado. Espero que nadie escape a la redada.

—Bien; le felicito. Ahora creo que me he merecido un buen descanso y voy a irme a dormir.

—Siento tener que decirle que no podrá descansar, inspector. Tiene un pasaje reservado en el avión que saldrá de Croydon a las siete de la mañana.

—¿A las siete?

—Eso es, inspector. Y le aseguro que las órdenes han llegado de sus superiores. Francamente, lo siento.

Bryden sonrió, comprendiendo.

—Bien. Ya dormiré en el avión. ¿Y cuál será el destino?

—Southampton. De allí zarpa a las nueve el «Tarento».

—Pero... ¿y mi compañero Baltney?

—No se inquiete por él. Todo está resuelto. Buenas noches, inspector, y le felicito cordialmente por cuanto ha llevado a cabo.

No pudo seguir. Acababan de colgar y comprendió que la conferencia había concluido.

Regresó a la mesa. Su semblante preocupado llamó la atención de la muchacha.

—¿Hubo algún fallo?

Denegó Bryden con la cabeza.

—Todo ha concluido.

—¿Y para usted?

—También. Dentro de unas horas saldré de Inglaterra.

—Entonces sospecho que algo le retiene aquí.

Bryden sonrió, tristemente.

—Temo que lo haya adivinado.

—¿Una mujer?

—Sí.

Cogió la gabardina y llamó al camarero. Abonó la consumición mientras veía a Bonnie dirigirse a la salida.

Cuando llegó a la puerta ya no estaba allí; pero hacia el final de la calle distinguió su esbelta silueta difuminándose en la oscuridad.

Esperó a que desapareciera y entonces regresó al hotel. Desde allí telefoneó al hotel donde se alojaba Jeff Baltney. Le dijeron que hacía una hora que había salido y que ya no regresaría. Ello le tranquilizó.

Antes de marchar al aeropuerto pasó por delante de la casa que ocupaba Margaret Baltney con su tía. Tras unos instantes de vacilación decidió llamar. Nadie respondió; repitió por dos veces más la llamada con el mismo resultado.

Desalentado prosiguió su camino.

Media hora antes de la partida del «Toronto» llegó a Southampton, Del aeródromo marchó directamente al muelle. Iba a subir al barco cuando dos hombres se le acercaron.

—¡Queda detenido, Martin! Se le acusa de asesinato de un anticuario y de haber agredido anoche a un policía de vigilancia en Harlow.

—No sé de qué me hablan —repuso tranquilamente—. Mi nombre es Murray. Vean mi pasaporte.

Mientras uno de los agentes examinaba los documentos, el otro

sujetaba a Bryden de un brazo. Pero en aquel momento, de un automóvil detenido allí cerca, descendió un caballero de porte distinguido.

—El señor Murray realiza una misión oficial por cuenta de mi Gobierno. Les ruego no le pongan impedimento alguno.

Y mostróles al mismo tiempo un carnet que acababa de sacar.

Los dos agentes saludáronle cortésmente.

—Ha sido una confusión, señor —dijo uno de ellos devolviendo a Bryden su pasaporte—. Le ruego que nos disculpe.

Bryden miró al hombre que tan oportunamente había intervenido y que volvía a su coche. En éste, ondeaba una banderita de Polonia y en el costado llevaba la indicación del consulado de dicho país.

Pasó entre los dos agentes, que lo miraban con cierta curiosidad, un poco confundidos por su error, y subió al barco. Caminaba cabizbajo, como pesaroso de abandonar aquella tierra donde acababa de vivir uno de los más azarosos acontecimientos de su vida.

De pronto notó que tocaban su hombro. Volvióse, intrigado, y descubrió a Margaret Baltney que acababa de surgir de entre un grupo de viajeros.

—¡Margaret! —exclamó, invadido de súbita alegría— ¿Cómo es posible...?

—Sabía que ibas a venir, Willie —le dijo—: pero temí que te hubiera sucedido algún percance.

Cogidas sus manos miráronse a los ojos, condensando en aquella mirada cuánto hubieran querido decirse en un momento.

—¡Vaya! —exclamó ahora la voz de Jeff Baltney, junto a ellos—. Nuestro querido amigo Bryden ha llegado a tiempo. Ya no haré sólo la travesía.

Pero Bryden no le hizo ningún caso. Todo su ser estaba prendido en aquellos lindos ojos que le sonreían encantadores.

—Es muy cruel tener que separarnos en este momento —habló, al fin.

—Será una breve separación, Willie. Jeff quiere que vaya a los Estados Unidos como tantas veces me rogó. Pero ahora existe un poderoso motivo para que decida complacerle.

—Entonces... ¿irás pronto?

—Sólo me retendrán aquí los trámites necesarios.

El la atrajo hacia sí, suavemente.

—Iré a esperar todos los barcos que lleguen de Europa —susurró a su oído—. Y no habrá para mi paz ni sosiego hasta que vuelva a tenerte entre mis brazos.

Margaret levantó hacia él su rostro y entonces Bryden la besó.

Cinco minutos después el barco separábase del muelle. Allí en el borde estaba Margaret agitando su pañuelo. Desde la barandilla, junto a Baltney, estuvo Bryden despidiéndola hasta que la niebla convirtió su silueta en una imagen confusa, etérea, irreal. Y todavía continuó por algún tiempo con la mirada perdida en aquel vacío opalescente que arropaba los muelles y su enjambre de navíos.

Luego volvióse hacia su amigo Jeff y le guiñó otro ojo.

FIN



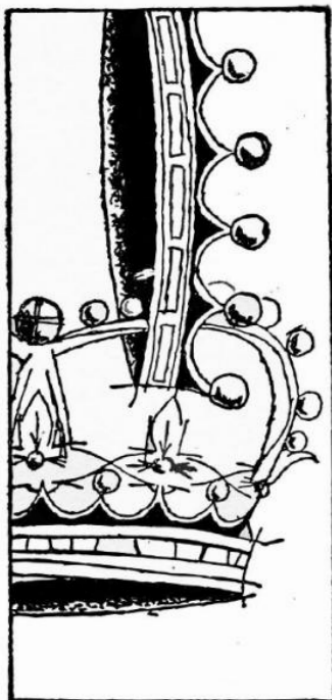
ADELGACE SIN LAGRIMAS

Dr. G. M.
Decormeille



MARABU
ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



BODAS REALES

José Repollés

Dos palabras llenas de belleza que simbolizan los eternos ideales románticos en el agitado mundo actual.

¿Qué sabe usted de la despedida de soltero del hoy marido de Isabel de Inglaterra?

¿Conoce los detalles del idilio de la princesa y el fotógrafo?

¿Recuerda las circunstancias de las tres bodas del Sha?

¿Ha olvidado al rey Faruk?

¿Podrá evocar mañana la historia de Fabiola?

Este volumen pone para siempre en su mano las más íntimas y humanas de las grandes bodas que han conmovido a la sociedad de nuestro tiempo.

MARABU ZAS

PEQUEÑOS LIBROS
DE GRAN CONTENIDO

EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.





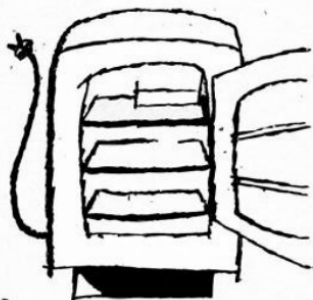
Tenemos invitados

Elisabeth Lange

¿Se atreve usted a formular una invitación en cualquier momento, y a cualquier persona o a cualquier número de personas, con la seguridad absoluta de "quedar bien"?

Si no es así, necesita nuestra ayuda. Lo hemos previsto todo: desde la comida íntima a la gran recepción, desde el convite improvisado a la "garden party", desde la colocación del servicio de mesa, a la decoración de la sala de baile. Y nunca olvidamos su bolsillo.

Tener invitados va a ser, en adelante, la base de su éxito personal.



**MARABU
ZAS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

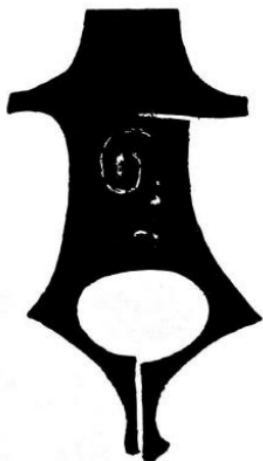
LA GRAFOLOGIA

A. M. Cobbaert

Mil posibilidades en esta frase tan sencilla: saber cómo somos en realidad, cómo son las personas que nos rodean, para qué servimos, y hasta cierto punto, a dónde vamos...

Jefes de empresa, médicos, educadores, técnicos en orientación profesional, investigadores, todos se valen de la grafología como de una ciencia exacta.

¿Por qué no utilizarla nosotros para nuestro provecho y diversión? ¿Ha pensado en ello?



MARABU ZAS

**PEQUEÑOS LIBROS
DE GRAN CONTENIDO**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



EL FILM

LA PELICULA ES UNA CINTA DE SUEÑOS

Pero estos sueños se fabrican en unos complicados laboratorios cuyos secretos muy poca gente conoce.

Leyendo este libro comprenderá lo que cuesta y lo que significa hacer una película, penetrando, al mismo tiempo, en los secretos de esta gran industria que produce obras de arte.

MARABU ZAS

INTERPRETE SUS SUEÑOS

Pierre Real

¿Sabe usted que los sueños pueden a veces avisarnos de que un peligro nos amenaza?

¿Sabe que todos soñamos, aunque no siempre lo recordemos al despertar?

¿Sabe que un sueño puede mostrarnos el camino que conduce al éxito en la vida?

Pero los sueños nada significan sin la clave adecuada para interpretarlos y abrir la puerta de un mundo maravilloso.



**MARABU
ZAS**

PEQUEÑOS LIBROS
DE GRAN CONTENIDO

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



veterano tiene eso
un veterano sabor



VETERANO
ES DE
OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

